

---

---

Fernández, Mercedes  
El cuaderno de tapas negras  
Mercedes Fernández | 1a ed | Mendoza | 2019  
192 p. | 15 x 21 cm.

ISBN 978-987-4432-41-4

1. Diario de Viajes. I. Título.  
CDD A863

---

Colección: De Jarilla Somos  
Coordinación general: Facundo Ignacio Correa  
Corrección: Elizabeth Auster  
Diseño: Estudio Saavedra&Barros  
La tipografía utilizada en este libro es Alegreya,  
creación de Juan Pablo del Peral.

Ediciones Culturales de Mendoza, Secretaría de  
Cultura, Gobierno de Mendoza.  
ediciones@mendoza.gov.ar  
Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Gobernador

**Lic. ALFREDO CORNEJO**

Secretario de Cultura

**D. DIEGO GARECA**

Ediciones Culturales

**Prof. ALEJANDRO FRIAS**



Ediciones Culturales  
de Mendoza

**MENDOZA**  **Secretaría de  
GOBIERNO** **Cultura**

**EL  
CUADERNO  
DE TAPAS  
NEGRAS**



MERCEDES  
FERNÁNDEZ



*A mis hijos.  
A mis incomparables hijos  
Claudia, Marcelo y Nicolás,  
que sostienen mi memoria.  
A los hijos de mis hijos,  
Ana, Marco, Franco, Juan, Sebastián, Emma,  
que con sólo pensarlos,  
me hacen sentir que todo estuvo bien.  
A Paolo, seduti entrambi nel suo giardino,  
a Porto Santo Stefano*



## AGRADECIMIENTOS

A menudo se cruzan en nuestro camino personas que simplemente nos ayudan sin ninguna razón aparente. Agradezco por eso. Ojalá la vida me ponga en ese mismo lugar alguna vez y dependerá de mi prestar esta clase de ayuda a quienes la necesiten.

Por esto deseo agradecer a la Secretaría de Cultura de la Provincia de Mendoza, que a través de este sello de Ediciones Culturales, hace posible que este libro logre el destino para el que fuera escrito, los lectores.

Existen varias formas de gratitud, pero es destacable hoy referirme a ésta, que se brinda tras un acto concreto y permanente. Este libro de cuentos y relatos es la suma de muchos pedazos de tiempo vividos aquí y allá, en diferentes países y momentos. No hubiera podido hacerlo realidad en soledad. Hoy agradezco el verlo entre tapas, convertido en un objeto que puede abrazar y ser abrazado y eso me produce felicidad.

Siempre pienso que la vida es equilibrio y todo lo que das, regresa. No siempre somos testigos de la gratitud hacia otros sin esperar nada a cambio. El estímulo a los hacedores es un ítem de fundamental importancia en las políticas públicas culturales, ya que la cultura atraviesa todos los estamentos de la sociedad y construye identidad.

Por eso hoy, del mismo modo que agradezco las flores de mi patio y la lluvia y el invierno, me exijo recordar que cada cosa tiene un momento y un lugar y todas son necesarias. Por eso digo GRACIAS a quienes posibilitan que estas líneas sean leídas y digo GRACIAS a quienes me sostuvieron, me escucharon, me criticaron, me miraron mientras las escribía.

**M.F.**



# VENECIA

**HOY HA SIDO LA LLUVIA.** Y la música en la lluvia y las palomas en la lluvia. Y la plaza solitaria. Luego vino el *vaporetto* que nos llevó hasta el Lido. El viejo escritor de *Muerte en Venecia*, desde la tristísima reposera en la playa del Excelsior, tenía razón ya entonces: el alma suspira para siempre si es la vida la que separa.

Hoy fue la lluvia la que me trajo aquella imagen de Thomas Mann magistralmente enamorado de la vida que se le escurría entre las manos, como se escurre entre las innumerables conchillas la arena de la playa del Lido.

Pero esa tristeza fue apenas un aletear. Ya en la Plaza San Marcos, de vuelta, el gris no existe en Venecia. El gris es azul, es verde, es rojo. Es vidrio, es cristal, es máscara de antaño. Es la sombra atenta y sigilosa del Duce, que guarda la ciudad para sí, avariento, poderoso, inexpugnable.

Venecia es una ciudad sin tiempo ni edad.

Los miles de paseantes que encienden el aire quieto de los canales con miles de lenguas extranjeras, ajenos a la esencia veneciana, creyendo que pasear en góndola, comprar enmascarados misteriosos, comer *spaghetti alle vongoli* o *pizza calda* les permitirá decir, a la vuelta, que conocen Venecia.

Esta ciudad texturada por el agua, de balcones bizanti-

nos y de cúpulas enmohecidas por el tiempo, esta ciudad de callejas enmarañadas, esta ciudad sin autos, esta ciudad con *piazzole* en cuyo centro parecen dormir los mundos alrededor de los cuales se asoman las casas, tiene la impronta medieval. Las piedras gastadas, los ladrillos corroídos, los pasamanos limados por el roce de los miles y miles de paseantes, guardan aún, si uno se detiene a escuchar con atención, los sonidos de los roces de vestidos de antaño, los remos que de Bizancio, de Oriente, traían hasta la ciudad del Duce, hasta los aposentos del Duce, hasta las arcas del Duce, los tesoros más preciados, el oro, las especias, las telas, los libros, el arte.

Y todo quedó aquí. El oro en las iglesias lujosas y soberbias. Las especias en comidas intensas, fragantes, sensuales. Las telas en las cortinas, en los sofás, en los disfraces. Los libros en la biblioteca de incunables del Duce, que llegó a concentrar en Venecia toda la sabiduría del mundo en los estantes. El arte en la arquitectura, en la pintura, en la bella música veneciana que, como hoy, bajo la lluvia, se despereza entre las piedras de la Plaza de San Marcos, ejecutada por la orquesta del Café Florian.

Desde mi ventana del albergo, miro llegar el anochecer. Me han sugerido que no salga sola de noche pues uno corre el peligro de extraviarse en una de las vueltas y revueltas de las callejas venecianas. Pero a veces, los anocheceres, a las eternas solitarias como yo, suelen ponernos osadas. Mientras me acomodo apenas con la mano mi pelo mojado, elijo para vestirme un traje de gasa con rosas blancas. Nadie me ha dicho nunca que me queda bien. Estoy sola en Europa, claro está, pero siento que sería bueno que a alguien le gustara mi vestido. Los aros, la pulsera de los elefantes, porque los elefantes traen suerte. El reloj no. No quiero salir con tiempo, aunque sé que mi viaje por la noche veneciana solo durará

unas pocas canciones en la Plaza San Marcos.

La luna se escatima detrás de empecinamiento de nubes no muy francas. Aun así, la blanca dama nocturna es empeñosa, me digo mientras sonrío conmigo misma, como gusto hacerlo cuando estoy sola, es decir, siempre.

Bajo hasta la calle, traspongo los siete escalones del hostel que dan al exterior y los colores estallan en torno a mí. El mundo es una policromía de voces, de colores, de personas, de sonidos y de voces. El mundo quieto de mi pieza de hotel se ha convertido en un restallante e inusitado escenario que me conmueve hasta las lágrimas. Trato de disimular, pero vuelvo a sonreír, esta vez francamente, conmigo misma: en estos lugares europeos, tan mundanos, tan turísticos, tan cosmopolitas, nadie ve a nadie. Esta noche, el mundo que se mueve dislocado y versátil en esta calle de los artesanos parece solo interesado en el precio de los *sorbetti*, los *cappuccini* o las mil variedades de sabrosísimos *panini*.

Llego hasta la *piazza*. No temo: aún hay mucha gente por las calles. Cruzo las galerías comerciales. Una de las orquestas interpreta un bello samba brasileño. Luego sé que es «Mañana de carnaval». Busco con la mirada una mesa cerca de los músicos, pero no hay ninguna disponible. Prosigo mi camino. Un ruidoso grupo de muchachos que parecen ser marroquíes ríe unos metros detrás de mí. Las risas son francas, claras, altas. Me gusta cómo lo hacen. Debe ser tan hermoso volver a reír de ese modo. Se me adelantan. Les voy detrás. Son parte de la noche.

Un leve viento levanta mi falda. Me apoyo en uno de los puentes para sostener la gasa, que parece reírse con el grupo de muchachos turistas, también detenidos a hacer señas a un barquero. Me entretengo con la escena. Bajan uno a uno por los estrechos escalones que llevan a la góndola. Alguien me

tiende una mano. Digo que no, que yo no soy del grupo, pero las risas altas impiden que se entienda. La mano me sujeta, me urge, me hace saltar hacia la barca, negra y lustrosa como un ataúd, que se pierde en las aguas de la noche mientras la luna, que finalmente ha aparecido, preside la escena como para completar el cuadro, digno de una postal.

Me dejo llevar. Ellos son tres muchachos, dos mujeres jóvenes y un hombre mayor, más silencioso, que solamente se sonríe con las bromas de los demás a los que seguramente conoce.

—*Eh, gondoliero, canta, per piacere, canta...*

Y la voz de barítono del hombre del sombrero retumba, rebota entre las sombras de las casas inclinadas sobre el agua, que se abre en remolinos acompasados por los remos y la música.

—El Puente de los Suspiros —dice el hombre en mi oído.

Los oscuros ventanucos, las piedras negras que moja el agua del canal, los altos muros de la cárcel del Palacio del Duce, estremecen mientras la góndola aparece y desaparece, tragada por las luces y las sombras del Canal Grande.

—Se llama así porque quienes estaban cautivos en la cárcel suspiraban día y noche a sabiendas de que habían perdido para siempre la posibilidad de volver a vivir.

—Sí, lo sé... —alcanzo a decir.

Pero el hombre, siempre inclinado hacia mí, me cuenta que el señor, dueño de todo cuanto había en Venecia, llenaba los infectos, apretados, oscurísimos calabozos que se situaban en la parte posterior del castillo y limitaban con los enormes muros de piedra que dan al canal de todos a cuantos consideraba enemigos.

Dictatorial, los designios del Duce eran impredecibles. Podían llegar a la cárcel tanto los traidores políticos como los

ladrones de panes, los asesinos. Bastaba aparecer en la lista que los insidiosos del entorno del señor conformaban con los nombres de todos aquellos a quienes quisieran sacarse de encima.

—Sí, lo sé... —vuelvo a decir apenas.

Y callo, porque oigo, juro que oigo los suspiros de los desgraciados, los ruidos de grilletes, las ruedas de los tormentos, los ayes de dolor. Los goznes de alguna puerta parecen querer escapar por los barrotes de las ventanas del muro de la cárcel para no sumarse al sonido de los huesos quebrándose, de las uñas arrancadas de cuajo, de la carne lacerada por pinzas, clavos y tenazas especialmente creados para darle mil formas al mancillamiento, al más sofisticado sadismo. Instrumentos que he visto esta mañana en el Museo del Palacio del Duque y cuyo recuerdo me produce un escalofrío que mi acompañante parece disfrutar, porque dice:

—¿Sabía usted que el Duque era muy celoso y que mandó a diseñar, entre tantos instrumentos de tortura, un cinturón de castidad con filosas puntas para la esposa adolescente, porque se enteró de que esta estaba enamorada de un joven que murió de viejo, suspirando entre estas piedras?

Me estremezco.

Y si sabía, me dice, siempre al oído con una extraña voz que parece fascinarme pues no puedo dejar de escucharla, que el celoso marido tiró la llave del cinturón a este canal. La esposa murió poco después, en medio de la fiebre provocada por las pústulas que le produjeron los hierros entre las piernas. La noche del velatorio, el Duque partió hacia Roma en medio de potentes carcajadas. Prohibió las lágrimas por la muerte de la adúltera en la corte. Las exequias de la jovencita se realizaron en el más cerrado de los mutismos. Nadie se atrevió a desobedecer al amo, pues siempre habría

alguien que le contaría. Solamente se escuchó, en la tristeza del atardecer, junto a las paladas de tierra que cubrían inmisericordes el cuerpo de la soberana envuelto en las gasas mortuorias, el llanto incontenible del joven amante que ya no dejó de llorar hasta que la muerte se lo llevó, convertido en un sucio anciano de larguísimos y enmarañados cabellos, barba blanca y uñas de una longitud tal que impidieron sacar el cuerpo por la pequeña puerta del calabozo, de modo que lo dejaron allí, a expensas del tiempo y de las alimañas.

Como en un sueño, todo parece parte de la misteriosa noche veneciana. La voz del desconocido está enmarcada por el *ritornello* de la *canzonetta* que a toda voz entona el gondolero.

El tiempo pasa y no pasa. No sé qué es el tiempo. He dejado expresamente por eso mi reloj en la mesa de luz del hotel. Me acongoja la historia de los tristes amantes. Imagino al prisionero reconstruyendo durante tantos años, una y mil veces, ese llanto para explicarse de alguna manera el dolor de estar solo.

El amor.

Suspirando, siento que llegamos al final del recorrido. Las risas del grupo se perciben casi lejanas, pues ellos han saltado hacia las piedras antes que yo, que, ayudada por la mano del hombre del relato, salto también hacia la realidad otra vez. El desconocido me ayuda con la mano. Antes de que pueda responder al «*Buona sera, signorina, bell'abito*», él parte, tragado por las sombras que cada vez son más densas.

Casi corro por la Vía dei Fabri hacia el albergo. Llego enseguida. Subo las escaleras, abro la puerta de mi pieza solitaria y en pocos minutos estoy en la cama. Solo la luz de la luna, plena e incomparable, entra por la ventana. Ya la vía se puebla de los silencios propios de esta calle angosta y

empedrada. Algún gato corre jugueteando con una lata vacía de cerveza. El eco resuena un largo rato, hasta que el gato se escabulle aburrido.

El sueño llega navegando por las aguas del Rialto. Adormecida por los ayes suspirosos de aquel que murió enmarañado entre las uñas y el dolor, aprieto en mi mano derecha la vieja llave enmohecida que me dejó al partir el desconocido cuando me ayudó a salir de la góndola.

Me arrebujo y, como es mi costumbre, me sonrío a mí misma. Esta noche, las pústulas entre mis piernas duelen menos. Mañana, cuando aclare, liberada al fin de los hierros, sin duda alguna habré alcanzado el anhelado descanso que vine a buscar a Venecia.



# UNA NOCHE EN MANNHEIM

**EL STRASSENBAHN 37 VIENE VACÍO.** A esta hora siempre viene vacío. El sol en Mannheim se esconde rápidamente. A las 18 comienza a caer la noche, lo misterioso de la noche. Desde que llegué a esta ciudad alemana, bella de día y de extrañas sombras nocturnas, no he podido acostumbrarme a tantas horas sin sol.

Siento que hay alguien detrás de mí, con los ojos fijos en mi nuca. ¿Será la muerte de Ray Bradbury? Mastica chicle. Oigo los ruidos que hace la goma de mascar entre los dientes, entre el jugo de los dientes. No me daré vuelta. Trataré de entretenerme con el paisaje. Los jóvenes de hoy son tan duros, tan violentos, tan agresivos. Seguro que tendrá puesto uno de esos aparatos personales y se atronará los sesos con algún infernal grupo de heavy metal. «Mamá», me dirían mis hijos, «es otra época». Ya sé que es otra época y hay cierta música de esta época que me gusta, pero en los decibeles correspondientes, no como trompadas en medio del cráneo.

Paradeplatz, Markplatz, Nationaltheater, Rosengarten, Hauptbahnhof, Rathaus, Brückenstrasse. La cálida voz femenina de los altoparlantes me confunde. No entiendo

bien los nombres Mejor estar atenta. Kaufhof, la iglesia de St. Anastasie, la autopista de Rheingönheim, Brückweg. ¡Brückweg, dice la voz! Doy un respingo. Detrás de mí no hay sonidos. Estoy al lado de la salida. Oprimo el botón de la puerta automática y salto al aire, al mundo, a la noche, a la sombra.

Brückweg es una zona solitaria. La llamo, en mis caminatas de vuelta a casa, «el mundo de Stephen King». Las ventanas iluminadas de las enormes casonas. Las callejuelas con curvas y contracurvas, los adoquines de las veredas, los oscurísimos verdes de los jardines.

Un gato dispara delante de mis pasos. Es de color, no, debe parecerme, no debo estar escuchando el ruido del chicle contra los dientes, negro, creo que es negro, pero todo lo es a esta hora. La soledad es un pájaro oscuro que nos abraza el alma con las plumas mojadas.

Mis pasos se apresuran. El eco resuena largamente. No es una película de tantas, es una realidad de todas las noches. El eco se suma a otro eco. Mi nuca arde. Está detrás, detrás, cerca. Corro. El chicle explota en mi oreja, el brazo alrededor de mi pecho se anuda. Tironea mi cartera. «¡No, no!», grito. Un aliento a menta se mezcla con el jadeo y esa boca en mi cara me dice cosas que no entiendo, me escupe palabras, «*Ruhig, ruhig, bleibe doch hier, frau, schön frau*». Y la mano me busca, me hurga, ese aliento ya no huele a mentol y tiro manotazos y creo que no es cierto, que sigo caminando, que ya llego. Un relámpago, un enceguedor relámpago brilla en la oscuridad. Grito hasta quedar sin voz cuando ese brillo afilado penetra en mi cuello.

Las luces se encienden. Despierten, despierten, que necesito ayuda. Una mujer corre. Gritos, histeria, pasos que se alejan. «*Ein mann! Ein Mann hoch! Nein, niedrig, tief!*» No

entiendo lo que dicen. No importa. Todo se nubla. Toco mi garganta y mi mano roja es el único color que percibo en la noche. Mi mano, ardiente amapola que nadie atina a tomar. En el suelo, con mi rostro contra el empedrado de la calle, veo cómo los pétalos abermejados de mi sangre se escurren, solos y silenciosos hilos carmesí perdidos en la noche.

Mi abuela también fue un río de sangre que invadió la casa. Pero aquella sangre nos tocó a cada uno, nos colmó, nos rebasó, nos ahogó. Tuvo que llegar hasta nuestras bocas para que percibiéramos el sabor de la muerte. Se nos estaba escapando entre las manos el sentido de la vida y no lo sabíamos.

Alguien me ilumina, me alza, me coloca en una camilla, me atiende, me calma, me habla en un idioma que no le entiendo y me hace señas de que no intente yo decir nada ni emitir sonido alguno, pues mi garganta está severamente lastimada.

Es paradójico. He venido a Mannheim a aprender el Deutsch y no puedo hablar.

El silencio. Siempre ha sido un amigo fiel. Aquí en el hospital no soy nadie. Nadie preguntará por mí. ¿Quién puede saber lo que me ocurrió? Hace cuatro días que he llegado. El ladrón debe haberse llevado, con mi cartera, mi pasaporte, mi nombre, mi cepillo de dientes, la foto de mis hijos, una servilleta con un poema que escribí en el avión, una carta a medio terminar para Santos. Se ha llevado todo lo que soy. Solo queda de mí un número en una cama de un hospital que no sé dónde está.

El crecimiento de la ciencia ha deshumanizado al hombre. Han colapsado las arterias, restañado la hemorragia, suturado las heridas y estoy atada a estos tubos que entran y salen por mis venas, por mi tráquea. Pero se han olvidado de mí. Nadie ha puesto una mano sobre mi cabeza. Nadie se ha

dado cuenta de que me avergüenza tener los pies desnudos al aire. Nadie se ha percatado de que a veces queman mis ojos ríos de tristeza. Nadie ha venido a quitarme el rímel que seguramente tengo corrido.

Y está bien. Se paga el precio. Nada es sagrado ya. Estamos solos en el cosmos. El trueno no es ya la voz de Dios. Los ríos no son espíritus, los árboles no son el principio vital de cada hombre. La montaña no es más la guarida de los demonios.

Mi madre, que ha venido, me acalla las penas. Me arropa de vez en cuando y se vuelve al rincón. Tampoco a ella la reconocen.

Son 11 hermanos que la malvada reina convirtiera en cisnes. Mamá, con traslúcidas manos, me ayuda a tejer un manto de ortigas para que vuelvan a la realidad. Ella, que sabe del mal, me ayuda a vencerlo. Le pido que me enseñe a aplicar sabiduría, pero me dice que mi mundo es de hombres, no de cisnes.

Mamá no tiene rostro. Tiene la textura de aquella piel y aquel olor a lavanda. Esa lavanda con que yo la bañaba antes, en la otra casa, antes, a 13 000 km de distancia, antes, en otros relojes. No me gusta la lavanda, no quiero que me lave. Ella me sonrío sin que yo la vea y llega don Juan. Vamos a caminar por un gran desierto que no había visto en Mannheim, ciudad tan industrial, tan de ladrillo y plástico, tan llena de computadoras y máquinas expendedoras de bebidas, cigarrillos y profilácticos.

En el desierto, el sol escande. Me quemo los pies entre las piedras y las plantas duras, pero don Juan me exige: debo caminar. Mi herida en la garganta me molesta, pero no necesito decírselo para que don Juan lo sepa. Me sienta junto a él, soñamos y me cuenta lo que soñó. No temerle a los

demonios de nuestros sueños es un proceso de crecimiento, me dice. Reconocernos locos, inmorales, pecadores y por lo tanto necesitados de conversión es el punto de partida. El requisito fundamental es la honradez.

La enfermera me trae los medicamentos en una bandeja: un anillo con varios rubíes, idéntico al que tuve que vender para pagar unas deudas; me lo pone en el dedo y el desamparo ya no es tan grande. No me siento tan sola: estoy atada a una cosa que me era muy querida. Desprenderme de ella me dolió mucho. También hay en la bandeja una flor, una bola de oro y una copa de cristal muy bello. Le sonrío agradecida a la mujer. «*Bitte schön*», me dice, y se va. Pasan varios días. Me doy cuenta porque duermo y despierto. Me entretengo con mis sueños. Casi no sé cuándo duermo o cuándo la realidad me toca por momentos.

Me aburro. Llevo ya aquí 153 días. Un número de días emocionalmente transformador. Dicen los que saben que la tabla del 9 es particularmente extraña para los esotéricos. El 17 multiplicado por el 9 da 153, que es un número místico. Ciento cincuenta y tres es el número de peces que Simón Pedro sacó de las redes, razón por la cual Jesús le pidió que lo acompañara. Y el 17 es el número de mi cama.

La rosa blanca, ventana abierta hacia la eternidad, resplandece. Mi madre teje un hilo invisible alrededor de mi cama y canta con la fina voz con la que cantan los muertos.

La puerta se abre y Santos, mi querido muerto, entra con un ramo de violetas. Él sabe que me apasiona el olor de las violetas. Me hace una seña con ojos mansos y yo entiendo. Mi hermana, que extrañamente ha llegado con él, enjuga las lágrimas junto a mi madre, pero no la ve. Me da tristeza que no la vea: ella era la preferida. Mamá le corre un mechón de pelo de niña y apenas suspira.

El sol, que no existía, ha vuelto a salir, pero cierran las ventanas. En este país en el que nadie habla conmigo, no me preocupa el silencio. El silencio cae con el mismo peso de la niebla, pero el ruido del chicle contra mi oreja, el húmedo calor de la boca del otro, «*Ruhig, frau, schön frau*» y el caliente brillo del cuchillo en mi cuello y mi garganta desgonzada que ya no grita y mi cara contra el adoquín de la calle y las cosas oscuras, el río, el hilo rojo de mi sangre entre las piedras, que se pierde, se diluye, igual que se destiñe la tinta de esta lapicera, igual que se desvanecen las palabras de esta historia que jamás escribiré.

# AHORA NO

## **AHORA NO.**

Ahora es el momento de los otros, de los que están más allá, de las voces que se persiguen a tientas detrás del gran vidrio. Ahora yo estoy detrás del gran vidrio. Y camino por una calle que desconoce mi sangre, que tiene el sonido de mi silencio, el roce de aquellas presencias constantes en mis pesadillas, esas que comenzaron hace mucho tiempo ya, cuando se hizo imperioso acallarse para adentro para no morir del todo del zarpazo, que era peor que morir definitivamente.

Ahora no.

Ahora es el momento de los que quedamos, de los que debemos recorrer el río de la memoria una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez. Ahora solo resta el intento de rescatar, como de una fotografía que se amarillea, las imágenes de ayer.

De aquel ayer, cuando tu mano llegaba e iniciaba el viaje blanco debajo de la sábana hacia mi nuca, hacia mi espalda, hacia mi primer estremecimiento. Y las aguas despertaban y los jugos y los dientes y las uñas y los dedos de los pies y el pelo y cada uno de los poros abiertos al universo de ese mundo nuestro de la cama y la noche y el trepidante calor de

los cuerpos y el desdoblamiento y las imágenes de pueblos blancos con techos puntiagudos y las vidas anteriores y los hijos soñados y las palabras chocando detrás de los labios y los gritos y los susurros y el compás, el vuelo, el alba, el cigarrillo, el sol entrando apenas por la ventana que quedaba entreabierta para evitar del todo la muerte, para avanzar sobre la muerte, esa que cortaba manos como las tuyas, para espantar a la vieja muerte pintada detrás de los afiches pegados en las madrugadas y los volantes y las reuniones con poemas leídos en voz baja por eso de la muerte amenazando la audacia de pretender la libertad.

Ahora no.

Ahora es el tiempo de otra sábana y de otra mano que no necesita de una ventana entreabierta. Nosotros, los que quedamos, aprendimos a simular que olvidamos para siempre los versos aquellos leídos en voz baja.

Ahora no. Pero tal vez, si entreabro la ventana, pueda volver a pasar a este otro lado del gran vidrio para encontrarme otra vez con vos y con tu mano.

# HOMENAJE

## **UN HOMBRE MUY VIEJO HA MUERTO.**

Esa muerte no fue igual que otras muertes. Se despertó una mañana y de golpe decidió que era hora de morir.

Solo fueron cómplices los pájaros que a esa hora rompen con el silencio todos los días en cuanto reciben la primera orden del sol. Esa mañana no hubo pájaros. Incluso se sabe de muchos que jamás volvieron a cantar.

También hubo otros indicios, pero ni los más alertados se percataron. La áspera realidad hizo que el aire se coagulara apenas un instante. Precisamente ese instante en el que el hombre tan viejo exhalaba un último suspiro. El agua en las acequias también dejó de fluir. Los tilos del patio arrojaron bocanadas de perfume y lo envolvieron todo con un almizclado olor que tenía reminiscencias de cosas que ya casi nadie recuerda, de secretos días que el hombre viejo reflató en ese momento para morir acompañado. Dicen que es tan solitaria la ruta hacia el otro lado.

Junto a la cama quedaron las huellas de aquellos pies, diminutos y frágiles, que habían andado tantos caminos. Quizás fue la primera vez que sintió miedo. O tal vez no. Y esos ojos siempre serenos, siempre mansos, se cargaron de las imágenes que ya estaba vislumbrando. Quizá la figura de

una hermosa jovencita lo alentaba a levantarse y caminar, pese a las medias mojadas por el viaje definitivo alrededor de la casa, costumbre adquirida desde siempre, desde la vieja casona de Las Heras en la que no existían medianeras, en la que la sombra de la higuera durante la noche ahondaba más la oscuridad. Desde esa casa donde él cuidaba primorosamente de las hijas, de la esposa, del bandoneón, de los queridos discos de pasta con aquella colección de música sinfónica con la que nos despertaba los domingos.

Quizá la jovencita vestía un traje sastre gris perla, solamente adornado en la solapa con un inmenso y perfumado jazmín recién arrancado del tallo. Y le sonreía desde el peinado de época, desde ese alto pelo negro recogido hacia atrás con un *bandeau* que le caía sobre los hombros y que él acomodaba con cuidado, mientras entraba en la Oficina del Registro Civil aquella mañana del 21 de noviembre de 1939.

Pasaron muchos años desde entonces. Muchos besos, muchas risas, muchos adobes unos sobre otros hasta llegar a la casita de Las Heras llena de cedrones olorosos, de malvones y tomates y de parras, muchas parras que refrescaban el patio en aquellas noches en que el hombre feliz era feliz porque no debía ir al Diario Los Andes a internarse en esa pesada, en esa malsana, en esa agobiante nube de plomo de las linotipos.

Pasaron muchos años de luchas por la dignidad de los demás. Primero, en el Sindicato de Músicos, luego en el de los Gráficos. Años en los que el hombre iba y venía desde la cama de enferma de la jovencita del jazmín en el pecho (que no abandonó jamás la costumbre de tener al alcance de las manos ese aroma que los había embriagado desde la primera noche en que se abrazaron y que soñaron con hijas de las que antes del sueño ya se sentían orgullosos) hasta el salón

de las linotipos, en el que reconfirmaban en la sangre del hombre una estirpe de enamorados de las letras de molde, de las palabras, de los libros. Estirpe que venía del abuelo y que fuera legada para siempre a las hijas y a cuantos morarían cerca en la vida. De una vida de fantasías, de vuelos de la imaginación. De un incontrolable amor por la libertad.

Y aquel hombre sonrió, amó, peleó, habló ante las multitudes deseosas de escucharlo y se deleitó con la palabra de los grandes revolucionarios de la historia a los que rememoraba en medio de los almuerzos para las hijas, que le bebieron la palabra y lo amaron más entrañablemente aún.

Un hombre muy viejo ha muerto.

Apenas lo entreveo y ya lo pierdo.

¿Dónde quedó la vida? ¿Dónde se desvaneció, en qué rincón de la casa se agrietaron el gesto manso, la risa franca, los dichos ocurrentes y siempre a tiempo, aquel atractivo y florido lenguaje? ¿En qué hueco buscar ahora el amable mirar, ese prurito de que lo vieran ser feliz, de que el mundo supiera que el pecho se le henchía cuando veía crecer a los suyos en la dignidad de los actos cotidianos, en el amor por las cosas bellas? ¿Qué se hizo de esos ojos que no volverán a ver una mañana?

¿Qué fue lo que no fue?

¿Por qué ya no está la muchacha del jazmín, la eterna enamorada, la para siempre amor? ¿Cómo pudo el mundo no quedarse ciego cuando la Presencia Blanca, la Siempre Esperada, llegó en puntas de pie y se la arrebató de los brazos y lo alejó para siempre de ese tibio corazón enfermo y arrobado como el primer día?

¿En qué ayer sucedieron tantas cosas que el tiempo siguió la marcha sin preocuparse por ese hombre que envejecería con el peso de la amada para siempre entre los brazos?

Cien otoños pasaron y esos labios siguieron pronunciado, en voz muy baja, el nombre de la enamorada. Cien otoños corrieron y nadie se percató de que, para ese hombre, todos los caminos se volvieron de piedra. Cien otoños arrancaron colores maravillosos alrededor y mientras él simulaba extasiarse en ellos, volvía a estar en aquel cuarto en el que él, vanamente, pretendió hacerle frente a la Indeseada, en un fatal ayer inevitable.

Un hombre viejo ha muerto y la luna es ya para siempre gris.

Un hombre viejo ha muerto.

Que callen todas las voces por un instante apenas. Que se apague un minuto el sol que está insinuándose. Que la lluvia ciegue los cristales de todos los hogares en que los esposos y las esposas se sientan a la mesa familiar a comenzar el día como si nada hubiera sucedido, como si la Presencia Oscura no fuera una posibilidad para todos los amantes. Que dejen de zumbar las balas de las guerras que él tanto odió para que la paz anhelada llegue como un último deseo. Que el oprobio no toque a las puertas de los desesperados, de los acorralados, para que se cumpla el sueño, el rojo sueño de igualdad y de hermandad. Que el ultraje deje de ser un símbolo de estos días. Que los puños levantados detengan la ignominia del golpe. Que el Dios en el que nunca creyó deje de soñar para él este mundo en el que no vio más que horror y dolor. Que el nombre de ese hombre muy viejo sea borrado del oprobio de unas listas aparecidas del 79, justo debajo del nombre de un tal Julio Cortázar, para comenzar el largo camino del olvido.

Que suene un bandoneón. Bajito. Muy bajito. Tan suavemente como sea posible. Que la música sea la única memoria en este momento en el que él se abraza nuevamente con un

penetrante aroma familiar que aún tiene reminiscencias de antaño.

Un hombre viejo, muy viejo, ha muerto.

Voy a poner el retrato junto a la amarilla fotografía de una joven muy bella que sonríe ostentando un hermosísimo jazmín en la solapa.

Y cerraré las ventanas para que nadie me vea llorar.



# LA PLUMA AZUL

**EL PASAR POR EL PUENTE SOBRE EL RHIN**, a esta hora, a las 9 de la mañana, me propone una extraña experiencia.

La mañana está intensamente fría. Los paseantes de la calle Paradeplatz, numerosísimos, acostumbrados a estas bajas temperaturas, semejan fantasmas saliendo de la bruma de un pasado tal vez no muy lejano. La niebla es espesa, tangible, concreta. Quizás, si uno insistiera, hasta podría tocarla. A escasos metros ya no puede verse nada. El mundo es una masa plumiza. Es como estar en el aire, pues ni los pies se perciben claramente. Como estar volando entre nubes graniceras o caminar senderos de ciertas pesadillas.

De golpe, un ojo amarillo, un faro levantado en el centro de la ciudad, un vigía monstruoso, mira desde lo alto. Y uno se percata de que está caminando en medio de la vía del Strassenbahn, que anda a paso de hombre. Es una extraña sensación. De golpe, me han quitado los niveles palpables de mi ámbito: el suelo, los otros, los edificios, mi cuerpo.

Cientos de personas (las presiento al alcance de mi mano, pero no puedo corroborarlo) hacen tareas habituales y yo estoy abismada por la fascinación. La niebla es como la defnieron tantas veces: espesa, corporeizada, moja y no moja,

deforma los contornos, los afantasma. La gente sale y entra a ella como a otra dimensión que se lo traga todo. ¿Lo devolverá todo?

Me propuse asegurármelo.

Seguí a una señora que llevaba puesto un sombrero con una pluma azul. La elegí porque el azul es en la niebla una flecha misteriosa, como un ave original que se empecina en no perder el color, en defenderlo contra todo lo que se le oponga. Entré con ella a lo desconocido. Caminé tras ella y tras la pluma.

Perseguí a alguien que tal vez perseguía a otro. A la vez, alguien podría estar persiguiéndome a mí, pero no necesitábamos escondernos los unos de los otros: nuestros rostros no se veían. ¿A quién recurrir? Hay momentos en los que nos sentimos inclinados a invocar a la muerte para que nos explique cosas de la vida.

Las caras se perdían en el brumoso polvillo húmedo y opalescente. De golpe, el azul siguió solo en el aire, paloma esplendorosa, sin el soporte de la cabeza. El sombrero había desaparecido. Corrí tras el color, que había aprovechado la confusión provocada por la niebla. A esa hora de la mañana, una es osada.

Me encontré en medio de los gritos de los vendedores, convertidos en susurros debido a la consistencia del aire neblinoso.

La feria de Marktplatz. Las naranjas, los kiwis, los apios, las uvas, los zapallos, las manzanas, los bellísimos carros de orquídeas, de caléndulas, de heliotropos, de estrellas federales. Las rosas y los olorosos ramos de pino danzaban ante mí, brincando ante mis ojos, agonistas maravillosos de un teatro negro. Sin hilos, sin manos, los colores subían y bajaban, resplandecían y eran tragados por los celofanes que los

envolvían con un crepitar de mágicas resonancias en esa olla de vapores y fríos perfumados.

Mi perseguida había desaparecido. La niebla era culpable. No salían de ella los mismos que a ella entraban. No había tal ingenuidad. Insondable, misteriosa, sin límites, uno debe cuidarse de caminar en la niebla: puede estarse a un paso de caer en algún abismo abierto en pleno corazón de la ciudad.

Seguí los colores. Los rojos, rojo sangre, hemorragia caliente, plaza de toros, bandera, diez años, cien amigos, el rastro en los pañuelos, violeta, apasionadas violetas que perfumarán alguna vez mi mortaja, perfumadas violetas que son verde, verdes ramos de pino, de eucaliptos, de abetos de Navidad, de amarillos, amarillos envidia, amarillo sol, fantástica metáfora de los hombres de Mannheim, naranja, jugosa naranja de labios jugosos, orquídea de ojos blancos, blancos como la muerte, de ojos negros, negros de mierda, negros del demonio, magia negra, muñequito de cera atravesado por un alfiler de plata allá en Mendoza, de ojos azules, azules claros, azules como las emociones de antaño, como mis sueños, azules como la flor que lleva un enamorado entre enormes margaritas blancas en un papel transparente que la florista le entregó.

La niebla. La misteriosa niebla con olor y con color a cosa no real. ¿Será esta la vida? ¿Será este el sueño? ¿Será esta la puerta de entrada, la de difícil acceso? No la ancha, la fácil, la que conduce al tedio y al riesgo que ello implica. ¿Será esta la estrecha puerta por donde se llega a la verdad, con el riesgo que esto también implica? ¿O será tal vez el límite final y yo, extranjera desprevenida, traspuse el umbral y camino a ciegas tras una pluma azul, en medio de los muertos de un cementerio matinal escondido por la bruma en Alemania?



# EL LOCO

**EL LOCO BESA ÁVIDAMENTE LA BOCA DE NANINA.** La besa apasionado, tragando el aire que ella expele mientras las entrañas hierven con una desusada sensación que lo impulsa a no ceder. Ella se resiste, intenta gritar, se espanta. Los ojos fijos se aterrorizan. La boca del loco no cesa en la procura de los olores de la muchachita. El hombre siente que las manos se le desprenden con una vida paralela. Ella solo es un hueco perfumado donde le estallan las vísceras. Ella solo es un espacio donde aspirar, donde absorber todos los aires del mundo. El sol es un maravilloso manto que se posa sobre ellos apartándolos de los demás.

Está aquí hace varios meses. Un caso típico de alienación. Violó y mató a una niña de diez años. Pero lo condenaron a pagar aquí en el hospital. Es un pobre infeliz, dicen los médicos. Nunca ha pronunciado una sola palabra. Desde que lo pescaron y durante el juicio se mantuvo en un silencio enfermizo. No emite sonido alguno. No abre la boca más que para comer. Parece un pajarraco caído de quién sabe qué guerra entre las nubes, metido en una caja de vidrio. Es gris y silencio. Eso: gris y silencio. Ni medicación le dan. A veces parece sufrir crisis de disnea, como si le faltara el aire, pero es parte del cuadro psíquico. Se está aquí, en este patio,

caminando bajo el sol, mirando hacia arriba. Quién sabe qué extrañas imágenes pueblan esa miserable cabeza rapada.

La hija de la cocinera sale hacia el patio. Se cubre con la mano pequeña y oscura del sol que restalla entre los árboles. El hombre de gris se le acerca y le sonrío.

—¿Vamos a jugar?

La mano de él toma la de la niña, que lo sigue dócilmente. Ambas figuras se recortan contra la luz de la siesta y se pierden detrás del galpón.

—¿Cómo te llamás?

—Nanina.

La boca del loco se sonrío, aunque él siente que comienza a faltarle el aire.

# PÁRPADO ABAJO

*«El amor es un castigo.  
Somos castigados  
por no haber podido que-  
darnos solos».*

37

MERCEDES  
FERNÁNDEZ

**Marguerite  
Yourcenar**

**TODO HA PASADO PÁRPADO ABAJO.** En el tiempo de la memoria, que flota, como flotan los muertos sin sepultura que caminan a nuestro lado por la calle. Todo ha pasado sin que pudieras verlo, sin que fueras capaz de llegar siquiera con una de tus manos a estos dolores míos en mi pecho, a mis insomnios concretos, a los hijos que me nacieron sin que vos te enteraras, sin tu risa fresca, que continúa rebotando como venida de mis recuerdos de otras vidas, de cuando fui piedra en el altar del sacrificio, cuando fui cuchillo en filo, cuando fui el puño en alto, cuando fui el recipiente que recibió un corazón que aun después, solo y seco, siguió latiendo rotundo. ¿Cómo es posible que esa noche las sábanas oscurecieran la sombra de la luna y yo no me percatara? ¿Cómo fue que no supimos sosegarla cuando arremetió con furia contra tus pestañas y nos arrolló a todos? ¿Y las palabras, y los

rezos y las coplas de la abuela? ¿Y el cuarto de la dueña de los ámbitos nocturnos? ¿Dónde quedaron las vueltas a la plaza, tus «Dama y Damitas», tu rostro en el espejo? Han pasado tantas vidas. Has muerto tantas veces. Te he matado de tan diversas formas. Te lloro y te morís. Te miro desde el álbum, desde las trenzas de 5.º grado, desde un vestido de organza muy blanco que vos bordaras, te traigo desde el ruedo de ese vestido, otra vez, a mi memoria, y volvés a hacerlo. Volvés a morirte una y otra vez. Una y otra vez. Si hasta cada vez que lleno un formulario volvés a morirte. ¿Hasta cuándo? ¿Cómo hacer para que no lo hagas más? ¿Con qué detener a la memoria que te retrata, centuplicada, con ojos de araña y te vuelve a dejar, nuevamente, esa tarde de lluvia, en la tercera fila del pabellón G, sola, tan definitivamente atrapada? ¿Cómo detener mi loca búsqueda de buscarte, muerta, entre los ojos ya para siempre tristes de mi padre?

Todo ha pasado debajo de los párpados, mamá.

# AVE DE PARAÍSO

**NADIE SUPO EN VERDAD EXPLICÁRSELO.** Los pájaros habían desaparecido sin dejar otra cosa que un revuelo de man-  
sas flores en el aire. Como lerdas mariposas, las plumas de  
los jilgueros, los cardenales, los pecho amarillo, los tordos  
y calandrias se levantaban a veces con la brisa, en un vano  
intento de conformar de nuevo, otra vez, aquella orquesta  
maravillosa que había sido la jaula de la terraza.

Sara los cuidaba amorosamente. Era la dueña de los trinos  
y gorjeos, de los colores y los amables fraseos con los pájaros.  
Envidiada por todos en el consorcio, en las mañanas subía  
hasta la jaula y se quedaba allí horas enteras cambiando el  
agua, poniendo frescas hojas de lechuga, alpiste limpio, peda-  
citos fragantes de manzanas. Entre los silbos se distinguía la  
voz de Sara, un ave más, un canto prodigioso que superaba  
la dolencia que desde pequeña la ataba a una silla de ruedas.

Los pájaros, en verdad, enmarcaban el ámbito de la casa  
de departamentos. Eran una referencia. Las voces en sor-  
dina, los falsetes, las clarinadas de aquellas cien gargantas  
sonando a todas horas, desde que el sol se iniciaba hasta que  
las sombras se tragaban los rojos, los azules, los bermejos  
de las plumas, habían permitido que en la zona, el lugar  
recibiera el nombre de la casa de los pájaros.

La bella Sara casi no salía. Tenía un único interés que se centraba en el cuidado amoroso de la jaula, pero la historia era conocida por todos. Desde la vereda podía verse la figura, atada desde siempre a la silla, dedicada a ese quehacer, yendo y viniendo, como un pájaro más entre los pájaros, cantando con ellos, gorjeando con ellos.

Por eso, nadie supo explicárselo: la jaula abierta, las plumas aún en el aire, los chillidos lejanos y la silla de Sara, solitaria contra el borde de la terraza. Y ella, allá abajo, estrellada contra el suelo, convertida para siempre en una mariposa trágica y bella, engarzada contra el pavimento.

Yo sabía desde chica que a Sara le gustaban los pajaritos. Cuando niñas, pasábamos horas mirando las figuras del Tesoro de la Juventud, en la sección del *Libro de las Maravillas de la Naturaleza*. A ella le fascinaba, por ejemplo, el ave de paraíso, con la enorme, larguísima cola en cascada de dorados y verdes, y aquellos ojos inquietantes, prodigiosos, arcanos, cuya mirada convertía en pájaros a quienes se atrevieran a soportarla, esos ojos inquietantes, casi humanos. Ella siempre decía que si alguna vez volvía a nacer, dentro de miles de años, yo la reconocería por esa mirada desde los ojos de un pájaro cualquiera.

Y en verdad lo parecía. La piel tersa y pálida de muchacha enferma, la voz aflautada, casi quebradiza que pronto aprendió a cantar, las manos revoloteando alrededor de palabras como alas traslúcidas, la semejaban a una exótica ave atada paradójicamente a un par de piernas inútiles e inservibles

Vivimos siempre aquí. Yo la ayudé a armar la jaula. El padre la construyó y comenzó a regalarle pájaros, pájaros y más pájaros.

Le decían «la chica de los pájaros». El débil corazón impedía jornadas prolongadas fuera de la casa, de modo que con

el tiempo, la vida para ella fue solo la concentración en la maníática tarea de cuidar jilgueros, canarios, torcacitas y calandrias.

Desde mi ventana, Juan y yo oímos los cantos, los zureos, los trinos. Distinguíamos la voz de Sara entre las otras voces. Juan se extasiaba escuchando. Se detenía en medio de una frase con un ademán en alto para no perderse detalle de ese parloteo. A veces escuchaba yo la puerta de nuestro departamento abrirse quedamente cuando la silla de Sara entraba en el ascensor rumbo a la terraza.

Sí, yo siempre supe de la pasión de mi amiga. Pero un día descubrí en la mirada de Juan una clase de espejo verdoso, un silbo entre los dientes, un intento de canto en medio del sueño.

Ella quería ser un ave de paraíso. Siempre lo quiso. Y casi lo había conseguido. Los ojos le estaban mudando de color. El cabello, antes oscuro, mostraba ya hilos dorados, sedosos y larguísimos.

Por eso me enfurecí. Por eso abrí las jaulas y espanté los pájaros, los dejé en libertad. Los vi contra el cielo como enormes palominas de colores. Porque no soporté el silbido de Juan, ni aquel canto de amor, ni la risa, ni las incipientes plumas entre los dedos. Ni ese puñado de cabellos de oro entre las manos. Ni el grito de horror al ver volando a Sara entre los pájaros, volando hacia la calle que ella aborrecía, acompañada de cientos de alas y de trinos que como un cortejo se acompasaron a la caída contra el pavimento, que la recibió rotundo y adusto, sin interesarse en los ojos, ya definitivamente verdes, ya eternamente poseedores del misterio de aquella ave prodigiosa de nuestra infancia.



# EL OTRO

**TENGO QUE ESCRIBIR UN CUENTO QUE HABLE DE LA FICCIÓN Y DE LA REALIDAD.** Que diga de alguna manera que la única forma de sobrevivir a este huracanado avance del progreso, que mientras más nos empuja hacia el futuro más nos arranca de nuestras raíces, es haciendo una raja en nuestro tiempo diario, en busca del de adentro, el uno mismo, ese al que no podrán robotizar.

Dice Borges: «Si no hay un sueño anterior, la escritura es imposible. Yo empiezo siempre por soñar», sigue diciendo el maestro, «me son deparados el punto de partida y el fin, el principio y la meta, y luego tengo que decir qué sucede entre dos. Pero lo importante es que el autor sea leal a los sueños, que no piense que la literatura consta solo de palabras».

Y tengo el final: la imagen onírica de un águila llevándose pedazos del protagonista. Mi personaje librará una dura lucha por emerger de esa costra fantástica que intentaré crearle: podría ser un neurótico con sueños obsesivos. Tendrá imágenes repetitivas que se le presentarán por las noches y será el inconsciente milenario el que le envía mensajes, según él mismo dirá.

Le haré narrar el mismo sueño una y otra vez. Y este será un proceso doloroso que él experimentará física y psí-

quicamente. Esto debo plasmarlo de una forma clara, dura, rotunda.

«Hay una creencia», dice mi personaje, «de que cada hombre tiene una madre águila. Una inconmensurable y negrísima águila con pico de hierro, que primero desgarrar al individuo y después cuelga el alma de un árbol hasta que esa alma madure».

Le digo que yo no creo en el alma, que escribir algo así iría contra mis convicciones. Espíritu y cuerpo son uno solo.

Sin embargo, mi personaje es empecinado y prosigue con el mito universal que dice que los trozos desgarrados son entregados al espíritu para que los devore.

Yo creo, ya entrando en franca discusión con él, que más bien esa águila negra podría ser la muerte y que un suicidio en un cuento corto siempre es impactante.

Mi personaje se ríe. «Este tipo de sueños se asemeja a la muerte», dice, «pero son seguidos por un renacimiento. De él sale el chamán más lúcido, fortalecido, directamente comunicado con el mundo de los espíritus».

Le digo que quiero un texto con un fantástico juego de palabras, donde él diga cosas que yo no puedo decir porque soy de carne y hueso. Para eso lo tengo a él, que es mi creación.

Y él agrega que yo no puedo decir las cosas que siento porque no he soportado la pérdida del mito y no tengo palabras para explicar, por eso, el mundo de afuera. Ese palabrerío no tiene nada que ver con la sabiduría, enfatiza.

Trato de retomar el hilo del cuento y pienso que el protagonista intentará explicar los contenidos de los sueños en un lenguaje incomprensible, extraño, trastocado. Los miedos, la historia personal, le habrán alterado el mundo de la comunicación. No podrá manejarse con los códigos convencionales

de la lengua. Cuando lo logre, se suicidará, convencido de que el mensaje que recibe es el de la propia muerte.

Mi personaje se resiste. Él señala que el viaje misterioso hacia los sueños no es una muerte necesaria sino voluntaria, como la del Ave Fénix. Dice también que soñar nos trae recados de ese centro inconsciente que es el Sí Mismo, y que a ese ámbito sobrenatural que no tiene nombre, pero que solemos llamar Dios, se llega siempre de noche.

Me niego. Esto es el colmo. ¿Quién habló de Dios? Esto es una fantasía. No me interesa cuestionar o no la existencia de Dios, pero tampoco quiero que mis personajes sean de esos fanáticos adoradores de dioses crueles y omnipotentes.

—No le tema a la palabra «Dios» —me replica serenamente (¿por qué está sereno, si yo quiero que sea un neurótico obsesivo?)—. Hay una fuerza superior que lo sostiene todo. Llámeme Dios, vida, como quiera. Para mí —insiste, insiste—, Dios está conmigo cuando duermo. Para transformarme, para convertirme, para hacerme morir y nacer de nuevo. Despertar cada vez más del sueño de la vida. Y paradójicamente, una de las maneras de despertar es soñar y soñar.

Y la voz toma bríos. Y yo quiero contestarle, pero se sienta a mi máquina, pone el papel y comienza a escribir «Borges dice que si no hay un sueño anterior, la literatura es imposible».

—Y usted, —me señala con un dedo acusador—, dormirá y soñará con ese Dios suyo para quien usted y hombres y mujeres como usted cuidan el equilibrio universal, moribundeando por las noches, sin capacidad para el amor o la solidaridad. Usted soñará esto que yo voy a escribir.

Me aterrorizo. Debo estar durmiendo. Un espejo incorrectamente azogado me refleja.

Me siento en mi sillón de mimbre favorito, ese que necesito cuando estoy confundida. Escucho el inaudito teclear de mi máquina. La noche se avecina. Lo extraño de la noche ya llega.

Por la ventana, que he abierto de par en par, entra una gigantesca águila negra que opaca el ocaso por un instante. Arroja las garras hacia mí y, con algunos de mis pedazos, alcanzo a oír la máquina de escribir plasmando estas palabras en algún papel.

# TOCO TU PIEL

**TOCO TU PIEL.** Con mi boca toco tu piel, los bordes de tu piel que van apareciendo según mis labios lo deseen, como si te fuera inventando. Y tus espacios se abren para que yo entre y me meto por el jugo de tus dientes, por el jugo de tus ojos, por esos jugos que van siendo míos a medida que los recorro y me recorren. Voy en busca de tu adentro, de ese desconocido que me acosa desde allí y no cejo. Entro por tus dedos. Tus caminos son accesibles cuando te encuentro desprevenido a medianoche. La luna oscura que no está, ese ojo negro lunar que no te observa, ese cielo oscuro que conoces y que suelta un agua fría, un encaje prieto, una red de plata en un intento de quitarte de mis manos. Es uno de los recursos de mi enemiga, la noche. Pero yo soy soberbiamente libre y elegí esta medianoche para guardar tus besos y soy naranja húmeda, fruta en los labios, vino claro y una vela. Y de a ratos te tumbo y tengo mil manos con las que entrarte y busco tus huecos, tus espacios, tus recintos que me reciben a dentelladas. Pero suelto un aire perfumado en esos laberintos tuyos y te convierto en un vuelo del pasado, intensamente oloroso, que te sale por la boca en forma de suspiro. Y mi pelo se aligera, porque un rato antes has dicho que es suave y aunque no lo es, robo las palabras, la idea, y

siento que mil palomas se llevan mi pelo que crece, crece con movimientos vivos. Crece hasta mis manos, crece con una fragancia oscura. Y tus dientes se entrechocan con mis dientes y es dulce mordernos y me posees y te poseo y tu lengua es mi lengua y pronuncias palabras con mi voz. Y yo digo tus cosas. Porque la risa es fácil. Porque la noche está fría, pero hay una clase de tibieza que nos envuelve. Porque si alguien nos viera, no entendería nada. Todo ha sucedido detrás de los ojos. Párpado abajo. Hacia el sueño. Hacia este sueño desde el que te pienso ahora mismo, a las cinco de esta madrugada furiosa que me envía una red de agua para vengarse de mi viaje hacia tus pieles, hacia tus tiempos interiores, hacia tus suspiros, hacia nuestras pequeñas, minúsculas muertes sin aire entre los dientes, hacia nuestras bellas muertes con olor a fruta recién cortada. A fruta roja y pulposa, roja y tus bordes, roja y tus dulces, remedo de besos inventados. Como si nada hubiera sido y todo esto que fue, fue solo un sueño mío. Y aquella flor encendida no fue nada más que una mariposa de luz que recorrió mis párpados del alma. Porque no estás. No puedo inventarte a mi lado. Mi labio se muere. Inútil. Aunque te pienso, opto por vos y te recreo una vez más. Y volvés a temblar y volvés a brillar y volvés a entibiar como la llama de esa flor ardiente contra el plato.

# LA HORA

**YA ES LA HORA.** La esperada hora a la que él llega siempre. Debo apresurarme para evitar que me encuentre entre la bruma de las cosas cotidianas e intente besar mis manos a modo de saludo, como costumbre, y huela en mi piel un detergente barato.

Acomodo las tazas de té en la bandeja con las masas de hojaldre preparadas especialmente y pongo la tetera a fuego lento. No deberá hervir, pues el té acusará una especie de herida en el sabor.

Repaso los cubiertos, el vidrio de la mesita, el cenicero donde él dejará el cigarrillo, limpio los marcos de los cuadros de mamá, de mi abuela, de Ernesto. Pongo un casete con enganchados de óperas y zarzuelas, música que gustamos siempre con gran deleite. Apago algunas luces. La intimidad comienza a crearse.

Suena un reloj muy lejano. Recuerdo a Neruda: «Nosotros, los de antes ya no somos los mismos...».

Es casi la hora.

Afuera, el tiempo pasa lento, como si estuviera por detenerse.

Me siento junto a la lámpara y me dedico a mi costumbre predilecta: el álbum de fotografías. La niñez, el sol entre

los árboles, el viejo patio con la vieja enredadera, la maceta fuera de foco, la sonrisa de niña de mamá, el grupo de 5.º C con la señorita Guidotti, los recortes del diario y las fotos del accidente y las huellas del paso del tren en lo que quedó del coche y el rastro de sangre en un pedazo de asiento y los rostros curiosos con el horror pintado en la cara sin saber por qué se estaban horrorizando, sin pensar que allí viajaba un hombre que tenía una familia y una mujer a la que amaba y que lo amaba y que lo espera siempre, desde siempre, en un comedor en penumbras, íntimo, con la bandeja de té lista y las masas de hojaldre especialmente preparadas.

El rostro de la gente. El rostro del mundo que no sabe ni se interesa. ¿A quién puede interesar que desde hace veinte años, todas las tardes, Ernesto llega y nos sentamos a escuchar música, bebemos anís después del té y nos besamos y él me acaricia etéreamente con unas nunca encontradas manos de muerto, con esas queridas y recorridas manos que los bomberos no pudieron rescatar de entre los hierros retorcidos del automóvil?

# EMBUSTES

«*Les femmes et les enfants  
ont dans les yeux  
les mêmes roses rouges.  
Chaque unes montre son sang*».

**Paul Eluard**

51

MERCEDES  
FERNÁNDEZ

**MI ABUELO, QUE ERA LOCO, SIEMPRE CONTABA HISTORIAS.** Anécdotas, cuentos, embustes de Ronda, la tierra natal. Narraba con la gracia de los andaluces mientras soltaba anillos con el humo de la cachimba, anillos que nosotras corríamos por el aire tratando de meter el dedo de golpe en aquellas figuras que se agigantaban hasta perder forma y que nos hacían toser en medio de una nube que olía como ninguna otra cosa en el mundo.

El viejo hablaba de personas del pueblo, de niñas casadas vestidas de blanco y de viudas eternas para siempre de negro. De reyes y de guerras. De miseria y coplas cantadas en las siestas olorosas de los naranjales.

Era un hombre muy bueno, comenzaba a contar, y en nosotras se iniciaba la fiesta. En nuestro pueblo, en el pueblo, todos lo querían. Era panadero, pero era muy pobre.

Y nosotras reíamos. Ya sabíamos. La pobreza era un cua-

dro que siempre nos atraía en el Tesoro de la Juventud, en el que había un niño con una gorra a cuadros con la visera para un costado y una bufanda raída anudada torpemente al cuello. Un niño abrazado a un perro desprolijo. Las dos cabezas muy juntas, mirando algo sin demasiado interés, con mucha tristeza. Sí, ya sabíamos qué era la pobreza: una lámina del Tesoro de la Juventud.

Y sufría mucho al tener que someter a los hijos a privaciones y hambrunas, proseguía él en medio de nuestras risas. Franco no daba tregua a los opositores. No sabíamos bien qué era Franco ni qué quería decir, pero aquella palabra lograba hacer que el abuelo endureciera los ojos y bajara la voz al pronunciarla. No debía ser nada bueno, pensábamos nosotras mientras nos apoyábamos en las rodillas flacas y débiles del abuelo Alfonso.

Cierta vez la mujer enfermó, la mujer del cuento del abuelo había enfermado. Y los chiquillos, que eran cinco, debían ser cuidados. La panadería no pudo atenderse más. La enfermedad de la mujer y la posterior muerte blanda y silenciosa se habían llevado los últimos duros.

Esa parte de la historia nos entristecía un poco porque mamá siempre estaba en cama. Corríamos a besarla mucho, mucho, y volvíamos entre risas y empujones hasta la incomparable voz andaluza.

Los últimos duros. El padre desesperaba. Nosotras nos sentábamos en el suelo. A esa hora, la casa dormía la siesta. La sombra del parral refrescaba la galería. El cedrón largaba furiosas andanadas de perfume. Nuestros ojos, fijos en la cara del abuelo, veían la escena. Anhelantes, nos bebíamos las palabras del viejo, soltadas entre pitada y pitada de la pipa como en un infantil esfuerzo suyo de confundir la voz entre los anillos de aquel humo blanco y oloroso.

Los niños tenían hambre. No había nada para comer. El hombre amaba a los hijos. Le había prometido a la madre cuidarlos hasta el fin. Un día, con la filosa hacha con la que trozaba la leña para el horno, se cortó un brazo que los niños devoraron al principio con aprensión. Pero resultó poco. De un solo golpe, a una orden del padre, el hijo mayor le cercenó el otro, días después. Este, dijo sonriendo el abuelo, fue saboreado por los pequeños comensales entre gemidos de satisfacción y comentarios risueños. El hombre sabía que ya jamás volvería a amasar pan. «¿De qué vale un hombre sin brazos?», suspiró el abuelo mientras nosotras nos espeluznábamos con la historia.

De modo que dispuso que el hijo le cortara un pie, luego la pierna y así la otra. «En mi tierra, las órdenes no se discuten», dijo el abuelo orgulloso. «Durante un tiempo, la comida no había faltado en la casa, hasta que solo quedó el cuerpo del padre postrado en el camastro bajo la mirada golosa y atenta de los chiquillos», cuchicheaba el abuelo entre volutas y morisquetas.

Entonces, ordenó con lágrimas en los ojos que el hijo trajera un costal de harina e hiciera con él, con lo que quedaba de hombre, amasa que te amasa, un enorme pan. Sería lo último que entregaría de sí mismo, al tiempo que el niño aprendería el oficio del padre.

Cuando estuvo terminado el bollo, el mayor lo trozó y lo horneó tal como se lo había indicado minuciosamente el progenitor. Los chiquilines se abalanzaron sobre el caliente y fragante pan. Las últimas miguitas fueron disputadas por las palomas sobre el piso de ladrillones de la cocina.

«¿Y los chicos, abuelo? ¿Y los chicos?», preguntamos nosotras, corriendo tras las figuras cimbreantes de los anillos que insistían en tocar los palos del techo.

«Cuando se acabó el pan, los pequeños se fueron a jugar. Yo limpié todo. No probé bocado. ¿Cómo podría comer un pan amasado con la sangre de mi padre?», dijo el abuelo sacudiéndose la harina del delantal. Pero nosotras corríamos ya, sin escucharlo, tras una enorme voluta que escapaba por la ventana en busca del cielo.

# UNA HISTORIA ENTRAÑABLE

**SE REGODEÓ.** Se relamió. La llegada a la casa era la entrada a un santuario donde los rituales sensuales se iniciaban, daban comienzo en el instante mismo en que Sara le abría la puerta.

Con ella recibía los olores cotidianos, las fragancias del hogar, los efluvios del tiempo contenido debajo de las tapas de las ollas rebosantes de especias y de aliños. La esposa lo besó. ¡Ah!, ese pelo con aroma a cebolla. ¡Ah!, esas manos ásperas, rugosas, hinchadas, impregnadas de ajo, de albahaca, de nuez moscada, de clavo de olor.

Se relamió. Afuera quedaban el escritorio, los talonarios de ventas, los plásticos de las telas engomadas, los rótulos malolientes. Hasta mañana los malos cafés del ACA con gotitas de un mal coñac para intentar cortar el mal sabor. Atrás los amigos viejos de la vereda contando constantemente los tristes chistes de siempre. Mañana volvería a decirle picardías al oído a Marta, la telefonista, que cuando se encendía de rubor soltaba una clase de olorcito salobre que le repugnaba y le atraía a la vez. Mañana. Ahora, el ritual, la ceremonia de los sentidos paladeando las salsas al estragón, los hongos al vino blanco, los pianísimos picantes de Sara, los estupendos

fettuccini al pesto con nueces picadas, las incomparables carnes agridulces, los filetes de lenguado, las pizcas de extrañas esencias que él gustaba descubrir en un juego que duraba ya tantos años.

Preparó el paladar con un whisky puro mientras veía trajinar a Sara en la cocina, cortando, revolviendo, salpimentando mientras tarareaba el aria que Monserrat Caballé cantaba en ese momento: «L'amour, l'amour», de *Carmen* de Bizet.

En tanto gustaba la bebida, miró a la mujer. Ni joven ni vieja, con esas eternas chinelas azules y ese delantal con voladitos. Casi treinta años juntos. Ya no le atraían la enorme cintura ni el cuello en el que se escondía la cadenita que marcaba de negro la lustrosa piel enrojecida por el horno. Pero qué emoción continuaba embargándolo cuando contra los grandes senos ella le presentaba la fuente de la noche. Qué dicha renovada sentir que entre esas uñas perdidas por el detergente crujía el pan recién horneado. Qué deleite permitirle cortar en trozos la fruta que él enjugaba en la boca.

Pensó que esos eran actos prodigados por el buen amor. El amor de los años, de los amigos, de los sentidos. La relación con Sara comenzaba y terminaba en la cocina. El otro amor, el de los cuerpos, se encontraba arriba, en la pieza de Niní, en el cuerpo de Niní, en la boca de Niní. El deseo comenzaba después de que Sara tomaba aquellas eternas pastillas para dormir, cuando ese enorme cuerpo avejentado y distinto, ya fuera de la cocina, soñaba quizá con nuevos cortes, con nuevas esencias, con nuevos sabores para él.

Arriba, en el minúsculo cuarto de Niní, donde ella era la reina, la sangre volvía a renacer. Otra vez volvía a ser joven, no era más el de la oficina, que necesitaba decir escabrosidades a las jovencitas para hacerlas sonrojar y mentirse a sí

mismo una vigencia de hombre. Él sabía que las jóvenes, las pelilargas, las rubias, las minifalderas, se reían detrás de él. Aceptaban las bromas de mal gusto porque un hombre de cierta edad las estimulaba, les hacía practicar saltos en la sangre, morbosidades, juegos sin riegos.

Niní, en cambio, sí. Ella sabía cómo hacerlo vibrar. Se desnudaba lánguidamente mientras él miraba ávido contra la ventana ese cuerpo joven y elástico, esa piel firme y oscura, esa mirada turbia y distraída que solo resplandecía con los billetes que él dejaba sobre la mesa de luz al retirarse en puntas de pie.

La piel de Niní. Esa piel que él frotaba con hojitas de cedrón y que luego mordía reconociendo sabores de la infancia. La boca de Niní que él preparaba con una almendra para comerse en cada beso un amargo y dulcísimo amaretto. Los pechos de Niní que él untaba con miel y en los que se hundía en busca de rumorosos colmenares originarios hasta escuchar los latidos de la propia sangre acompasada al corazón de la joven. El cuerpo de Niní, que a la luz de la luna era una celeste centaura que despedía una salobridad en el ambiente, de alguna manera semejante a la que exhalaba el cuello de Sara mojado de transpiración y esencias familiares.

«¿Qué comemos hoy?», preguntó, volviendo de aquellas ensoñaciones.

Sara sonrió. La rubicunda faz resplandeció entre los vapores de la fragante fuente de loza que traía entre las manos. Sorpresa. Debería adivinarlo. Carnes rojas. Eso ameritaba un buen vino. ¿*Cabernet sauvignon*, quizá?

El primer bocado aromático, caliente, lo estremeció. La carne envolvía el paladar, recorría los espacios bucales escudriñando los puntos excitables. Lenta, despaciosamente, reconoció pimienta de Cayena, estragón, orégano fresco, el

espíritu de un buen vino, cebollines de verdeo. Tragó mareado por la excitación. Indescriptible. Magnífico. Excepcional. Único. Era algo conocido, pero distinto a la vez. Muy macedado para ablandar las fibras. Con una pizca de... ¡clavo de olor! Y... jengibre, mostaza negra, algo casi dulce, ¡alcaparras!

—Espectacular —dijo, comiendo con avidez entre los suspiros de satisfacción de Sara, que servía más vino y cortaba más pan.

Se negó al postre. Aún tenía el espíritu de esa cena rondando los sentidos. Se estiró, se relamió pletórico. La velada se presentaba perfecta.

—¿Y Niní? —dijo al pasar.

—No se sentía bien. Le dije que se quedara en el cuarto. Mañana lavo yo todo.

Cuando Sara se retiró a la habitación, él le llevó el vaso de agua y el Trapax de todas las noches. Besó el pelo y aspiró una vez más ese dejo de cebollas y azúcar quemada que conseguía turbarlo aún. Apagó la luz.

—Iré a leer al salón —dijo—. Y buenas noches.

Subió en puntillas. A oscuras, los pies resbalaron en los escalones dos veces. Escondió una maldición.

Abrió la puerta. La luz de la luna estallaba en el cuartucho. Niní estaba sobre la cama, desnuda la celeste, la centaura, quieta quimera enlagunada en un río de sangre que mojó los zapatos. El pecho femenino era apenas un enorme agujero negro en el que faltaba el corazón. Y el cuarto, el cuarto estaba saturado de un olor muy dulce que él sintió rebotar contra el paladar.

# INAPELABLE

**YO LO VI.** Cuando el señor de la casa grande se paró sobre esa piedra que está al costado del cañadón, pensé: «Se cae». Y se cayó. Me asomé. La cabeza en dos. Propiamente. Corrí mucho para avisar, pero al ratito me acordé de que tenía que ir a revisar unos nidos que hay en un jacarandá grande a la entrada del bosquecito, y la verdad, me olvidé del señor de la casa grande. Cuando llegué a la mía, mi mamá me mandó a lavarme y en la mesa escuché que hablaban de cosas que yo no entiendo. Iba a contar lo que vi, pero mi papá no me deja hablar cuando como. «Vos comé y cállate», me dice. Y me mira a los ojos. Cuando mi papá me mira a los ojos, a mí me da un poco de miedo porque él es más fuerte que yo, aunque somos casi de la misma altura. A él todos le tienen miedo. Yo creo que hasta mi mamá le tiene miedo. Entonces no le dije nada y me fui a jugar con mis mariposas secas. Cuando me acosté soñé que volaba. Siempre me despierto contento cuando sueño que vuelo. Porque allá arriba me siento tan importante como mi papá. Por eso siempre ando en los árboles, porque me siento alto alto. Y juego a ser fuerte y hasta canto. Y fue desde un árbol que vi cuando se golpeó la cabeza el Rigoberto, en el chiquero, mientras le daba de comer a los chanchos. Se quedó más tieso que un palo, más que mi palo

de canelo, que es fuerte y me ayuda a alcanzar las guindas o a cruzar el río. Hasta ratas he matado con mi palo, pero eso no se lo cuento a mi mamá, que se asusta en seguida por todo. A mi papá tampoco se lo cuento porque no me escucha. Nina sí, ella se ríe conmigo y yo le cazo mariposas para que ella se las ponga en el pelo. Y me gusta hamacarla en la plaza. «Más alto, más alto», me dice. Y yo la empujo y el vientito de la falda me hace cosquillas en la cara. Y yo me río también, porque vuelo con ella. Hoy mi papá dijo que a los hombres que habían encontrado en la montaña los iban a pasar por las armas. «¿Qué es pasar por las armas?», dije yo. «Ejecutar», me contestó. Y yo pensé que cómo era eso, pero no pregunté más porque él estaba muy nervioso, pero como contento. Yo pensé que esos hombres debían ser muy malos. «Guerrilleros», le contaba a mi mamá. Y ella se santiguaba. «Drogas, bombas, derechos humanos, estupideces», decía mi papá, y ella volvía a santiguarse y decía «Dios mío». Y yo pensaba en cuando se escuchara al otro día, porque iba a ser al otro día, la descarga en los cuerpos de los hombres que parecían ser tan malos. Y yo pensaba que también eran malos los que tiraban, que a lo mejor los elegían para ese trabajo porque eran los peores. Y me santigüé, aunque no sé para qué, pero no dije «Dios mío», porque Dios no debía saber nada de todo esto. «¿Firmaste?», dijo mi mamá. «Sí, ya lo firmé», contestó mi papá con una sonrisa, «no habrá apelaciones». No entendí, pero no pregunté. Cuando él dice «No habrá apelaciones», no se puede hablar ni una palabra más. Y en seguida se escucharon golpes en la puerta y gritos y mi mamá llorando, diciendo que no, que no podía ser, que Felipe no era capaz. Felipe soy yo. Y mi papá abrió la puerta de mi pieza. Yo limpiaba mi bastón. «Él, él fue», dijo la vieja Candelaria, que trabaja en la casa de Nina. «Con ese palo la

mató». A Nina. Que yo había matado a Nina. Y al señor de la casa que yo vi en el río. Y al Rigoberto, que era mi amigo. Y mi papá me miró como me mira él. No me preguntó nada porque yo lloraba pensando que Nina no vería la mariposa amarilla que le tenía preparada en una cajita. «Señor alcalde, haga justicia», le dijo. Mi papá es el alcalde porque es fuerte y grande. Casi grande como yo, pero más fuerte, más poderoso. Y es él el que manda. Como Dios, pero él sí ve todo lo que sucede en este pueblo, Dios no. Por eso mi papá es casi más poderoso que Dios, creo yo. Mi mamá se hacía señales de la cruz y me decía «Hijito mío» y esas cosas que a mí a veces me entristecen y a veces me alegran. Ahora que lo recuerdo, esa vez me entristeció. Porque no me gusta estar encerrado. Ahora veo una mariposa que se asienta en la ventanita de la celda. Tiene pintas negras. Pero no hay aquí nada, ni una cajita siquiera. Me mira y le acaricio las antenas despacito. «Inapelable», ha dicho mi papá. Porque él es el que manda. Yo no tengo miedo, aunque siento que mi pecho retumba como tren cuando veo en el patio a los que van a tirar en la ejecución. Esos sí me asustan. Porque los disparos parecen explotarle a uno en el medio de la cabeza. Y a mí no me gustan los ruidos fuertes. Prefiero las conversaciones de los pájaros, el zumbido de las abejas, el roce del viento entre los pastitos. La vida es tan linda. Extraño mi palo. Me hace falta para apoyarme. Me cuesta caminar hasta el centro del patio. ¿Dónde estará mi papá? Aunque él pronunció la palabra «inapelable». «La ejecución será inapelable», dijo. ¿Qué será sentir la ejecución sobre el cuerpo de uno, sobre la vida de uno? ¿Y qué sentirá mi papá, o Dios, que es lo mismo, cuando firma debajo de la palabra «inapelable»? ¿Qué será sentirse como Dios? Todas las armas me apuntan. Ahora sí tengo miedo. Dios sigue sin saber lo que pasa en este lugar del mundo.



# UN RARO VIAJE

«Envidio a los flautistas, porque son capaces de tener un pedazo de memoria entre las manos».

**Descartes**

63

MERCEDES  
FERNÁNDEZ

**YA ES LA VUELTA.** Este viaje a Viña del Mar ha sido reconfortante. Sirvió. Acaba de acomodar las valijas, le da unas monedas al maletero. Las últimas. No, las últimas no. Sara ha guardado algunas para el plato que tienen sobre la biblioteca. En él las hay de Grecia, algunos pfennigs de Alemania, unas liras de Italia, unas cuantas perras españolas y, por supuesto, francos del último viaje a París. Casi suvenires.

Sara se ha puesto los auriculares. Seguro estará escuchando el aria de *Madame Butterfly*, «Un bel di vedremo», por la Tabaldi. Es una apasionada de ese pasaje de la ópera. Le ha pedido días atrás, mirando la bahía desde la ventana del cuarto que han alquilado en Caleta Portales, que cuando muera, Dios no lo quiera nunca, pero en fin, la vida es la vida y al fin y al cabo, la muerte a veces puede ser un fin y un cabo benditos, que cuando se muera, le gustaría como despedida ese momento de la ópera de Puccini. «Morir de amor», decía mientras entornaba los ojos, quién pudiera.

Y a él le ha dado congoja, una pequeña tristeza le encogió el pecho al imaginar una vida sin ella. Pero enseguida han vuelto a besarse, y entre ellos los besos desencadenan un juego de siempre: frases de uno que el otro recibe y contesta. Ella dijo primero: «Quiero un mundo sin relojes». Y él recogió la idea: «Quiero un mundo que no calle», y ella: «Quiero un mundo sin la tristeza de los paisajes en los calendarios», y él: «Quiero andar por esos paisajes y no vivirlos en la pared»; ella, «Un mundo sin silencios»; él, «Sin voces iracundas»; ella, «Sin recuerdos»; él, «Sin suicidas»; ella, «Sin deslealtades»; él, «Quiero un mundo sin tiempo»; ella, «Quiero un mundo redondo y perfecto», y él remató: «El círculo se cierra».

A veces esos juegos los abismaban en melancolías de las que demoraban en salir, pero eso no les hacía abandonar los entretenimientos. Aquella tarde, el juego había terminado con un beso. El verano es tan corto como la vida es breve. O como la felicidad, que es casi lo mismo.

Este viaje, piensa mientras el ómnibus se ha detenido en una curva a la salida de Viña, les ha permitido, además de descansar, afianzar muchas cosas. Han llevado con ellos los libros elegidos concienzudamente para «el tiempo del amor», como decidieron llamar a esta escapada de siete días a Chile. Pavese con *Laborare Stanca*, Saint-John Perse y una impecable antología de las que han rescatado *Marinas* durante un atardecer desde el mirador de Playa Los Lilenes. También han traído *Los testamentos traicionados*, de Kundera, falseados realmente en cuanto leyeron ávidamente el capítulo relativo a Kafka, donde Kundera profundiza sobre el controvertido tema de los traductores.

Sara se ha entredormido junto a él. Se percata de eso pues aun con los ojos cerrados por la música del viaje, ella apenas mueve los dedos siguiendo el compás de la música

con la que el Sony la envuelve, la mete entre paréntesis, la aleja de la realidad de un tiempo que se va, que se ha ido ya, de una realidad que la agobia.

Mira a la esposa. La quiere tanto. Más que antes de salir para este viaje, le ha dicho entre besos.

Las risas de ellos, verdadero leitmotiv de cada uno de esos días pasados en Viña, han debido escandalizar a cuantos han estado cerca. Sobre todo, a las tres mujeres de la casa. De la casa frente a la bahía.

El aviso decía: «Preciosa casa frente a la playa. Familiar. Cálida. Distinta». Él y Sara se habían mirado. ¿Por qué no? Llamaron al teléfono que había al pie en el aviso del diario y sanseacabó. Fueron siguiendo un impulso: necesitaban esos días para ellos. Los años de matrimonio habían entibiado la pasión de los primeros tiempos, es claro. La piel ya no era la de antaño, aunque ellos continuaban unidos por el amor de los hijos, por la casa, por la sensual relación con la literatura, con la música, con el arte. Eran una pareja poco común. Pero necesitaban hablar de eso que les acontecía, de esa tristeza de los cuerpos, de esa lasitud de la piel, de ese adormecimiento del sexo. Lo entendían, tenían tanto entre ellos, pero debían aislarse para hablar. Aquello no era algo que pudiera tratarse en medio de la algarabía de una mesa en la que los chiquillos gritaban, reían o lloraban.

Por eso, cuando la mayor de las hermanas les abrió la puerta de la habitación, se habían mirado con alivio: aquello era perfecto. La ventana con vista hacia el mar, el acolchado de raso celeste, la cama de bronce no muy grande: «En esta casa somos mujeres solas», se había justificado la mujer con una tímida sonrisa. Y ellos se habían reído y se habían dado el primero de los tantos interminables besos. Marta, que así se llamaba la mayor de las hermanas –después conocerían a

las otras dos, que de a una en una irían llegando a presentarse y tratarlos entre sonrisas y amabilidades—, se había tapado la boca con la mano, respetuosa y circunspecta mientras bajaba la vista con cierto pudor, y había corrido presurosa a contarle a las hermanas aquel beso que había visto. Esto lo dedujeron cuando, poco después, oyeron los cuchicheos y las risas quedas de las tres mujercitas.

Sonrió mientras recordaba. Se volvió. Sara dormía acunada por la música y el ronroneo del ómnibus. Se acercó y la besó. Ella estiró los brazos. Abrió los ojos y volvió a cerrarlos. Un gemido apenas audible escapó de la garganta de la mujer.

«Has despertado mis poros», había dicho ella entre los brazos, una de las noches mirando el mar, el mar hondo, rumoroso, espacioso y susurrador. El guarda faros había encendido la playa. La luna estaba alta cuando los sorprendió la espuma y un ala de gaviota se abatió contra el vidrio tras el cual estaba el resto del mundo. «El ojo de la gaviota nos mira», había pensado él, «y nos ve esplendentes y solos, esperando el misterio de la sal que a ella también la arrebata, y nos entiende». Y había abrazado a Sara más fuerte aún, pues él también sentía el cambio producido entre ellos.

«Viña es mágica», había dicho Marta cuando ellos le hablaron de la cena a la luz de las velas en el restorán de la Escuela de Hotelería, sobre la ruta a Valparaíso. El magnífico Undurraga Rhin cosecha 1996, la sensualidad de la albacora con cilantro y la ensalada de mariscos fueron un marco perfecto a una velada encantadora, en aquel lugar, el farallón de Caleta Abarca, metido en el mar, junto al faro inerte y eterno. Si hasta habían bailado esa noche. «Sí, Marta tenía razón: Viña es mágica», había pensado.

Tomados de la mano, pasearon la mañana en que se dirigieron a Isla Negra. Allí sintieron los extraños arrebatos

con que Neruda viviera con Matilde Urrutia en los caminos de esas umbrosas galerías con puertas angostas de vidrios amarillos, rojos, azules. Largamente miraron los dos esa mesa hecha con una rueda de carro, esos copones altos, esos cojines deshilachados que castigaron tantos años los esposos amantes. «Para tu pecho basta mi boca. Para tu piel bastan mis alas», como dice el póster que traen de recuerdo de la casa con el pez en el pórtico.

«Raro este viaje», piensa, mientras advierte que ya no está el mar con flujo y reflujo de aguas grises, celestes, vedes, plumizas. No está el mar, que ha quedado atrás, pero los ha seguido el ojo de la gaviota que revuela cerca del ómnibus. «El ojo de la gaviota que vigila para que no cometamos equivocaciones», se dice. «Porque fuimos elegidos por ella para armonizar bajo la luz de la luna en el Mirador o en Playa Negra», donde la arena se escondía ya en la mañana del *funeral*, donde él había tocado los pies de Sara como bautizándolos para siempre bajo la tibia yema de los dedos.

Extrañará los atardeceres en los que ese mar se tragaba un sol naranja, momentos que ellos aprovechaban como ceremonia para convocar a Saint-John Perse en aquel libro de poemas.

Raro. Raro porque habían venido aquí a desterrar los cuerpos, a tomar conciencia de que este era otro tiempo, lejos del fragor de la sangre, del sabor peculiar de los enigmas del amor. Habían venido a despedirse de la juventud, a enfrentar sin agresiones ni dolor este otro rostro del amor. Y el mar, esa extraña casa frente a la bahía, esos atardeceres crepitantes de trenes y de música, los mandaban de vuelta renovados, jóvenes aún, otra vez rientes, felices como antaño. Raro, piensa regocijante mientras Sara, que ha despertado, le acaricia larga y golosamente las manos. Han descubierto nuevamente

la sensualidad de los gestos del amor, piensa, mientras cierra ahora él los ojos, fingiendo dormir para dejarla hacer.

Quiere recordarlo todo, no va a permitir que se cuele por las grietas de la memoria ningún momento de esos vividos en Chile. «¡Papá!», se escandalizaría Claudia si se lo contara. Pero no lo hará. No podría. Este es una especie de pacto secreto entre Sara y él. Que los vean felices los hijos. Porque hay cosas que no pueden transmitirse en la verdadera esencia. Si la poesía se explica, se banaliza, cuenta Skármeta que alguna vez dijo Neruda. Que la poesía hable por sí sola.

Vuelven ahora a la memoria retazos de la casa frente a la bahía. Unos toques a la puerta habían precedido a las tres hermanas que venían trayendo dos mitades de melón amarillo. «Para el caballero», dijo Marta. «Para la dama», dijo la menor. Y habían alargado cada una un primoroso plato de loza labrada con la fuente que ostentaba una cucharita de plata clavada impunemente en la fruta.

La tercera de las mujeres alcanzó las servilletas, prolijamente bordadas quizá por ella misma.

Comieron observados ávidamente por las mujeres, que se arrojaban miradas de aprobación por haber elegido la fruta deleitosa, sensual y fresca a la vez, olorosa y profusa, que alcanzaba niveles recónditos en la boca y producía hipidos de placer en Sara.

Aquella fue una tarde ceremonial. A él le gustan los ritos. Todo se queda gracias a los ritos. Nada pasa porque sí, el tiempo ya no es un huracanado compás por el que se filtran los amores, los deseos, los dolores, la desesperación de un hombre al que jamás le dijeron que la inmortalidad no existe, que no está al alcance de la mano. Comprar el tiempo. Eso. «Hay que comprar el tiempo», le dirá a Sara. Y este viaje posibilita que quede la boca, solo la boca para los besos. Y

los ojos. «Para la lágrima», escribió ella el día que compraron la agenda mística en Valparaíso en la que las imágenes del Tarot, artesanalmente salidas de la mano de algún alquimista del alma, presiden los días, marcan la hora exacta de la conjunción de los astros, trazan las líneas imaginarias con las que está trabajada la trama del año.

Inmediatamente de escribir aquello y de pedirle que cuidara de la agenda, Sara se había sentido mal. El melón, pensó.

Las solícitas mujeres de la casa lo tranquilizaron. Se llevaron a Sara, pálida y nerviosa, a colmarla de té y tisanas lejos de él, que es hombre y por ello no está preparado para esas cosas de las lunas y los soles femeninos.

El Aconcagua se asoma entre dos crestas de rocas. Ya están en Mendoza. Pronto será la hora de los hombres imperfectos. La perfección pareció quedar atrás, en aquel ojo de la gaviota, en las manos de los pescadores, en el ascenso al Cerro Alegre, en Valparaíso.

Abre los ojos. Sara lo mira. Se sonríen felices. Se asustó al verla tan mal aquellas horas que duró la descompostura. Extraña ese perfume a fragancia inglesa que parece haber incorporado al buen olor natural, cuando en realidad, ella siempre odió esa fragancia y con los perfumes es muy exigente. Cuando volvió, atravesando umbrosas y frescas estancias, habitaciones lejanas en las que moraban las mujeres, traía consigo el eco de otros perfumes que tenían que ver con los aromas y aceites con los que la untaran para mejorarla, según narró ella, arrebolada y fascinada. Para cubrirlos, Sara había comenzado a ponerse esa colonia inglesa que las hermanas le obsequiaron. A él se le antojó que aquello la hacía parecer distinta, con un dejo de ausencia, aunque atribuyó esa sensación a la descompostura que sufriera y no al olor que la piel había anexado.

Raro viaje, vuelve a pensar.

Marta, la mujercita chilena, derramó lágrimas cuando estampó dos sonoros besos en el rostro de Sara. Las hermanas no habían podido llegar a despedirlos. Una tía enferma, cree que dijo. Pero le habían dejado a Sara un recuerdo para que no las olvidara: un pañuelo con las iniciales de las tres mujeres de la casa frente a la bahía.

Sara se mueve en el asiento excitada. Está llegando a destino. A él se le encoge un poco el corazón. «¿Nos reconocerán los hijos?», le dice, besándola entre bromas. «No creo, van a tener que acostumbrarse a la idea de que somos distintos a los que salimos para Viña hace siete días», dice ella sonriendo.

Llegan. Ya ven la Terminal. Los chicos están allí. «¿Dónde, dónde?», pregunta Sara sacando el pañuelo con las tres iniciales para enjugarse las lágrimas que le corren por las mejillas.

Él, comprensivo, mueve la cabeza. Sí, ha sido un raro viaje éste. Ayuda a Sara, que se pone de pie en Mendoza por primera vez y que comienza a atesorar desde ya cada escena de lo que suceda. Ella deberá contar con detalles todo lo que ocurra de ahora en adelante a las hermanas que quedaron allá, en Viña del Mar y que, como siempre, estarán afanosas esperando que la aventurera de ocasión escriba a las otras dos, hasta con los más íntimos detalles, todo lo que acontezca en esa nueva vida. Como siempre ha sucedido con los visitantes de la villa familiar, allá en Caleta Portales.

# EL VESTIDO DE SEDA

*«Ven a dormir conmigo:  
no haremos el amor,  
él nos lo hará»*

**Julio Cortázar**

71

MERCEDES  
FERNÁNDEZ

**PARECÍA QUE TODO HABÍA TERMINADO YA.** Esos apagones organizados pronto acabarían con la paciencia. Se aflojó la corbata. Elsa le había dicho que se pusiera la roja, pero él había insistido en la elección. La mujer tenía un gusto infernal. Si corría, llegaría a tiempo al ascensor para evitar tener que subir por la escalera los siete pisos.

Entró al edificio. La casa, el pijama, las chinelas de Elsa, el consabido plato de sopa del mediodía. Si tan solo se abriera el cielo en medio de esta torre de cemento y vidrio. Si al menos pudiera volver a sonreír como antes, como si estuviera vivo.

Corrió para alcanzar el ascensor que casi estaba cerrándose. Tropezó y el maletín cayó junto a un pie de mujer. Desde abajo alcanzó a ver el ruedo de un vestido rojo. Cerró la puerta prestamente. Solo faltaba un minuto para el corte de luz programado para recortar el gasto público. ¿Piso? «Cinco», le respondió la otra en un susurro. Apretó el cinco, apretó el siete. El ascensor arrancó. Un segundo después,

el mundo fue una oscura masa compacta opacada por las prietas sombras.

El apagón.

Ella tosió. «Está incómoda», pensó él. Y dijo «Qué percañe, estos apagones, el gobierno que no respeta, los inconvenientes que ocasionan». Cosas por el estilo. Palabras sueltas. Ella asentía con murmullos. Tal vez estaba nerviosa.

¿Era de aquí? No. ¿Venía de visita, tal vez? Sí.

El ascensor era un una gigantesca garganta oscura e intensamente perfumada, un hueco insondable y ominoso al que llegaban los ecos de ruidos y de voces lejanas. Como si la estampida de luz sumergiera a la vida en una olla de profundos sonidos, de ecos distantes, ralentados.

Suspiró. Ni un cigarrillo. Ni un fósforo. Escuchó que a junto a él, ella respiraba. Sentía el hesitar, el palpitar. El hueco se ahondó. Siete horas. Tendrá que estar siete horas con aquella persona, allí, encerrado en esa desoladora soledad.

«Mejor que nos sentemos», dijo. La alfombra era mullida. El vestido de ella crujió al plegarse sobre el cuerpo. Un intenso perfume lo invadió. «Hablemos de algo», iba a decir, cuando al intentar quitarse el saco, con la mano tocó otra mano. Perdón. Silencio. Extraña mujer perfumada. Extraña mujer perfumada y enfundada en un vestido de seda. De seda rojo, pensó. Almizcle, fantaseó. Con algo dulce, muy dulce; alhucema, tal vez. Y algo de flores agrestes y maderas de Oriente, aventuró. Siete horas. Al parecer ella no hablaría. ¿Qué pensaría? ¿Qué estaría sintiendo? Le pareció que la respiración de ella se apuraba. «No tenga miedo, yo estoy aquí», iba a decir, pero no lo dijo. Era obvio. Lo mismo le pasaba con Elsa. Para qué hablar. Qué decir, cómo decirlo cuando se han acabado ya todas las palabras. Cuando el silencio se entroniza entre dos personas, la muerte inicia la tarea, filosofó.

Estiró la mano para buscar apoyo. «No tenga miedo», dijo finalmente. Y los dedos encontraron en la oscuridad una mata de cabellos. Ella gimió apenas. Bajó la mano un poco más y el cuello de la mujer se inclinó como un pájaro adormecido por la caricia. Se estremeció él también. El inquietante perfume lo invadió en la oscuridad. La seda del vestido crujió cuando él la abrazó.

Se besaron largamente. Tímidamente después, como explorándose. Luego, la pasión hizo que se convirtieran en viejos amantes.

El tiempo no existió. Cuánto hacía que en la sangre no sentía ese tropel, cuánto necesitaba en la piel el tacto de otra piel impregnada de vida como antes. Mientras la besaba, supo. Supo que subiría al 7.º C y armaría la valija para salir definitivamente del tedio y la cotidianía. Le habló de eso. Entre murmullos le habló de la vida, del hartazgo, del cansancio de volver al departamento todos los días. Le dijo de ese amor recién nacido, del destino nuevo, para siempre amarrado a ese perfume y a ese cuerpo enfundado en un vestido de seda rojo.

«Quién sos, qué sos», quiso decir, pero el sopor lo sucumbió.

Un sacudón lo hizo despertar. La luz lo encegució. Un torbellino rojo saltó y se perdió en el pasillo. Se levantó tratabillando. No podía perderla. La había encontrado al fin. Debía seguirla.

Todo fue en vano. Quizás había sido solo un sueño. Quizá nada había ocurrido en verdad. Tal vez fue otro escamoteo de esa pasión suya por soñar, por escapar de la realidad, de este no vivir que era la vida.

Oprimió el botón de salida. Quería respirar. No volver al 7.º C donde Elsa lo esperaba con la sopa del mediodía y las

chinelas viejas. Debía pensar qué decirle, pero, indubitablemente, esa sería la última noche en el departamento.

Dio varias vueltas a la manzana y regresó. Subió siete pisos, colocó la llave en la cerradura y entró. Lo golpeó el olor a puchero, los sillones verdes, el televisor con la telenovela de Elsa. De Elsa, que se volvió y le sonrió con la vieja sonrisa de siempre.

Fue al dormitorio derecho. «Me voy», dijo. Y comenzó a sacar ropa de la cómoda. Elsa pestañeó con cansancio, entendiendo. Mientras él doblaba trajes y camisas, ella bajó la valija desde lo alto del placard. En el hueco que quedó, acomodó amorosamente un vestido nuevo de seda roja que crujió débil y cómplice. Entre los pliegues, escondió un frasco de perfumes orientales. Un aroma de dorados frutos, de inquietantes flores negras, de apasionados almizcles de antaño, invadió tibiamente el rincón.

Ella también pensó que todo había terminado.

# LA CANCIÓN

«No quisiera perder  
esa luz intelectual  
que me permite  
distinguir lo parecido  
de lo idéntico,  
la metáfora de las cosas».

**Umberto Eco**

75

MERCEDES  
FERNÁNDEZ

**EL SOL ESCAPA POR MI VENTANA.** Declina entre los tejados puntiagudos, modernos, uniformes de Ludwigshafen. Altísimas chimeneas que comienzan a encender humos contaminantes, comprometidos en que mañana continuarán con la muerte de la *Leben* en el mundo. Las primeras gotas duras y frías de la lluvia se clavan en la tierra del jardín que da a mi cuarto. El viento produce en el aire un maravilloso ambiente de pedrerías. El invierno va transcurriendo.

A esta hora, el *Diario Hoy* debe estar apretando el ritmo. Carlos Perlino habrá tomado el café número veintiuno. Blanca Sierra despotricará contra Ricardo Martí porque no puede cerrar la página de departamentales. Los muchachos de Deportes estarán partiendo hacia los partidos de básquet y demorarán, como todas las noches, la salida de la edición.

Andrés Gabrielli se preparará para ir a ver una película para comentarla y el inefable Raúl Silanes se ensimismará buscando una frase de aquellas que embargan el aire de la redacción. Pedro Pelliza, de turno como siempre, entre sonrisas, comenzará a esconderse tras la máquina de escribir para soñar un suicidio que alguna vez concretará. El diario *Los Andes* volverá a salir más temprano y mañana, cuando los cafecitos tempraneros los reúnan, habrá que soportar a los colegas del centenario matutino, que harán presas fáciles de bromas. Mendoza es así de predecible. Ahora siento que es bueno que así sea, pues cuando regrese, ese ahora lejano lugar de pertenencia volverá a ser mío. Habré dejado de ser nada más que un ticket en un boleto en el *strassenbahn*.

Enciendo la radio. Una bellísima voz alemana aparece, pero no me pregunta «Elevediez, ¿qué hora es?». Entonces la apago. Clic. Levanto la ventana para sentir en mi mano la helada caída de la lluvia. Iba a escribir caricia, pero no lo es. Nada puede acariciarme aquí, donde he perdido la referencia de la cordillera roja del anochecer, la rutilancia del lucero anunciando la luna de Mendoza, la noche de Mendoza, los cafés de Mendoza, la esquina de San Martín y Rivadavia con el Negro Castillo, el Gringo Embrioni, Fernando Lorenzo. El aire de Mendoza, donde sé que tal vez me halle. No, aquí nada de eso puede acontecer.

Dice Cesare Pavese que la literatura es una defensa contra las ofensas de la vida. ¿No es acaso el silencio impuesto por los otros una ofensa de la vida? ¿Seré capaz de defenderme de ese silencio con mi literatura, con mis crónicas policiales, con mis notas sobre Ceverino, Sara Rosales, Scalco? No lo sé. A miles de kilómetros de distancia de todo lo que me identifica en Mendoza, a veces, en medio de esta ciudad tan alemana que es Mannheim, solo soy capaz de pasarme

las tardes sentada frente al espejo para hacerme compañía.

El ramo de rosas amarillas, capullos de oro apretados en el celofán que me regalé esta mañana, esplende. El recuerdo me hace sonreír. «Esto es para vos, Mercedes», dije en voz alta mientras le pasaba unos pfennigs a la florista. «¿Bitte?», dijo la mujer. «No», le contesté, «le estaba diciendo a ella». Y señalé el vacío hacia donde estaba el ramo que recibía con la otra mano. «Gracias», volví a decir con una inclinación de cabeza, y me fui del brazo conmigo misma, el ramo perfumado entre las dos. No me volví. La mujer debió darse cuenta de mi charada. Son tantos los solos en el mundo. Somos tantos los que cargamos fantasmas. Son tantos los ramos que la gente lleva por las calles, destinados a ser colocados en un jarrón junto a un retrato ovalado ubicado en el mejor mueble de la casa.

En Paradeplatz, junto a la fantástica feria que se levanta y se quita todos los días, he descubierto un quiosco de diarios extranjeros. Luego de precipitarme a él tratando de disimular mi ansiedad, busqué el *Hoy*, pero no lo encontré, claro. Revolví un poco más y allí, debajo de *El País* estaba, como una bella metáfora, una edición de *Los Andes* de varios días atrás. El enorme, viejo y querido *Los Andes*. ¿Quién dijo que un diario de ayer es una cosa inservible? Si una cosa me hacía falta esta mañana neblinosa era encontrarme con algo que volviera a hacerme sentir una miserable provinciana, mendocina para más datos, sola, perdida en medio de Europa, envuelta entre la bruma matinal, por los olores de la increíble feria en el centro del *Kuadratum* de la ciudad. «Pero basta ya», me dije. Sufrir es una debilidad.

Suspiro. Bajo la persiana de mi ventana. Clausuro el mundo de afuera y doy solo vida al de adentro. Cierro mi ojo a las cosas. Las rosas rojo sangre del jardín de la casa dejan de ser los milagrosos cristales blanquísimos que me

fascinaron esta mañana blanca cuando me percaté de que había nevado toda la noche.

Y lo veo. Pequeño, oscuro. Me sonrió para no asustarlo. Trato de no espantarlo. Hablo en susurros, como a mí misma. Es bueno tenerlo aquí: ya no estoy sola. Apago algunas luces. Me siento en el suelo. El momento es hermoso. Estiro el brazo y pongo la casete de Jascha Heifetz: *Pequeña música nocturna*. Suave, el violín comienza a enmarcar el ámbito. Es como si un hilo plateado, de esos que se tejían en nuestra vieja casa de calle Olascoaga, allá en Mendoza, hubiera llegado hasta este punto perdido en Alemania y nos envolviera a mí y a él, detenidos en el tiempo, al conjuro de la fina y traslúcida voz del violín.

78

EL  
CUADERNO  
DE TAPAS  
NEGRAS

Somos por instantes, por horas, por años, un pedazo intocado del universo. Atrás quedaron las iras, las tristezas, los suicidas, las mansas indiferencias de los que quizá ya me olvidaron. Somos lo misterico del tiempo suspendido. Vuelvo a sentirme como unas tardes atrás, cuando subí hasta el campanario de la iglesia de St. Stephanie, aquella a la que Marc Chagall restaurara los *vitreaux* destrozados por la guerra. Subí para tocar aquellos azules, aquellos rojos, aquellos ángeles suspendidos, aquellas miradas llenas de amarillos, de soles, de luces que me impactaron. Necesité sentir en mi mano el contacto caliente de esos colores, de esas magistrales formas salidas de la buhardilla francesa del pintor y trasladadas una por una hasta Mainz, en el sur de Alemania.

Iba, como siempre, con Rita, una muchacha guatemalteca que se había convertido en mi compañera de salidas en el grupo de estudiantes del instituto. Rita cantaba. Estaba en Alemania aprendiendo el *Deutsche* para perfeccionarse en lírica. La jovencita era una especie de bello pájaro, de traslúcidas y muy hermosas facciones enmarcadas por una

ensortijada cabellera que se sacudía cuando hablaba entusiasta y feliz. Nos habíamos hecho inseparables a pesar de la diferencia de edad. Yo le leía mis cuentos y ella me cantaba hermosas canciones del mundo. El trueque era perfecto. Pero nada es porque sí. La verdadera razón de que Rita, la bella y graciosa guatemalteca, se quedara junto a mí en vez de preferir al resto del grupo de jóvenes bulliciosos era que había nacido sin piernas. Un extraño aparato le sostenía la cintura atándola a una silla de ruedas que no nos impedía ganar carreras contra Amud, un único marroquí que se atreviera a acercarse a la extraña exultancia de Rita. A veces, la vida nos espeja en aguas turbias.

Aquella tarde, dentro de la iglesia, envueltas por el polvillo opalescente de la luz que entraba por los cristales de color, subí por una empinada escalera caracol, urgida por un escorzo colosal hacia los colores de Chagall. De pronto, me volví y vi el rostro de Rita, expectante, que bebía los detalles desde abajo. Me miró y me dijo: «Toca por mí». Con ese mandato, abrumada por la tarea de experimentar por las dos, subí y subí.

Quizá fue la mía una ilusoria búsqueda de un sentimiento de libertad. Y lo había conseguido: estaba allí, perdida en un mundo que no sabía nada de mí, un anochecer a las cinco de la tarde, a catorce mil kilómetros de mi rostro en el espejo. Y había subido empujada por la fantástica carga de energía que nos puebla en estas viejas iglesias europeas: hacia el color, hacia la luz, hacia la belleza. Mi necesidad de libertad me había impulsado hacia arriba, hacia las estrellas que no estaban, hacia un mundo que distaba años de ese que quedaba allá abajo, interesado apenas en las inscripciones a los pies de las estatuas. Sola yo misma, en medio de la noche, en lo alto, con lo único que me sobrecoge y me fascina desde

siempre: la contemplación de la belleza. En ese instante toqué con una mano la Eternidad, como dice Pellegrina.

Cuando bajé, Rita encendió dos pequeños cirios: uno por ella, que aún cree, y otro por mí, que soy atea. Y entonces yo entendí por qué a veces me cuesta tanto caminar por la vida.

Ahora, en mi cuarto, con la luz quebrantada por unas pequeñas velas rojas que he encendido, recuerdo ese trago de libertad. Y vuelvo a ser una niña, allá en el tiempo tibio de la infancia, y me levanto sabiendo, sabiendo, qué bueno era despertar sabiendo que no podría suceder nada que hiciera faltar el tazón de leche con pan cortado adentro y la mano de la abuela alcanzándolo y el peine de la tía Negra para estirar mi pelo duro y meterlo en una lustroso par de trenzas, mientras la radio, infaltable compañera compinche de nuestra molicie, con la voz de Renato Lavaña, nos decía: «Lo importante es levantarse, señora», y la voz de la abuela, «Quítate de la esquina, barbero loco», y el radioteatro de las 11 llegaba, en medio de profusas andanadas de perfume a retama, y estallaba lo que después supe era el *Concierto N.º 1* para piano y orquesta de Tchaikovsky que anunciaba los títulos y hacía suspender durante toda la transmisión el mundo de la casa, y una bellísima voz decía «0,5,9,4... da ocupado», porque Sebastián Pérez y Leda Vial no se veían nunca y sufrían, en medio de encuentros y desencuentros que hacían suspirar a la tía y llorar a la abuela, que siempre decía que las lágrimas son algo que tiene mucho valor y le echaba la culpa a la cebolla que pelaba para acompañar las lentejas, y la mañana transcurría mientras se hacía la una y mi hermana y yo corríamos a la esquina para esperar ver aparecer la figura de mamá doblando la otra cuadra, que llegaba del trabajo cargada de revistas. Saboreo nuevamente aquellas maravillosas sensaciones. No me pregunto por qué

ni intento poner opiniones al instante. Me abandono al flujo de las ideas, de las emociones. El espíritu sopla donde quiere.

Termina la casete. Algo se mueve en el rincón. Sonrío. Da vueltas y vueltas en una sola baldosa. Y comprendo que le falta el espacio de la música, ese hueco donde ambos nos habíamos encontrado. Vuelvo a colocarla y entonces veo maravillada que él levanta las brillantes y delicadas antenas, me mira con mil ojos compuestos y cristalinos, se sacude las patas delanteras y canta. Canta al compás de la música. Canta al compás de esa voz con la que el violín le acerca una lengua universal, un puente de comunicación válido para todos los mundos, para todos los pueblos, para todos los hombres, para todos los seres. Un puente al que me sumo suavemente. Y cantamos los tres: el violín, el grillo y yo. Cantamos largamente diciéndonos cosas que otros quizá no entenderían. Cosas que otros tal vez no se atreverían a decir. Cantamos fascinados los tres porque dejamos atrás las imágenes nocturnas para sumergirnos en la obsesiva aventura de visiones interiores, allí donde los símbolos develan misterios ocultos de la propia existencia o de existencias anteriores.

La música termina. El silencio se abate sobre nosotros, aún abismados por lo acontecido. El grillo espera, con la paciencia de quien conoce los hilos del destino.

Debo decidir. Pero todo aquello que no somos capaces de realizar solos limita nuestra libertad. Es mi grillo. Está en mi cuarto. Si lo dejo ir, volveré a estar sola. Si se queda en esta habitación, posiblemente la mañana lo encontrará muerto. Una vez más, siento que es duro admitir que todas las pasiones pasan y se extinguen, salvo las de la infancia, dice Pavese de nuevo. Porque la edad madura ha perdido los ambientes frescos, las galerías umbrías, las acequias de la siesta (esto lo digo yo) en que aquellas pasiones tendían origi-

nariamente a desfogarse. Miro la radio. Aunque la encienda, sé que el tiempo ha pasado y no están más Sebastián Pérez, Vivian Condu, Nolo Recabarren para hacerme sentir que el tiempo, aquel abrigado tiempo de la infancia, se convirtió, al fin, en este anochecer en el que siento que pude haber sido más feliz, como dice Borges.

Tomo el grillo y lo pongo en la palma de la mano. Me acaricia con las antenas. Sé que no siente miedo. Abro la ventana y lo dejo caer en el pasto húmedo.

He poseído la belleza. El hueco que dejó en mi mano me duele. La noche es una sombra definitiva. Dejaré la ventana entreabierta quizá mañana, cuando la tarde se aleje. Quizá. Pero ya no creo demasiado en los quizá.

Mientras corro las cortinas, enciendo de nuevo la radio. Espero que alguien pregunte a Elevediez qué hora es. Y pienso que la opción a la que nos enfrenta el ejercicio de la libertad, además de fascinante, es muchas veces dolorosa.

# TRISTE PARÍS

*«Les relation que les autres  
hommesont avec nous sont  
toujours une image des relations  
que nous avons avec nous-mêmes»*

**Lavelle**

*L'erreur de Narcisse  
«Solo se pierde  
lo que realmente nunca  
se ha tenido»*

**Roberto Arlt**

**HOY QUISIERA SER UN ALTO Y SUAVE VIENTO PARA PERDERME ALLÁ ARRIBA ENTRE LAS NUBES.** Eso iba pensando aquella tarde mientras ascendía por las escalinatas del Musée d'Orsay.

París la ha recibido sin estridencias. «El silencio me lame los pies», escribió recién en una servilleta de papel en el Café Toulon. Y agregó más abajo: «El silencio. Ese perro fiel».

Ya ha comprado la entrada al museo. Está encolumnada como una de las miles de personas que recorrerán las galerías, que se le antojan semipenumbras y frescas. Pero no

es una más. Está sola. Sin palabras, porque apenas si puede pronunciar saludos y agradecimientos en francés. Alrededor arden las palabras con las que turistas de todo el mundo entrelazan experiencias. Ella no puede hablar con nadie pues ha venido a Europa sola, por supuesto. Desde el libro que lleva en el bolso, Fromm habla del amor como una forma de resolver la separatidad. Qué la separa a ella de los demás, se pregunta. «El arte», se arriesga en voz alta, «es la única actividad humana que pueda realizarse aunque no se tenga el amor de los demás».

«¿Pardon?», dice una mujer que lleva puesto un sombrero muy francés, junto a ella. No, le hace señas de que no era con ella. La mujer la mira sin intentar entender y vuelve a levantarse el gran vidrio que la separa de los demás.

No le importa demasiado. Arranca la columna. El pecho le late con violencia. Le emocionan vivamente los museos. Son una clase de alimento con la que el alma de profesora de Historia del Arte se nutre ávida e incontenible.

Les contará a los alumnos esa experiencia. Debe atesorar cada detalle. Y se promete no olvidar la reflexión de que el artista es un ser que cuestiona la propia separatidad, esa de la que habla Fromm, pero que no logra encontrar el método de luchar contra esa forma de «distinto» que le dio la naturaleza.

El dolor de estar solo, piensa La búsqueda del artista, es en definitiva, una búsqueda de amor. Por eso necesita reconstruir el mundo una y mil veces para poder explicarse el dolor de estar solo.

Un buen tema para un ensayo, se dice mientras avanza en la larga cola –unos argentinos dicen groserías detrás de ella, gritan y se gritan cosas. Los mira: para los demás, son solamente un ruido molesto; para ella, no, porque entiende lo que dicen, ellos creen que están solos en París. Casi se siente

compelida a explicarle a la mujer del sombrero que no todos los argentinos son así y que hay virtudes incontaminadas entre la gente del país de ella. Se abate con la sola idea de pensar que los demás pueden igualarla a los presuntuosos que ignoran toda seriedad ambiental, que desmenuzan la realidad multicolor de París con actitudes que los representan como pertenecientes a una postiza sociedad de segunda mano. No puede pensar. Las barbaridades de los muchachos son un ruido en la cabeza. Si no hubiera venido sola a París... Le habían aconsejado no andar sola por el mundo, pero el padre siempre le decía que para viajar hay que hacerlo sola y él siempre tenía razón. La querida voz de muerto del padre seguía siendo un manto de agua tibia sobre ella.

El dolor de estar solo ahora invade también las mañanas. Sí, es un buen tema para un ensayo. El mito de Sísifo aplicado a un artista que realiza la obra y la rompe una y mil veces para demostrar amor a alguien que no lo ve porque está ciego. Trabajar sobre aquello, piensa. Sí, escribir implica dos alegrías: hablar a solas y hablar a las multitudes que nos leerán. Concuera con Cesare Pavese.

Observa a la mujercita del sombrero con flores amarillas sobre el ala izquierda. Come un sándwich que traía envuelto en el bolso. ¿Qué hace, se dice mientras la mira, que el que ama dañe al objeto amado? La explicación se la ha dado a sí misma, se dice sonriendo, en un propio lapsus: el que daña no sabe que lo que ama no es una cosa, (eso ha dicho, objeto) sino un ser vivo. La mujer le devuelve la sonrisa y asiente con pequeños gruñidos de satisfacción.

Y vuelve a verse cuando niña, poniendo en penitencia a una muñeca porque no era más linda que la de la hermana, castigando al juguete por no tener ojos claros, como Doris Day o Marilyn, golpeándola frente a la hermana, que llora

por la muñeca y acaricia a la rubia suya. Entonces se ve a sí misma despanzurrando la muñeca con la misma fiereza con la que arrancara las alas a la mariposa aquella una siesta de verano, en un afán de desentrañar el secreto de ese objeto de fantasía que la fascinaba. Siente que se instala en la boca aquella misma sensación de entonces, cuando comprobó que el ala de la mariposa solamente le dejaba un polvillo opalescente entre los dedos. Tampoco se percató entonces de que había no podido probar nada: el disecar una mariposa no le explicaría la magia del vuelo de colores. Al igual que la lana del cuerpo mutilado de la muñeca no le dio la razón de la transparente sonrisa fea eternizada en la porcelana.

Había logrado separar en pedazos un sueño, pero el misterio no había sido develado. Sin embargo, aún no estaba en condiciones de saber que sufrir no sirve de nada y que solo es una muestra de debilidad. En realidad, todo lo que es un signo de debilidad nos quita conciencia. Por algo la máxima debilidad es el morir.

*«Mademoiselle, s'il vous plaît...».*

La mujercita del sombrero ha terminado la merienda. Le quedan unas migas en la comisura de la boca, lo que le da un aire que la enternece un poco. La escucha, pero no le contesta. Ella le hace señas de que le dé fuego. La entiende porque la mujer ha sacado un cigarrillo y lo coloca en una boquilla extravagante. Ah, las francesas, se sonríe para sí. No puede responderle, no maneja bien el idioma. Ella, que es en realidad una mujer contestataria, crítica, que ama a Sartre, que tuvo como paradigma a Zola, que se emocionó con la dignidad de la Francia de la posguerra. En Mendoza, que una mujer como aquella le pidiera fuego en la cola para entrar a un museo hubiera bastado para entablar una conversación simple, agradable, de reconocimiento mutuo. Pero ahora, en

medio del corazón de París, las palabras le sellan los labios, se niegan a salir. Y se está allí, sin poder decir nada a aquella extravagante mujercita que parece salida de un afiche de la Piaf. Sacude la cabeza, hace un gesto de que no, abre las manos y las deja en el aire, expuestas, pobres, casi ridículas. La otra se encoge de hombros. Un caballero le alcanza una llama. «*Merci, Monsieur*».

«¿Podré tender al fin un puente que me salve de caer definitivamente en algún cementerio abierto en alguna callecita de París?», se dice en voz alta. «¿París? *Oh, oui, oui*». La voz aflautada de la mujercita le canta entre el humo del cigarrillo tan francés. «Otro lapsus», le dice esta vez en voz alta a la ocasional compañera, «he querido decir ‘abismo’ y he dicho ‘cementerio’». Creo que el tiempo declina, le susurra muy quedamente mientras la otra aguja el oído, inclina la cabeza para no perderse detalle de lo que la extranjera le dice. «¿Usted cree —continúa— que alguien habrá que me dicte en voz baja las palabras del *Bardo Thödol*, el Libro Tibetano de los Muertos?».

«*Je ne comprends pas*», le responden con cara de preocupación.

De pronto, comienza la marcha. Abren las puertas del D’Orsay. Ya tiene la entrada. Todos la tienen, pero ella lo comprueba, reconociéndola dentro de *L’Officiel des Spectacles*, «*du mercredi 10 au mardi 16, juillet 1996*», que trae en el bolso de ante marrón.

Entran.

La mujercita le sonrío y desde lejos le lee en los labios el «*Au revoir, ma chère*» con que se despide. Le devuelve el saludo con la mano en alto. Una sonrisa y otra vez sola, ella y el mundo.

El corazón le bate en el pecho. Respira con dificultad. Ha

soñado tanto con este momento. Ha visto tantas y tantas veces reproducciones de lo que ese lugar encierra. Palpitan esos enormes salones. Como con vida. Es lógico, piensa mientras recorre las estancias. Cada uno de los salones se le antoja una caja de vidrio donde la belleza ha sobrevivido a la muerte.

Se quita el abrigo y lo deja en el guardarropa. Le dan una tarjeta de identificación. Ya casi es como los demás.

Comienza la recorrida. Leonardo, Miguel Ángel, Botticelli, Tiziano, lo profano y la extraordinaria belleza de las formas. La libertad técnica de Brueghel, de Bosch, los manieristas, los románticos, con Goya y Delacroix a la cabeza. Dos horas después, llega a los impresionistas, que son el objetivo. Monet, Manet, Renoir, Cézanne, Gauguin.

La subyuga el francés que decidió buscar el estilo en el exotismo de La Martinica, en Tahití. El trazo vigoroso, la exención de sombras y los planos restallantes de color le transmiten la excitación del pintor. Sofronización, hubiera dicho la hermana: el sentimiento del espectador que siente frente a la obra la exaltación que sintió el autor a realizarla. Y se turba. Imagina a Gauguin en Oceanía, arrinconado entre la fronda, acuñando formas voluptuosas, recogiendo los ojos apasionados, los gestos sensuales de aquellas mujeres extrañas, remotas, inigualables, que finalmente lo alejarán para siempre de la cultura europea. Aquellas okanas que lo seducirán hasta el delirio, que lo harán incursionar en perspectivas inesperadas, que cargarán las telas del exotismo oriental traducido para siempre en los cuadros, en el contraste de los planos, en la supresión de la sombra. Le parece sentir el olor de los cuerpos de las maoríes que obsesionaron al pintor, que le hicieron exagerar los volúmenes, deformarlos para lograr con ellos el rotundo poder del entorno.

El misticismo naturalista que se desprende de aquellas

imágenes la hace tambalear. El sentimiento es más fuerte que la realidad misma. ¿Es posible vivir así, de ese modo, tan intensamente? ¿Cuál es la llave que abre las puertas hacia aquel lugar donde puedan explotar las pasiones, hablar los cuerpos, encguecer las luces de los ojos, cantar los labios silenciosos? Siente que debe reponerse. Necesita un respiro. Pero prosigue.

Casi en el final de la muestra de Gauguin, se encuentra con las maderas esculpidas. La emoción no cesa. Se sorprende ante las tallas poco conocidas del artista. Una de las obras la atrae poderosamente. La rodea. Es una cabeza tahitiana. Los ojos, desde la veta de la madera prodigiosamente aprovechada, la miran sin verla. La miran con unos ojos que lo saben todo, que le dicen todo, que le cuentan todo. Detrás de la pieza, el rastro del cincel ha dejado unas palabras que Gauguin hundiera en la madera: «Si sientes el misterio podrás sentirlo todo». Y una fecha, 1892.

Se tambalea. El misterio. El amor. El dolor de estar solo. El arte. La luz.

París.

La mujercita del sombrero se cruza con ella y le hace un gesto cómplice. París, piensa ella, es hermética, cerrada, soberbia. Pero amable.

Cruza a la próxima estancia. El cartel le anuncia: Van Gogh.

La luz indirecta que entra por los enormes vitrales de algún pasillo llena el aire de una clase de pedrería opalescente.

Una ola de calor la arrebató. Menos mal que ha dejado el abrigo adelante, en el guardarropa. Solo lleva puesto un conjunto con una camisa con cuello de encaje que compró el día anterior en la rue Cortot, en Montmartre. Está cómoda

así. Se prepara para el encuentro con la belleza de la obra de Van Gogh. La emociona sentirse tan cerca de aquellas pinceladas. Casi se siente en el aire la pasión del holandés. Inicia la recorrida de las obras. La primera época, los empastes densos, el tono sombrío. El período en Francia, la adopción de un cromatismo brillante, intenso, de profundo lirismo.

Llega hasta uno de los autorretratos. Los ojos centelleantes de Van Gogh, la barba roja, la boca triste. Mira fijamente la obra. Siente las pupilas del pintor clavadas en las suyas. El momento es intenso. Él también supo de la soledad, una soledad que lo llevaría inexorablemente a la muerte. Mira alrededor. Todo ese sector está dedicado al entorno del artista, a un universo privado de policromías. Los girasoles, los trigales encendidos de Anvers. La habitación de hombre solo, exenta del toque de una mujer, la cama con la colcha de parches de colores sin rastros de amores nocturnales. La percha donde ella podría haber dejado el tapado al desnudarse para que él la pintara. ¿Cómo hubiera sido amar a ese hombre del que no se conocen amores? ¿Cómo hubiera sido escuchar que la nombraba muy quedo, apretado contra ella? ¿Cuál sería la sensación de oler esa piel impregnada de aguarrás y de pintura? Ella lo hubiera amado si hubiera venido a París en aquel tiempo. Tal vez él hubiera buscado igualmente la muerte, pero quizá el amor le hubiera calmado el dolor de saberse solo, indefectiblemente solo, y la soledad podría haber sido un retiro para pecar. Imagina los abrazos, las huellas azules de los dedos, los rastros rojos de besos, las marcas ocre en la espalda, en los hombros, en los muslos. Se acerca más. Mira con detenimiento. En «La habitación del artista», la obra frente a la cual está absorta, uno de los trazos del piso le llama la atención. Es parte de la textura, pero tiene una consistencia distinta. Y cuando se percata, sonrío: es un pelo

del pincel. Un rastro sin tiempo. Está allí mismo, la pincelada va siendo. El color ocre amarillento nace junto a ella, en ese mismo momento. Ella misma es rojo, es sepia, es amarillo.

«Vincent», musita fascinada. Casi está pegada al cuadro. La gente no se percata de nada. Aparecerá como una de tantas fanáticas especialistas buscando rastros para analizar después en los claustros universitarios. Lentamente, atesorando el instante, acerca un dedo al cuadro. Los ojos de Van Gogh la siguen atentamente. Casi siente el olor de los óleos frescos. Debería detenerse, pero la emoción es demasiado grande y no puede con ella. Toca entonces el pelo adherido en el ocre y siente que todo lo que sabía de Van Gogh no es de ahora: que le fue llegando desde los abismos insondables del tiempo. Ese objeto es un ancla celeste que le lleva la sangre hacia atrás en el tiempo.

La mujercita del sombrero llega hasta la estancia de los impresionistas. Come otro sándwich, esta vez de pastrami. Mira a Cézanne, pasa de largo a Monet y a Manet. Sonríe frente a Gauguin y se detiene en Van Gogh. Los autorretratos le parecen algo conocido. Ella viene muy seguido. Este es un paseo cotidiano para ella, que es una solitaria parisina. Siempre encuentra algo nuevo en esas visitas al Musée d'Orsay. «El jardín público», «Comedores de patatas», «Vista de los Alysamps», «La habitación del artista», «Desnudo de mujer». Lindo, piensa mientras tropieza con un bolso de ante marrón que alguien ha dejado olvidado en el suelo, al pie del cuadro.

Antes de retirarse, vuelve a mirar la pintura. La modelo le recuerda a alguien, tiene un aire familiar. Está recostada en la cama de parches rojos. Parece jugar con los dedos, con el encaje de una camisa de encaje que tiene arrollada sobre el vientre, que si uno la mira detenidamente, bien podría haber sido comprada ayer. En los ojos melancólicos y tristes de la

modelo, hay un punto luminoso que la mira con un cierto dejo de complicidad.

«*Mais, oui, je ne comprends pàs*», se dice mientras se aleja en busca de la guardia de seguridad para entregar el bolso que alguna distraída turista seguramente olvidó al pie de esa obra del pintor neerlandés.

# CON OLOR A TINTA

*¿Por qué será que en épocas oscuras  
se escribe con tinta invisible?  
¿Es verdad que vuela de noche sobre mi  
Patria un cóndor negro?*

**Pablo Neruda**

93

MERCEDES  
FERNÁNDEZ

**«ESO NO VA», ME DIJERON EN LA REDACCIÓN, «NO HAY QUE CARGAR LAS TINTAS».**

El hombre había venido a traer la información personalmente. Y exigió un fotógrafo además. Dijo que esta era una buena ocasión para mostrar lo que el gobierno hacía y que la clase pasiva debía ser recordada por lo menos con una fotografía en el diario porque, recalcó, a los viejos les gusta verse retratados, es como si quedaran un poco más, como si no fueran a morir.

Yo pensé instantáneamente en mi padre, con todos los años y aquel dolor de huesos. En mi padre agobiado por el tiempo. Lo vi de nuevo levantándose a las madrugadas, cebándole un mate a mamá antes de irse a trabajar. Lo vi ponerse todos los días el mismo traje marrón a rayitas amarillas y la misma camisa que mi madre le lavaba por las noches y que ponía a secar mientras escuchábamos *Radioteatro Pond's*

*de las 23.* Lo vi irse apurado para no perder el 9, correr para marcar a horario en el Diario Los Andes y sentarse a la linotipo, y escribir y tragar plomo y levantarse respirando plomo y descansar junto al vaso de leche que les daba la empresa y jugar al dominó en esa media hora de descanso, en medio de esa espesa, negra, pesada, insalubre, mortal nube de plomo. Y lo vi regresar con el hígado destrozado por el saturnismo, con ganas de vomitar pero sonriéndonos a todos, a mi madre, a nosotros, al mundo, a la calle, a la vida. Y lo vi agostarse, achicarse, constante, apurada y definitivamente. Y lo vi cumplir años en el diario sin posibilidad de tomarse el franco porque los pagaban doble, y llenarse de arrugas y caérsele el pelo y perder las esperanzas de salir alguna vez de aquel salón inmenso donde las linotipos vociferaban infestando el aire de aquel incomparable olor a tinta, de aquel inconfundible perfume de la imprenta, de aquel inexorable aroma que yo heredé desde la sangre de mi padre y que me puebla, y me rebasa el alma de sentimientos desencontrados.

Por eso hoy quise jugarme, bah, decir algo más entre líneas. Y encabecé la página con la noticia de que el ministro de Economía anunciaría novedades a la clase pasiva desde Mendoza. Y que a tal efecto, los beneficiarios prepararían una cena de honor para el joven funcionario que visitaba la provincia. Y al lado de la nota puse otro título: «Pareja de jubilados se suicida por falta de recursos».

Y me dijeron: «Pará la mano. No conviene cargar las tintas. No en este momento. Es atentar contra el proceso. Y a tan pocos días de las elecciones».

Y me acordé de mi padre. De aquella tarde en que me leyó de uno de aquellos libros favoritos, una frase que quedó bailando dentro de mí: «¿Por qué en épocas oscuras se escribe con tinta invisible?».

Y entonces grité. Solté un grito con todas mis fuerzas en medio de la redacción. Aullé mientras rompía en mil pedazos las cuartillas, mientras me limpiaba con esas palabras con olor a tinta fresca las lágrimas, mientras pensaba, ante el estupor de las máquinas que se silenciaron en conjunto, que sí, que era cierto, que un viejo y enorme cóndor negro vuela y revuela por las noches sobre nuestra patria.

*Octubre de 1983*



# BLUES PARA CUATRO

**EL CADENCIOSO BLUES**, silbado a medio tonos por los espectadores que se acompañaban con golpes de palmas, la luna entrando cenitalmente a través de la ventana, las sombras que arrojaban el cuerpo contra la desnuda pared de la prisión, otorgaban fascinación a la escena.

El brazo onduló blandamente, realizando sensuales giros a la altura de los hombros. La cabeza blonda se balanceaba extasiada por la música. La ropa fue cayendo, mientras nosotros, improvisada platea, soltábamos gritos de euforia, y aplausos y silbidos. La transpiración moteó el esbelto cuerpo, que recibió en la desnudez las sombras proyectadas de los barrotes que resguardaban la única ventana.

—Che, Mary, terminala, ¿querés? A ver si mañana me suspenden por permitirte la función —dijo el guardia que había presenciado el baile apoyado en la reja del salón.

Mario Juárez, la Mary, sacudió la enrulada cabeza, mientras con un gesto característico, se acomodó, mirándonos maliciosamente, un bucle que le caía sobre la frente.

—Sí, sí, acabala ya, que mañana hay inspección y tenemos que levantarnos temprano —agregué—. Yo soy Arsenio Gómez, el número nueve del grupo.

—A mí me nefrega la inspección, queridito, total, tengo

quien me prepare todo, ¿no? —terció el Mary, pellizcándome traviesamente la espalda.

Yo suspiré. Sabía lo que se venía si le contestaba, y en silencio, continué alcanzándole la ropa. «Vos sabés que en este inmundo sucucho mando yo», siguió él.

Al oír esto, otro de los penados que compartía la escena levantó la cabeza y sonrió. Mario Farina, el ocho, cumplía una condena porque lo pescaron con un grupo de locas a las que les sacaba la plata. Era un hampón barato de las afueras que hacía unos pesos vendiendo merca a los pibes. Imperaba entre nosotros por el mal carácter, sobre todo. Canalizaba por él todos los vicios y las necesidades de los que pagábamos allí nuestros pecadillos. Cigarros, comida, drogas, revistas pornográficas, cualquier cosa que pudiera parecer un privilegio para los internos era manejada por él. Revoleándole un zapato que levantó del suelo delante de la nariz al Mary, le espetó: «Vos lo que sos es un maricón, y punto. Nada más que eso. Y servís para lo que servís. Aquí el que manda soy yo. Y punto. Todos tienen que venir al pie. Y si a mí se me da la gana que vengas al pie con solo tronar los dedos así, te me arrodillás entre los zapatos. Y punto».

Así era él. Y estábamos acostumbrados a escucharlo. Hasta el más pintado se le arrugaba.

Pero por ahí, cuándo no, terció una voz. «Recuerda que toda fortuna es insegura, hasta la que parece más estable. Espera en el sufrimiento, pero desconfía en la prosperidad, dijo alguien no sé cuándo», sentenció, serenamente como siempre lo hacía, Ernesto Giménez, el número dos, desde un rincón oscuro del lugar.

—Vos callate, tirabombas, nos tenés repodridos con tus palabritas. ¿Qué sabés de estas cosas? —saltó el ocho.

La escena era cosa de todos los días. Como una especie de

purga que nos dábamos. Un día le tocaba a uno, otro a otro. La cuestión era descargar la bronca por turno.

—Yo no soy ningún tirabombas. Estoy acá por defender a mis compañeros del sindicato, y eso aquí en la Argentina enseguidita te coloca un pañuelo colorado en el cogote.

Vaya novedad, pensé yo.

—Y además, ¿no pueden dejar de discutir por pavadas? ¿Por qué no dedican su tiempo libre a cosas más serias? ¿No saben que a metros de aquí, afuera, cerquita nomás de la Boulogne Sur Mer, la gente se deja matar por defender los derechos propios y los de la familia?

La verdad es que nos tenía repodridos con aquellas arengas, pero qué bien hablaba el tipo aquél.

—Chist, chist, chist, chiquitín mío, ya te he dicho que no tenés que pensar más en esas cosas de afuera. Ahora estás aquí y te vas a chupar siete años más todavía. Jugá con nosotros, es más divertido.

Todos festejamos la broma del Mary, que terminó la frase en un intento de abrazar a Giménez. Pero este se replegó de un salto y tomó por el cuello al otro sorprendentemente.

—No me toqués. Te lo he repetido hasta el cansancio, no me toqués. Jamás soporté que tipos como vos me pusieran una mano encima —gritaba mientras apretaba las manos, entre los gritos estridentes del Mary.

Nos acercamos a separarlos. La histérica voz del agredido subió varios decibeles mientras vociferaba que se vengaría, que el mensaje sería dado a conocer y que Giménez se pudriría en la cárcel.

El silbato acalló la discusión. El enorme patio calmó los ruidos. Nos acomodamos en filas silenciosas bajo la mirada vigilante de los guardias. Un día más llegaba al fin. Cada uno de los hombres, rumiando rencores, nos dirigimos a nuestra

celda, mecidos al compás de íntimas lucubraciones. Cuando la luz se apagó, muchos fueron los ojos que se acomodaron en la oscuridad, tratando de encontrar entre las sombras las respuestas a nuestras inquietudes.

A la mañana siguiente corrió la noticia: finalizaba la hora de los baños y un guardia creyó ver mal. Un líquido abermejado salía de uno de los cuartos de duchas. Cuando se asomó, encontró al Mary caído bajo el agua aún abierta. El rostro, contó a gritos, se abría a un asombro que oscilaba entre el llanto y la risa. Cuando se acercó a levantarlo, el horror se pintó en los ojos del guardia: la cabeza se desprendía del cuerpo y colgaba, como un andrajo fuera del lugar.

—A Mario Juárez le seccionaron el cuello con un instrumento cortante. Hay que averiguar cómo un arma de esa clase pudo llegar a manos de los penados —bramó el director de la institución durante la reunión que nos convocó a todos.

— Por el tipo de cortes, se trataría de un arma pesada, de gran filo —agregó Fernández, el subcomisario a cargo de la investigación—. No creo que un cuchillo, más bien una especie de charrasca grande, un machete. Aseguraría que fue confeccionado en nuestros talleres con material de descarte.

—Entonces habría que comenzar por averiguar quiénes tienen acceso al taller —se apresuró Rufino.

—Al taller van todos —dijo rápidamente Fernández, captando nuestras risitas entrecortadas—. O casi todos tienen posibilidad de practicar en él cuando les da la gana. El primer paso debería darse, si usted me permite, señor director, en torno al grupo de asiduos de Mario Juárez.

Las preguntas encendieron los grupos en el patio. Todos querían participar de alguna forma. ¿Dónde estaba el móvil del asesinato? ¿A quién beneficia una muerte? ¿Dónde comenzar cuando no existen testigos presenciales ni pruebas?

Fernández, lo supimos más tarde por nuestro compinche el guardia, se repetía una y otra vez estas preguntas mientras elaboraba una hipótesis sobre la base de los únicos indicios con los que se contaba.

Primero: Mario Juárez era un maricón declarado que estaba en prisión por haber asaltado a un «cliente» en un hotel. La víctima del robo había resultado ser un personaje de la sociedad mendocina que no pudo acallar el escándalo que suscitó el asunto. Esto arrojaba un primer móvil: la venganza.

Segundo: Arsenio Gómez, o sea yo, estafador de larga data, pavadita de historial, conocía de tiempo atrás al Mary. Según este repetía reiteradamente a quienes quisieran oírlo, en mi cara y sobre todo en las frecuentes peleas en las que siempre participábamos, conocía datos sobre una defraudación que nunca pudo ser aclarada en el Banco Mendoza, donde yo había trabajado, y que según él me implicaría gravemente. Segundo sospechoso. Muriendo Juárez, yo terminaría mi corta condena por estafa y sanseacabó.

Tercero: Ernesto Giménez purgaba una condena como preso político después de haber sido encontrado panfleteando en una fábrica. El Mary se jactaba de haber interceptado un mensaje en el penal, dirigido a Giménez desde afuera. Lo atormentaba con burlas y procaces invitaciones continuamente. También aquí podía encontrarse un buen móvil: una bocaza como la del Mary ponía en riesgo los planes de la organización a la que aparentemente pertenecía Giménez.

Y cuarto: Mario Farina, jefe de una conocida banda de tratantes de blancas, traficantes de drogas y otras linduras, era una especie de «banquero» en el penal. Supervisaba todo el movimiento de dinero, apuestas, cigarrillos y lo concerniente al economato entre los internos. El Mary le debía una buena

suma. Limpiándolo, había comentado alguna vez Farina, escarmentaba a todos los demás deudores, a los que nos sometería por el terror.

Las pruebas indiciales eran muchas, había dicho Fernández, pero apuntaban a direcciones distintas. Incluso los móviles eran disímiles. ¿Cuál había sido el sentimiento que urgió la mano asesina? ¿El miedo? ¿La venganza? ¿El rencor? ¿Cuál de las pasiones del ser humano es la más fuerte, la capaz de conmover a la conciencia e inducirle al crimen?

Los cuatro hombres debíamos tener algo en común que nos hermanara en un lugar como la cárcel. Para sobrevivir en cautiverio, es preciso integrarse en un grupo. Recordé haber leído en un libro de Bucheli: «El punto es un átomo; la recta, dos unidades; la superficie tres; el cuerpo, cuatro unidades. A la unidad se la asocia con el conocimiento intuitivo; a dos, la Razón y la Causa; la imaginación, tres unidades, y a cuatro, la sensación física».

¡Ahí estaba! A los cuatro nos unía la aptitud del Mary. Lo único que nos divertía eran los bailes, las canciones impúdicas. Era la verdadera estrella del grupo, la «vedette», la libertad desfachatada que nos posibilitaba evadirnos aunque fuera por unos instantes de la pesadilla del penal.

Es la hora de las duchas. Alguien tararea un blues muy conocido. Con un ademán que deberé estudiar más, me arreglo el cabello sobre la frente. Estiro un brazo que, ondulante, se mueve al compás de la música. La silueta de mi cuerpo se destaca contra el muro. Con insinuantes giros y sensuales balanceos, me mezo al compás de la canción. Mi ropa va cayendo y la transpiración motea la desnudez de mi cuerpo. Los rostros de mis dos amigos asomados a mi ducha, riendo y palmoteando al compás de la danza, reciben de pleno la sombra de los barrotes que resguardan nuestro secreto.

# LAS TÍAS

**SIEMPRE QUE PUEDE, SE CRUZA A LO DE LAS TÍAS.** Cualquier pretexto es bueno para ir a visitarlas. Las casas quedan enfrentadas, no tiene más que cruzar la calle y ahí están el puentecito, la pequeña verja que cede ante la mano, el pasillo de las baldosas acanaladas y el aroma de la retama, perpetuada de amarillos. Luego, el escalón que da al pórtico, el juego de sillones de mimbre que se recogen bajo la amable sombra del alero, la enorme puerta oscura y el *hall*, donde la reciben las tres voces aflautadas, cariñosas, entusiastas de esas tías.

Puede pasar con ellas largos ratos. El tiempo parece no contar cuando traspone la puerta. El inmóvil péndulo del reloj de pared se hace cómplice del transcurrir de las tías y se acomoda al silencio solo turbado por las risas alocadas y cantarinas de ellas.

Cada vez que entra en la casa, la atrapan los profundos aromas del almizcle y la alhucema con los que las tías perfuman los arcones de las ropas. Los vahos la recorren y la envuelven con dedos cariñosos, como si pretendieran incorporarla a ella también al centro mismo de los vapores. Todo allí es amable. Desde los enormes muebles cubiertos de sábanas blancas («¿Para qué vamos a arriesgarnos, si solo

vos nos visitás?») hasta los jarrones y la vajilla de porcelana y nácar que el abuelo trajo de viajes por todos los mares del mundo.

Las tías, Ana, Teresa y Ester, parlanchinas y movedizas, apenas llega le ofrecen té. Qué delicia es sentarse en el patio interior, cobijadas bajo la luz tornasolada de los vitrales del techo, escuchándolas contar anécdotas de antaño, admirar fotografías amarilleadas por el repaso de los dedos sobre los rostros de mamá, la abuela Carmen, el tío Alfonso o la abuela Aurelia, que decía «tobaya» porque había nacido en Uruguay, contaba Teresa entre el coro de las risas de las otras dos.

Ester tejía incansablemente. Bellos pájaros inalados, enormes florones aprisionados entre las lanas de color, pavos reales encendidos y fogosos, salían de aquellas manos convertidos en cortinas, mantas y mantones. Una vez concluida la labor, que se extendía con una cierta clase de vanidad ante los ojos admirados y las voces exclamativas de las otras, era doblada cuidadosamente y guardada en los arcones de la pieza alta, entre los desproporcionados rollos de puntillas de encaje, sedas de Oriente y brocados multicolores. Pero cada una de esas incursiones al altillo era aprovechada por Teresa, que había sido actriz en años de juventud, quien se envolvía en las almizcladas telas y recitaba largos parlamentos de la dramaturgia universal entre los aplausos entusiastas de las demás. Cada representación era seguida con apenas un gesto de agradecimiento, que indicaba bien a las claras que la tía Teresa había recorrido muchos tablados del mundo con encendidas Desdémonas, Julietas deliciosas y trágicas Helenas.

Ana era la más pálida de las tres, pues desde joven había padecido de males del corazón que la convirtieron en el bibelot de la casona. Los gestos y suspiros eran escucha-

dos y seguidos con dedicación por las dos hermanas, que la atendían con solicitud y presteza. Sí, las tres ancianas conformaban un grupo encantador al que ella gustaba frecuentar. Largas charlas y conversaciones fluían entre las cuatro mujeres y la enorme casona parecía revivir y reflatarse en el tiempo, entre el murmullo de las voces femeninas, amistosas y cálidas.

Por eso, a ella el tiempo se le detenía cuando trasponía el umbroso *hall*. Y aunque los familiares se enojaran diciéndole que no entendían esa pérdida de tiempo en la vieja casa, cada vez que podía, cruzaba la calle para detener un espacio interior y dejar de suspirar.

Las viejecitas le pedían detalles del mundo de afuera, pues hacía ya largo tiempo habían perdido contacto con lo externo, enredadas entre piolas y piolines, representaciones teatrales y aromáticos téis con canela. Entonces ella, con voz queda, casi susurrando, les contaba que el universo se venía abajo ante las ambiciones desmesuradas de los hombres. Les hablaba del poder omnipotente de la fuerza bruta y los ayes lastimeros de los torturados que invadían los aires continuamente y rebotaban entre las esquinas, se colaban por las hendiduras de las celosías, colmaban las mesas familiares y los lechos matrimoniales y proseguían camino, viboreando entre las humaredas de las ametralladoras, las picanas y las bombas.

Las tías la escuchaban en silencio cuando ella emprendía esos relatos del horror de los días que transcurrían. Y a ella le hacía bien hablar, aunque en casa no la entendieran, aunque fuera tan difícil hacerles saber que esas tres mujeres eran, desde tiempo atrás, un escondite en el mundo.

Por eso, cada vez que podía, cruzaba la calle que atravesaba el pasillo de la retama, empujaba la puerta y enfrentaba

el cacareo de las tías de antaño muertas tiempo atrás, se sentaba entre ellas, se quitaba el pañuelo blanco de la cabeza y les hablaba del hijo desaparecido entre el horror y se envolvía en el almizcle de los piolines. Y lo seguirá haciendo, en la espera de que en el tiempo de las tías encontrará a ese muchacho suyo de nuevo, aunque en casa no le entendieran y dijeran que eran cosas de loca.

*Agosto de 1984*

# UNA FINA UÑA DE HIELO EN LA ESPALDA

**LA VERDAD ES QUE MI AMIGA SILVIA ES UN ÁNGEL.** Incapaz de la menor maldad, del menor acto reñido con las mínimas normas del buen vivir. Y la conozco bien, lo suficiente como para saber que algo raro estaba pasando con ella. Con ella y conmigo. Con mi disposición dentro de las reglas universales, con el hado, con la predestinación que rige mi vida. Por eso les di importancia a las pequeñas cosas que fui entreviendo, a los asomos del sino que me acosa, me espía, me persigue para hacerme caer hacia el Más Allá.

La suerte ha hecho que yo estuviera emparentada con algunas cosas que el resto de los mortales, o la mayoría de ellos, dejaría pasar por alto. Por ejemplo, mi amiga, rubia y angélica como dije, con la que yo compartía una pequeña habitación de pensión, de pronto, de golpe, de la nada, empezó a tener pesadillas. Comenzó a sentir que la acosaban entre las sombras de los sueños. Despertaba de ellos desasosegada, con el rostro trémulo y pálido de quien ha visto cosas del otro lado, con una mirada de a ratos perdida que hacía correr por mi espalda una fina uña de hielo.

Casi al tiempo de las pesadillas, los brazos, las piernas y

el rostro comenzaron a llenarse de un vello fino, casi sedoso. Fue en vano visitar endocrinólogos y especialistas: el problema parecía no tener solución.

También en esa época mi amiga perdió el apetito y comenzó a dejar de comer, aunque yo creo haberla visto, ya por aquel entonces, cazar moscas en el aire y llevárselas a la boca.

Yo sé que quienes me conocen dirán que este es otro de mis delirios, pero yo ya adivinaba lo que le estaba pasando.

Todo aquello comenzó en aquel cuarto oscuro de mi abuelo, donde él guardaba recuerdos, pedazos de vida, trozos musicales de antaño, y que yo solía visitar a hurtadillas con mi hermana en lo que llamábamos fantásticas excursiones. En aquel rincón de la casa que nadie frecuentaba, se encontraban la historia de la familia, los olores del pasado, el gusto dulzón del polvo depositado muchos años sobre los sillones desventrados, máquinas de sacar fotografías, enormes retratos de rostros que hacía ya mucho tiempo se habían convertido en cenizas, aniquilados por el paso ineluctable del tiempo.

Allí estaba ella. «No la mires», le decía yo a mi hermana, que cerraba los ojos fuertemente. Y arrinconadas contra las sillas de enormes flores deshojadas, entre los resortes de acero y las plumas de los almohadones, mis ojos volaban hacia ella y ese rincón favorito, ese que recibía el contraluz de las sombras del atardecer, ese que la escondía en la moldura del techo, ese que los cobijaba a ella y a los millares de hijitos negros. Y en apenas un medio tono, iba yo contándole a mi hermana, hecha un ovillo de miedos y curiosidades, los detalles del cuerpo de la araña, el vientre oscuro, las patas diligentes, la mirada dividida en mil espejos, los cientos de pupilas clavadas en las mías. «Y si te movés, te verá», le decía

yo a mi hermana, gozando con el temblor del pequeño cuerpo de siete años. «Y te buscará, te buscará hasta matarte. Porque es vengativa y no le gusta que la miren cuando sale a pasear con los hijitos. Por eso no hay que mirarla. Ella te clavará una aguja envenenada en cualquier momento de tu vida, no importa el tiempo que pase, no importa». Y mi hermana y yo salíamos, volábamos de aquel cuarto fascinante donde reinaba la muerte y dormíamos abrazadas y soñábamos por las noches que una sombra oscura e indeseada nos perseguía hasta alcanzarnos.

Por eso me pareció notar que mi amiga escondía los ojos cada vez que podía. Y busqué la mirada y no me sorprendí de que los ojos se hubieran convertido en ocho pupilas centelleantes que al momento adoptaban el dulce mirar de Silvia.

Yo sé que dirán que desvarío, que conocen mi obsesión por las arañas, que en mis cuentos son una clase de leitmotiv, que yo siento que significan el destino, lo fatal, el tiempo, quizás la muerte. Pero también quiero que sepan que todo esto no es otra de mis ficciones y que si lo fuera, estaría jugando con mis fantasías y mis pesadillas más íntimas. Porque, ¿qué es la muerte sino un lugar común, qué es sino la posibilidad de conocer las tantas formas que tiene la Eternidad? ¿Y qué la locura, sino la imagen más dolorosa de la soledad?

Decidí esperar. Los acontecimientos se precipitaban. Dejé de dormir para vigilar el sueño de Silvia, pues sé que en esas horas sale a pasear la pálida Dama de Blanco acompañada del séquito de abominables seres que habitan la noche.

Esperé, siempre espero. Conozco esos signos. Sé que ella vendrá por mí. Hace años que lo sé. No me perdona que la haya visto en aquel cuarto del abuelo. Yo conozco el secreto. Sé que los millares de hijitos la devorarán y ella, la reina de las penumbras, no perdona que yo sepa cuál será el mortal

destino; ella, la dueña de todos los tiempos y de todas las pesadillas infantiles, terminará, por fin, entre las voraces mandíbulas de esos negros hijos, que recomenzarán, una y otra vez, el umbroso hilo de maravilla del cuarto del abuelo.

Una noche en que vi que todo confluía, en que noté que desde los dedos de mi amiga salían finísimos chorros de seda líquida que intentaban envolver la cama, me di cuenta de que había llegado el momento.

Las sombras eran más oscuras que otras noches. Y los contraluces de la habitación me recordaron otros rincones de antaño. Me acerqué sigilosa, escondiéndome entre los muebles, agazapada y ocultada entre las sombras («No la mires, Lucía, no la mires»); me acerqué y pude ver que el horror se había apoderado de mi amiga. De la boca abierta al espanto de una pesadilla que quizá en esos momentos la habitaba, comenzaron a salir pequeñas patas, miles de arañas ennegrecieron el rostro de Silvia, miles de aquellas sombras de mi infancia («Cerrar los ojos, por favor, apretalos bien para que no se cuele una luz en ellos, que no te vea»), miles de rastros de aquellas soñolencias que nos visitaron tantas veces a mi hermana y a mí desde pequeñas.

No tuve más remedio que hacerlo. Busqué rápidamente una botella de querosén que había comprado días atrás, rocié la cabeza de mi amiga, que despertó entre gritos, y prendí fuego a esas formas asquerosas que continuaban saliéndole de la boca. Silvia, no alcancé a explicarle nada, manoteó desesperada hacia la cabeza, definitivamente ganada por las llamas. Algunas arañas alcanzaron a escapar y comencé frenética a buscarlas por los rincones para matarlas. Mi amiga se derrumbó, convertida en un maravilloso oவில் incandescente. Agotada, me senté a acompañar el final. Desde allí pude ver cómo una de las últimas invasoras del cuerpo de

Silvia corría entre los hilos del telar en que ella había estado trabajando el día anterior.

Y esto es todo lo que sé. Pero algunas escaparon. Tendré que tomarme el trabajo de buscarlas una a una, revisar las bocas de todos los que pasen por mi lado por si veo aparecer por allí las pequeñas patas peludas. Algunas quedaron con vida. Y yo sé que volverán.



# CON FRUICIÓN

«Somos el tiempo. Somos la famosa  
parábola de Heráclito el Oscuro.  
Somos el agua, no el diamante duro,  
la que se pierde, no la que reposa».

**J. L. Borges**

*Los conjurados*

113

MERCEDES  
FERNÁNDEZ

## **PRONTO YA NO HABRÁ MÁS TIEMPO PARA LA FELICIDAD.**

Yo creo que esa frase de Carlos Fuentes me sirvió desde que la leí en un adelanto de la novela *Cristóbal Nonato*, en la revista *Vuelta Sudamericana*. Sirvió para que yo me diera cuenta de que mi vida fue bebida por mí con fruición, con la certidumbre de que ya pronto nos quedaremos sin tiempo para la felicidad. Y debo haber ido pensando algo así aquella tarde en que entré en una librería de calle Rivadavia a la que soy asidua. Pero para que esto sea más claro, para que se entienda más completamente esta pequeña historia que quiero contar, tengo que declarar que soy una apasionada de los libros, soy uno de esos especímenes raros que no pueden vivir si no tienen un libro entre las manos, si no están comentando alguno, si no están endeudados hasta los tuétanos con cuentas de libreros. Tanto es así que mi manía me valió

un mote, si no doloroso por la persona que me lo adjudicó, quizá tragicómico. Dijo que yo era una onanista literaria. Y lo más terrible es que tenía razón. No hay nada, pero nada, entiéndase bien, que me produzca más placer que un libro entre las manos.

Quizá soy como algunas de esas plantas o animales que buscan el elemento que requieren para la subsistencia y rascan la sal de las paredes o comen estiércol para extraer de él los minerales necesarios. A mí me gusta el olor del libro, la textura del papel, el contacto satinado de letras en bajorrelieves, los colores de las tapas, los distintos diseños, el tono de la tinta, el tipo de letra, las sangrías, los espacios blancos. Me alimentan, me ayudan a vivir. Son como una vitamina que yo busco en ellos porque mi cuerpo es incapaz de procesarla. Los leo, mastico las palabras, me pueblo de imágenes, me cargo de preguntas, me colmo de respuestas que deberé constatar en otros libros, practico el ritual fantástico de introducirme entre líneas y atisbar a los personajes desde adentro, me los como, los fagocito, los digiero, me modifico, me mutó, cambio, me relamo, me complazco, me aíso, me acompaño a mí misma, no necesito del mundo para ser feliz, llego al placer, al placer físico. Soy, definitivamente, una onanista.

Aquella mañana recorría yo uno de los estantes sobre ciencia ficción, uno de mis delirios. Comentaba con el vendedor sobre los distintos títulos y me di cuenta de que era observada con interés por alguien que estaba a mi lado. Siempre me sucede en las librerías, me gusta la gente que las frecuenta. Son como yo, huelen como yo, hablan mi idioma. De modo que no me es difícil entablar conversaciones con desconocidos o desconocidas en esos lugares.

—¿Me permite? Parece estar usted al tanto de esto. Quisiera elegir un título que me atraiga, ¿qué me sugiere?

«A mi juego me llamaron», dije yo. Hablar de libros. Le ofrecí Sturgeon, Asimov, Arthur Clarke, Bradbury, Huxley. Y cuando le conté sobre *Más que humano*, *Fundación*, *La isla*, *Crónicas marcianas*, *Las doradas manzanas del sol*, *El fin de la infancia*, envolvió todos esos libros entre los brazos y, asomando la cabeza sobre el paquete, me invitó a tomar café.

Acepté. Comenzamos tomando café y hablando de literatura latinoamericana y terminamos comentando *Los conjurados* de Borges en un cómodo hotelito de calle Santiago del Estero. Yo hablaba y hablaba del poema de ese libro que dice: «Somos el tiempo. Somos la famosa / parábola de Heráclito el Oscuro. / Somos el agua, no el diamante duro, / la que se pierde, no la que reposa», mientras, él besaba apasionadamente los pezones de mi pecho chato. Y en un verdadero frenesí libido-literario, recorrimos nuestros cuerpos con mil lenguas cargadas de palabras, de citas de amor, de admirables estrofas de Ceselli. Y cuando mi orgasmo llegó y cuando el río del suyo colmó mis entrañas, el éxtasis nos adormeció, pero aun así nuestras lenguas continuaron una imaginiería adentro de la magia literaria que nos envolvía.

Hicimos el amor un y otra vez rodeados de libros abiertos, con las citas flotando sobre nosotros, que recitábamos en medias palabras a los famosos. Rodamos por la cama como si estuviéramos haciéndolo sobre las arenas calientes de una playa desierta. Nos besamos apasionadamente, y en nuestras lenguas ardían las lenguas de cientos de nombres queridos. Y cuando me penetró, me sentí penetrada por Rulfo, Cortázar, Borges, Scorza, Bob Dylan y tantos más. Y cuando alcanzamos el grado más alto de excitación, con nosotros gozaron los grandes maestros de nuestra literatura y gimieron Joyce y Fuentes y Marechal y Di Benedetto y María Granata. Con nosotros, en inmensa orgía de placer, se extasiaron todos los

que alimentaron durante tantos tiempos nuestras vida, todos aquellos que les dan de comer a nuestros traslúcidos pájaros del alma, a todos los Quijotes y Don Segundo Sombra, a los Ulises, sirenas y leyendas e historias que nos pueblan y que nos poblarán para siempre a nosotros, los que nos alimentamos con los libros.

Y cuando, finalmente, compartimos un cigarrillo en silencio, nos miramos y nos echamos a reír. Reímos durante largo rato. Con esa risa sana de los que se han encontrado por primera vez y descubren que ha sido un buen encuentro. Entonces, tomó él mi rostro con una inmensa manaza y, mirándome a los ojos, sin dejar de reír, me dijo:

—Yo me llamo William Shakespeare. Y vos, ¿quién sos?

# LA CEREMONIA

*«Cuando regresaba de las más altas riberas de la soledad ya no era la misma mujer de antes. Yo la recibía probablemente con amor entusiasta y alborozado, pero también con orgullo, pues a su lado afrontaba el miedo, el sufrimiento y las torturas que me convertían en un nuevo ser. El verdadero pecado hubiera sido no atentar contra Dios».*

**Juan José Ceselli**

*El Paraíso desenterrado*

117

MERCEDES  
FERNÁNDEZ

## **SUBLIME RITUAL EN EL QUE SE INICIA LA EXISTENCIA.**

Ceremonia esplendente de extraños y únicos designios. Todo concluye como cuando niños no sabemos explicar nuestras alucinaciones. Todo se aúna. «Las lobas azules de la noche caen en la oscuridad rodeando las espigas con pequeñas caracolas de menta». Las primeras estrellas abermejas de la tarde han corrido cielo adentro, desgarrando la terrible libertad de vivir en un país donde siempre es de día.

Los pájaros se sublevan en los sueños, pero vuelven a dormir.

Los instantes se conjuran. Solo basta el equinoccio de los cuerpos que se aprestan desde siglos. Con praderas ardiendo,

los planetas alinean las rutas en todas las galaxias. El oscuro pozo donde los astros convergen se expande para que en él quepan los cuerpos desprovistos de prejuicios.

La escena siempre es mutable, pero idéntica. Una clase de concupiscencia altera imperceptible el nadir de los astros. Es el mágico minuto en el que el ojo del mundo se cierra para no indisponer el paso furtivo de los amantes sobre la grava que deslumbra.

Aún no existe el deseo. Solo hay dos aspiraciones, dos anhelos, dos hesitaciones, dos bocas sedientas, dos rumores de soledad. Pero ya llegan los hedores cómplices y las fragancias locas que produce la lucha de ángeles y demonios con puñales melancólicos.

Todo se prepara. Una ventisca ligera aligera los aires. Está al llegar el misterio. Se ahueca el mundo para dar cabida en él al espacio vital de los remotos viajeros que vienen con los párpados cerrados dispuestos a soñar. No importa de qué lado de la rosa vivían, atrás quedaron las noches vulgares y las auroras aristocráticas. La hora de la tristeza que torna humilde el corazón también se ha clausurado. Un nuevo viento de cabelleras en libertad está soplando. El rito secreto está por comenzar.

Las miradas confluyen. Universos paralelos reproducen mil veces en mil espejos azogados la carga de los ojos. Son ellos. No hay errores. La luz del sol, del mediodía o de la luna aclara los espacios para indicar el hueco exacto del uno para el otro.

El silencio adiestrado por los dioses acompaña el abrazo. Los cuerpos esplenden bajo las desvanecidas vestiduras. Un encaje de árboles ebrios de búhos acallados por el encantamiento pone techo al instante. La intimidad del lecho amarillo de las hojas se quiebra con el roce de los cuerpos. El

paraíso perdido ya no existe. El desamparo del mundo ya no existe. Las fiestas de la infancia ya no existen. Tal vez ni Dios existe. La dura ternura de los vientres da comienzo a los ritos. Un relámpago invisible destruye a los amantes y los construye una y otra vez. Es el amor que llega. La ceremonia ha comenzado.



# HISTORIA DE UNA ESPALDA

A Ana María Giunta, mi amiga

121

MERCEDES  
FERNÁNDEZ

**SEGÚN ME CONTARON, TODO COMENZÓ CON AQUELLA CAJA DE BOMBONES (¿O ERAN MASAS?) QUE ELLA LLEVABA UNA TARDE INCREÍBLE DE SOL.** El encuentro no fue casual. El azar no existe. Hay una clase de predestinación, de hado, de signo, estrella o fatalismo escrito en cada partícula que permite el delicado equilibrio del universo. Por eso, aquella tarde, los caminos de ambos se cruzaron. Bajo la canícula aplastante, las miradas se fundieron, quizá reconociéndose de vidas anteriores, quizá presintiéndose en existencias futuras, tal vez ya con la convicción de que el uno estaba espejado en los restallantes ojos del otro para siempre.

Lo cierto es que todo pareció adquirir una florescencia alrededor y el amor estalló con el natural desborde con el que deben salir al exterior las pasiones. Se amaron durante años, durante instantes eternos, durante vidas intemporales. Con placer intenso, bebieron los almíbares de la pasión. Él la acariciaba larga, lenta, golosamente. Con la punta de los dedos, reconocía una y otra vez cada espacio, cada centíme-

tro de piel, cada hueco frugal, cada reborde u ondulación del cuerpo. «Tenés una espalda de muchacha adolescente», escuchaba ella entre algodones, pues él se lo decía como para sí, en una clase de afán por no romper el hechizo.

Dije antes que bebieron hasta la última gota de la copa de ese amor, pero para ser justa, debí haber dicho «comieron». Y para redondear la figura y ajustarla con precisión, agregar «comió». Ella comió y comió. Hasta lo increíble. Hasta el hartazgo. Y él siguió amándola y pasando y repasando con las delicadas yemas de los dedos la piel de la amada.

Transcurrió el tiempo, pasaron las lunas, los estíos, los inviernos, las horas, los minutos. Ella engordaba y engordaba. Inútiles fueron los esfuerzos, las consultas médicas, las dietas dolorosas, los parapsicólogos y manosantas consultados. Ella engordaba.

Los espacios que antes fueron deliciosos tramos ondulantés eran ahora enormes y blanquísimas llanuras, peligrosas pendientes, inmensos y perfumados huecos. De todos modos, nada hizo peligrar el cariño entre ambos. Los momentos de pasión debieron restringirse a una sola forma de hacer el amor, pero a él le quedaba aún la delicia de acariciar más largamente la piel de la idolatrada esposa.

Pero la predestinación estaba echada. La monstruosa enfermedad prosiguió el curso y convirtió a aquella grácil figura, que llevara una fuente de masas (eran masas) en una lejana tarde de verano, en una descomunal figura que perdía, instante tras instante, la forma humana.

Hubo que trasladarla a un sillón de tres cuerpos donde, entre almohadones con puntillas, ella comía bombones y dulces con los que el esposo la agasajaba, mientras miraba arrobada el jardín. Pero pronto fue llevada hasta una cama especialmente construida para soportar el peso del cuerpo,

pues peligró la posibilidad de poder extraerla del sillón, que amenazaba con enterrarse como garfios en las femeninas carnes. Pero él no se amilanó. Siguió cautivado con las largas recorridas sensuales en el enorme cuerpo de la amada y, con un esfuerzo cada vez mayor, cuando lograba voltearla, volvía a ensimismarse y continuaban escuchándose, ahora entre los ruiditos de los papeles plateados de los bombones de licor, los susurros de la voz varonil: «Seguís teniendo una espalda de muchacha adolescente».

Pero las historias siempre epilogan. Y esta tenía preparado un final casi previsible, según se venían desencadenando los acontecimientos. Todo había comenzado con una bandeja de masas rellenas y el capítulo final tuvo una primera línea con uno de esos dulces que ella se llevó a la boca mientras él le acomodaba el almohadón sobre el cual descansaba la larga cabellera. Él pareció notar que las mejillas sonrosadas de ella se hinchaban más y más. Pero no era solo la gentil faz la que crecía: aumentaba también el tamaño del cuerpo. Espantado, vio cómo ella se agrandaba, se agigantaba, desbordaba la cama, alcanzaba las paredes, destrozaba los muebles contra los muros. Cuando vio que la desmesurada cabeza rompía en mil pedazos la araña de cristales que pendía del techo, saltó desesperado por la ventana que daba al jardín de los tilos que los amantes tanto habían querido. Desde el suelo, azorado, vio aparecer los ojos de aterciopeladas pestañas que lo miraban por última vez con una intensísima carga de amor. Instantes después, la casa explotaba y, con ella, el cuerpo amado de la eterna doncella. El aire se cargó entonces durante largos segundos de una fina lluvia plasmada del color y del intenso perfume de la piel de la esposa. La tarde se asemejaba a aquella otra, solo que esta vez el rabioso sol se opacó con los miles de retazos

de piel rosada que, como una nube de rutilantes mariposas, revoloteó largamente sobre el jardín.

Enturbiados los ojos por las lágrimas, el fiel amante alcanzó una de aquellas maravillosas y mágicas palominas entre las manos, y suspirante musitó: «Y sin embargo, continuabas teniendo la espalda de una muchacha adolescente».

# SOÑAR NO CUESTA NADA

**DE LA CENA, DE LA CENA, COMO SI YO NO SUPIERA QUE ES LA HORA DE LA CENA.** Diez años preparándole platos que luego serán criticados: con mucha sal, con poca sal, esto tiene cebolla, esto está quemado, serví más vino, más, más, qué esperás, dale, dale, dale, me decía mi hermana esperando que le largara la bolsita de maíz que nos había cosido la abuela para que jugáramos en el patio. Y la abuela se reía, alentándonos en medio de la siesta, en la mecedora de mimbre verde, semejante a una estampa de los almanaques de la Gomería Fernández, esos en los que los viejitos siempre están iluminados desde arriba por un rayo que contrasta con las sombras que los rodean. ¿Por qué uno piensa en un viejo y lo imagina oscurecido, silencioso, como deshaciéndose? ¿Será la vejez una forma de morir? ¿En qué momento comienza? ¿Con la primera arruga o con el primer silencio? Si fuera por esto, yo ya soy una vieja de cuarenta años y José, un anciano de cincuenta. El silencio, negro túnel sin voces, la no necesidad de contarse cosas, de deshilvanar el día de afuera del ovillo de adentro. Sí, te sirvo otra y mil veces más el vino, ya sé lo que viene después. ¿Yo?, ¿yo qué te digo?, ¿qué querés si no te gustó?, ¿cómo sé yo lo que te gusta si no lo pedís, si no abrís la boca más que para que te suban el televisor? Ma' sí, mejor

lavo pronto los platos. Mi estómago se revuelve. El dolor me hurga las tripas. La sangre me llena el estómago, brillante y espesa. Borbotea dentro de mi pecho y me quema. Rojo, azul, tic tac, reloj de carne, río profundo, marea vital. La sangre me golpea las vísceras, aúllo de dolor pero me aguanto, no debe rabiarse, señora, ja, qué fácil es prescribir recetas prefabricadas, me sube por la espalda como una lengua caliente, me muerde el estómago. Leche. Nunca me gustó la leche, pero cae bien, mamá, no me gusta, ya te dije que no quiero leche. Tenés que tomarla, mirá a tu hermana, qué rozagante está. Tomá toda la lechita, toda, así no le duele la pancita después, ¿no? Y puede dormir toda la noche y soñar con los angelitos. Dormir, quién pudiera. Qué rápido ha pasado el día. Dormir, soñar, olvidar. No, olvidar no, recordar después todo el día lo que soñé. Soñé que volaba, mamá, que mi pelo era largo largo y se me enredaba entre los árboles. Soñé que era un gatito blanco, mamá, eso es disgusto, que me comía un pedacito de hígado que yo misma me daba. Soñar. Esperar todo el día para soñar, para olvidar el puño de José sobre mi cara, el puño derecho de José estallando contra mi ojo, rebotando dentro de mi cabeza como un pistoletazo, olvidar el dolor, la vergüenza de soportar continuamente el mal genio, los insultos. Dormir. Me relamo de gusto.

Apuro todo. Acomodo platos, cuchillos, vasos, manteles en el lugar preciso. El rancio olor de la comida ha desaparecido. No te conviene ese hombre, nena, es muy huraño, te hará sufrir. La plaza estaba hermosa y los jazmines reventaban por todas partes. El beso de él me ardió en los labios y creí que eso era el amor. Era joven. Después vinieron los golpes, las peleas, los insultos. Y entonces comencé a soñar. Los sueños eran el baño vivificante después de la tormenta. La tierra donde yo era lo más importante. Allí era, soy, fui,

joven, vieja, niña, una y mil veces. Y también gato, hombre, pájaro, ladrona y princesa. Despierto siempre feliz. Tengo el día para mí, paralelo, sin tocar el tiempo de José, ese tiempo mío de pagar penas de otras vidas, de poner la otra mejilla porque así está dispuesto quién sabe por quién.

No quiero escuchar más esta noche. Me tomo mis pastillas y me sumerjo, me hundo, me desciendo, me deslumbro, me suelto los cabellos, me desnudo, me descalzo, me poseo. Piedras, piedras afiladas que son dientes, son cuchillos de oro y plata, relucientes y feroces, bordean el camino. El camino por el que viene él, cojeando. Habla, gesticula, grita, pero no le escucho. No hay sonidos. Los pájaros mueven los picos en silencio y entonan bellísimas canciones que no se oyen. Silenciosamente, el viento mueve las copas de los árboles y los tigres rugen insonoramente. Solo siento el rumor de mi sangre, el golpe del corazón dentro del pecho de él, el chasquear de mi lengua. El miedo le corre por los ojos, le baja hacia los labios, le crispa las manos, le hiela la piel. Mi lengua chasquea, me relamo. Mi saliva se espesa. Maúllo y la luna se esconde detrás de cualquier cosa. José grita en silencio largamente. Vuelvo a maullar y con mi zarpa, mi enorme zarpa amarilla, le arranco un brazo. Huye despavorido mientras yo río entre felices maullidos. Parece uno de aquellos muñecos desvencijados que nosotros apilábamos en el viejo cuarto del abuelo. Me recuesto en la hierba que crece salvaje y perfumada y me dedico a comerme esa odiada mano derecha, ese puño oscuro y terrible, la maza con la que golpeó mi rostro. Voraz, golosa, desesperadamente, le como hasta las uñas. La luz de la luna me ilumina y me adormece.

Una brizna de sol que entra por la ventana me despierta. Me siento feliz. Ha sido un buen sueño. Me dirijo hasta el

baño, me lavo el rostro aún con salpicaduras rojas y me cambio el sucio camisón.

Corro por la casa. Ya despertará. Hay que preparar el desayuno. Pronto, pronto, el café, las tostadas, el azúcar, el azúcar. Ya llega José. Se sienta a la mesa, me mira duramente y me señala, con el corto muñón derecho, aún fresco, que le alcance el diario. Se lo pongo en la otra mano mientras echo azúcar al café, porque con una sola mano ya no podrá hacerlo nunca más él solo. Y me sonrío. Ya vendrán otros sueños. Los días son tan cortos.

# FLORES DE TRAPO

*«¿Qué queda de aquellas  
inspiraciones de aire puro en las madrugadas  
de la primavera, de aquellos  
enajenantes terrores nocturnos, cuando los  
diablos se asomaban a los bordes  
de la infancia?».*

**Juan José Ceselli**

*El Paraíso desenterrado*

129

MERCEDES  
FERNÁNDEZ

**LA ROSA DE TRAPO SURGIÓ ENTRE NUDOS Y REMACHES Y VUELTAS DE COLORES LLAMATIVOS.** La pequeña mano habilidosa en la imperfección, torpemente ingenua, fue elaborando un minúsculo jardín de flores cenicientas. Cortaba con las manos, rasgando, midiendo con la boca. Las marcas de los dientes coronaban los pétalos de una espumita blancuzca. Entre las manos ennegrecidas de mugre y de miseria, apareció un ramo misterioso, cautivante, en una realidad de pétalos amarillos, solos, rayados, transparentes, negros. Flores raídas, marchitas antes de nacer. Flores miserables. Flores de trapos viejos recogidos en el basural donde nacía el caserío.

El chico miró la obra, no muy satisfecho de ella.

—Te voy a llevar a la Difuntita.

La Difuntita. La historia corría entre la gente de la villa. Corría de mano en mano como una moneda sin dueño aparente, agigantando en importancia y empequeñeciendo en la miserable realidad. Corría de boca en boca con el sonido que deja la lluvia entre las piedras. De ojo en ojo, como se evaporan las imágenes desgastadas en la sórdida marcha de los días.

«La difuntita hace milagros»; «La difuntita acompaña a los muertos»; «La difuntita cura el empacho si se le prenden siete velas durante siete martes seguidos». «La difuntita va a ser santa», aseguraban los más arriesgados y los menos conocedores de los cánones papales.

En realidad, la Difuntita había sido en otros tiempos una loca más de la villa. Unos contaban que venía borracha. Otros, que estaba embarazada del hermano. Las más deslenguadas, que el tren que la despedazó la había encontrado haciéndose el amor a la luz de la luna, entre los pajonales de la vía. Tuvieron que unir los pedazos. Y aun así, quedó con un ojo menos.

De todos modos, en el lugar donde quedaron las manos extrañamente enlazadas construyeron una urna con una foto. Allí le ofrendaron velas y promesas. Y el tiempo, el cansancio, el manoseo de la historia, hicieron perder brillo a aquella infatigable trayectoria de mujer alquilada que, contra la envidia de las otras, trepaba las urgencias y borracheras de los hombres del lugar. No solamente había muerto, sino que nunca más la recordaron como había sido realmente. Otra, la difuntita, ocupaba ahora el lugar miserablemente importante que se ganara a fuerza de sudor y de camas.

—Te voy a llevar a la Difuntita.

En los labios inverosímiles, pequeños, con olor a entraña todavía, la imagen tomaba transcendencia, se realzaba. Era poderosa, omnipotente, alimentada por la ensoñación de

esos ojos de golondrina que no tenían todavía la palabra Dios entre las manos.

Se columpiaban las mariposas entre las telarañas de los arrayanes. Las hormigas coreaban, ensordecedoras, una marcha de protesta ante la urna de la difuntita, que se había alzado exactamente en el centro del hormiguero más importante de los alrededores. Hasta allí, pateando piedritas, llegó el breve pie descalzo.

—Acordate. Tenés que mejorarla. Yo te voy a traer un regalo. Y te voy a limpiar la tierra que se te junta todos los días, ¿sabés, difuntita?

El único ojo de la muerta debió intentar una sonrisa entre la mascarada de gusanos que ya la poseía.

Un vientito juguetón le aligeró al chico los mechones de la frente, al tiempo que entraba en la casa. Fue directamente hasta el catre. Sonriendo despacito, como si temiera molestar, se inclinó sobre la mujer y la besó. Un ronquido oscuro se levantó como única respuesta.

—Dejá en paz a tu abuela, mocoso.

Manoteó un pedazo de pan que se resistió a la exigencia de la pequeña boca. Pan duro, desgastado, deslucido, opaco, como todo lo que rodaba entre los callejones delimitados por los desperdicios, el hambre y la indiferencia de la gente que carga con un tiempo chato, con un cúmulo de días signados por la indolencia o por la simple falta de fe. Pan duro, que es el único pan que conoce la miseria.

Se sentó sobre una piedra y hundió las manos en los bolsillos. Aparecieron, entonces, otra vez, retazos de telas y piolines que adquirieron, bajo la luz despedazada entre los álamos, una claridad terrosa, casi onírica. «Abuela, se te está cayendo el chal... Hoy sacamos quinientos pesos redondos, abuela».

Abuela. Abuela chiquitita. Abuela inmensa Abuela esquina-diario-frío-y-pan-con-chocolate. Tibieza y regazo para apoyar en él la cabeza amodorrada esperando la largada de Los Andes. Abuela madrugada.

«Ya está, abuela, agarre la plata». Y plegar la sillita de lona y caminar juntos en la mañana perezosa y tararear una canción porque la abuela está contenta, porque tiene un pedazo de chocolate en la boca («No se olvida nunca usted, ¿eh, abuela?»), porque es primavera y está lindo el sol, aunque él no sabe que es esa tibieza limpia, gratuita (la del sol, la de la abuela) la que lo alegra.

Y el ramo resplandece entre las manos sonámbulas, apagadas, casi susurrantes en la ensoñación del recuerdo.

—Te voy a llevar a la Difuntita.

El catre lo recibe cariñosamente. La aspereza de la almohada le desea las buenas noches y extraña otro roce, el de las manos rugosas y achicadas. Y otra voz, distinta al ronquido acompasado y apenas audible que parte de la cama de al lado. Una cucaracha cruza la pared, entreteniéndose en las pajitas que escapan de la superficie irregular del adobe, y se pierde en una grieta oscura, como una pequeña protesta, mientras caen los párpados del niño que ya no piensa más.

Un rumor leve lo despierta. Le cuesta coordinar. Varias mujeres trabajan diligentes por la casa. «Póngale la otra manga, yo la peino. ¿Y los zapatos? Ya llega el cajón, el chal. Está igualita la pobre. Yo me voy a poner la sopa al fuego, si no, mi marido...».

—Abuela.

No se acerca a mirarla. Sale al patiecito y con una piedra bajo el zapato se entretiene largo rato. Alguien le habla, le da un tazón de leche, lo acuesta, lo levanta, lo peina, lo lleva, lo olvida.

La caminata es larga. Le duelen las piernas. Piensa cuánto le faltará aún. «No quiero más sopa, abuela»; «¿Cuánto me dijo de arroz?»; «Ya vooyo, el último gol y ya está, abuelaaaa...»; «Vamos abuela, ya terminé los diarios, tome la plata, tome». «Mordisqueé el chocolate, abuela, se pasa un poco el frío».

Lo sorprende el hueco. Casi siente la humedad de la tierra oscura. «No llore, m'hijito, los raspones no deben hacer llorar a los hombres». El cajón es ganado por las sombras. Y con los primeros puñados de tierra, cae un ramo de flores viejas que se disuelven, se evaporan, desaparecen, conscientes de un destino de tiempo ya.

El regreso lo hace corriendo. Los pies descalzos cabalgan presurosos sobre los peñascos y los pastos secos. Furiosamente, golpea, se empina sobre esa tarde dura del sol y de silencio.

Furiosamente, saca una barra de chocolate y lo mastica y lo traga sin sentirlo. Furiosamente, se espanta con la mano una primera lágrima, con el mismo ademán distraído de quien persigue moscardones oscuros o mariposas imaginarias. Furiosamente, golpea con puñados de tierra, parecidos a otros pero distintos en finalidad, la urna costera rodeada de velas, que se va cubriendo indiferente, total, parsimoniosamente, hasta parecer un montículo más entre las piedras y los charcos de la villa. Casi se escucha la carcajada de la difuntita, que por fin recobra la verdadera oscuridad. Esa oscuridad que le quitaron al encenderle cirios y prometerle flores de trapo.

Mientras, las hormigas levantan absurdas patas ásperas y aplauden frenéticas por la derrota aplastante de la intrusa que se dignó sentarse en el centro mismo del hormiguero más importante del lugar.



# LOS CAMINOS DEL SILENCIO

**EL GALLO SE ELEVÓ SIETE VECES SOBRE LAS PLUMAS VERDES Y SIETE VECES BAJÓ AGOTADO LA CABEZA.** Era un rito inútil que traía reminiscencias de tatarabuelos-gallos. Hacía mucho que los congéneres habían renunciado al saludo matinal. Encogiéndose de hombros, se acostó sobre las cenizas y se durmió.

El silencio fue la única voz que se escuchó por las calles de la ciudad.

Cuentan que un día apareció, casi mágico, por una esquina y que, arrastrándose perezosamente, ganó los rincones. Dicen que los dedos penetraron por las puertas desprevénidas, por las ventanas, por las banderolas. Los habitantes lo vieron descolgarse por las chimeneas, alcanzar las mesas, colmar los lechos nupciales, los cuartos de costura. El agua de las canillas en las cocinas, en los inodoros, en las bañeras, enmudeció también. Y cada poblador asimiló la presencia sin voces por el espacio del cuerpo expuesto a la mojadura.

Así fueron callando unos tras otros, poco a poco. Los hombres comenzaron por bajar las voces, después a restringir las palabras, casi vanidosos, casi avarientos. Dejaron de

hablar con determinadas personas del lugar, del vecindario, de la oficina. Y el anillo taciturno se fue cerrando, clausurando, hasta que no hablaron ni con amigos más íntimos ni con primos y, finalmente, ni con las esposas. Y a las mujeres les sucedió lo mismo. Ganó a los habitantes, paulatinamente, una especie de cansancio lento, imperceptible, fino. Un cansancio de adentro que les impedía articular voces y, menos aún, dirigirlas a otras personas. Al fin, el silencio había entrado por todas las bocas del cuerpo y acallado las lenguas para siempre.

Los únicos que se salvaron fueron los niños. Pero los niños niños realmente. Porque en cuanto se vislumbraba en ellos el menor atisbo de madurez, en cuanto los ojos adquirían alguna peculiaridad, algún rasgo característico del mundo de los mayores, el cansancio untaba de mutismo esas bocas frescas, que se marchitaban y caían en el olvido de las rondas y las palabras mágicas que alguna vez había logrado hacer girar las calesitas más inverosímiles.

El silencio fue, pues, un líquido espeso que se depositó en la gente y la colmó, y rebasó la capacidad de silenciar. Varias generaciones soportaron la huida de las voces hacia el país de la nada. Hasta que llegaron a nacer niños directamente mudos. Ni siguiera un vagido. Nada que evidenciara que la vida comenzaba. Casi era un pueblo de muertos. Porque solo los que no están vivos alcanzan el silencio absoluto, podrida la lengua e imposible el diálogo.

Entonces las madres, luego los padres y los hermanos, aunaron angustias ante la llegada del nuevo ser callado que rompía en mil pedazos la ilusión alimentada durante tantas lunas (nadie había podido decir a nadie que eran nueve) de escuchar aunque fuera un solo instante una voz bajo el techo común. Y al tocarse la angustia de los unos y de los otros,

aumentó el silencio el volumen apretado entre las paredes y explotó. Explotó cada casa. Sin ruido. Casi sin cambio aparente. Como si reventara un recipiente de humo oprimido por el pétalo de una flor. Apenas un rasgido, y el silencio rebasó los hogares. En cadena fue explotando cada morada, cada techo, cada rincón sigiloso. Y explotaron las fábricas, las iglesias, las escuelas. Las frutas y las piedras y los arroyos. Las ratoneras y los tachos de basura. Entonces el silencio, al unir después de tanto tiempo los dedos grises, tejió una especie de filigrana en los resquicios, con un moho verde y pestilente.

Fue una ciudad vieja. Los colores se trocaron en matices herrumbrados, decrepitos. Y por las calles, monarca absoluto, el silencio se arrastró esta vez sin disimulos, como una neblina levantada a ras del suelo.

Ningún caminante extraviado llegó jamás al pueblo. Porque desde los caminos adyacentes no se veían las casas. Estaban escondidas detrás de la insonoridad. Y el silencio es una cortina que no deja ver nada, que no permite la aventura de una sugestión. El silencio es casi la muerte. Y la muerte no tiene presencia.

Pero cuentan los libros en que fue descifrada esta historia, y que se encontraron enterrados entre las arenas verdes de unas ruinas desconocidas, que un día se escuchó una voz lejana. Los habitantes se desperezaron y buscaron afanosos el origen del sonido. De los ojos caían las cáscaras enmohecidas de tantos tiempos acallados. Al compás del canto que se oía, las manos mutaban la piel verde por otra, nueva y reluciente. Y la voz creció, se espigó, se adentró en el pueblo, ingresó como un hilo invisible por aquellas puertas y ventanas por las que antes penetrara la silente figura que ahora escapaba desordenada y llena de terror. Finalmente, se abrió una boca en el cielo y se despejaron las nubes que habían escondido al

pueblo durante tan largo período. Y un rayo de sol acercó a los ojos maravillados de los pobladores un minúsculo pájaro gris que cantaba, cantaba.

Alborozada, la gente organizó una fiesta que duró días. No se cansaron de bailar y parlotear. Con la huida del mutismo, todos tenían cosas que contarse. Los esposos se dijeron todas las palabras de amor que se debían. Las madres cantaron las canciones de cuna que durmieran en los pechos, los abuelos narraron las historias que desde cien años atrás debían a los nietos. Y los perros ladraban detrás de los gatos de maullidos frenéticos y enloquecieron los gallos cantando a cada rato, como si constantemente amaneciera.

Al pájaro gris lo colocaron en un pedestal de mármol blanco, dentro de una jaula ricamente adornada. Conectaron altoparlantes en toda la ciudad y obligaron al ave a cantar sin descanso. La música se oyó hasta en los pueblos vecinos. Tanto bailaron, tanto cantaron y contaron, que el agotamiento acabó por rendirlos y los durmió. Pero esta vez durmieron felices. Y aún en sueños continuaron diciéndose cosas.

Entretanto, la razón de las voces nuevas, el causante del despertar de tantas gargantas, de tantos ríos rumorosos, enmudeció de pronto, aplastado por las sombras que proyectaban los barrotes de la fina jaula contra el cuerpo. Y en la mudez, sintió cómo la penumbra se enroscaba alrededor de cada una de las plumas y las arrancaba, hasta dejar al descubierto un incipiente moho verde.

El gallo, que fue el primero en despertarse, se elevó siete veces sobre la verdura de las plumas. Y siete veces bajó la cabeza, agotado. Encogiéndose de hombros, se acostó sobre las cenizas y se durmió.

Dicen también los libros desenterrados de las arenas

verdes que cuando el viento arrecia, llegan ráfagas cenicientas de un lugar rodeado de neblinas. Es entonces cuando, inexplicablemente, los hombres del mundo sonoro sienten en medio de las calles que un cansancio infinito, casi ancestral, les sube. Y el silencio los posee por un instante apenas. Pero cuando ese dejo de brisa los abandona siguiendo el camino y despiertan de esa ensoñación silente y desusada, deben sacudirse una especie de polvillo verdoso que inexplicablemente aparece entre los dedos.



# LAS TEJEDORAS DEL TIEMPO

*«Yo a todos los he visto  
perderse allá a lo lejos del camino...  
Yo me he quedado solo,  
sin despegar los labios,  
en mi sitio»*

**León Felipe**  
*Antología Rota*

141

MERCEDES  
FERNÁNDEZ

**EN ESTA ÉPOCA EN LA QUE TODOS LOS JARDINES SE AGOBIAN DE COLORES Y DE VERDES, ME PARECE VER, PERCIBIR A LA DISTANCIA, IMAGINARME TAL VEZ, UNA PLANTA DE RETAMAS.** Y emprendo el viaje hasta la casa de mi madre. Cualquier motivo es válido para inventarme una vuelta a la casa de calle Olascoaga. Un ruido familiar, el profuso perfume amarillo de los racimos de retamas, un pedazo de música de antaño, todo vale, vuelvo a decir, todo tiene el peso suficiente como para detener mi día, mi hora, mi minuto, y hacerme volver corriendo a la casa de mi madre.

Y cuando traspongo la angosta puerta de madera de dos hojas que pintara de marrón mi padre, cuando cruzo

el pasillo que desemboca en el gran patio, cuando mis pies tocan, siempre con la emoción de una primera vez, de nuevo, reiteradamente, inauguradamente, esas baldosas rojas con guardas amarillas, me abraza, me recibe, me envuelve tiernamente aquella enorme planta de retamas que plantara mi madre y que cuida la abuela. Y tirado a la sombra, rodeado de grandes macetones rojos con geranios, ojos de gato, malvones de colores, sencillas nomeolvides, violetas y fresias, y de las begonias, las boinas de vasco, las parras generosas y las enredaderas de cedrón cuyas hojas hierve mi abuela para que mi pelo brille como el sol, allí, en el umbroso rincón aromado de la retama, está Bebé, el gran danés aleonado que brinca en cuanto me ve con esos grandes ojos melancólicos de perro muerto.

Rodeando el patio al que enmarcan las cortinas de toldo rayadas de verde y blanco, se estira la galería, fresca y amistosa parte de la casa donde mi madre mece, en el sillón de mimbre favorito, al cansado corazón de muchacha enferma. Cuando me ve, sonrío y continúa peinando a mi hermana, que sufre los embates del peine en los renegridos, larguísimos y rebeldes bucles negros. Siempre está allí mi madre, en ese sillón verde de mimbre, tejiendo piolines, transformándolos en mágicos pavos reales, en gallo encerrados en guardas espaciales, en flores arcillosas envueltas en anillos en los que yo siempre juego a ver pequeñísimas serpientes que se muerden la cola, inofensivas y ligeras porque las creó mi madre que jamás daría forma a nada que tuviera que ver con la maldad.

Mi madre me mira y me sonrío y no me ofrece mate pues soy demasiado niña para tomarlo. Entonces mi abuela aparece de golpe, de la nada, con el silencio colmándole los pies, y me convida tortas recién horneadas y me canta coplas con la aflautada voz del que no oye y me sonrío feliz porque estamos

juntas, porque no hay nada mejor, después lo comprobaré, que una tarde compartida por las cuatro, bordadas las cuatro en los hilos de mi madre, retenidas para siempre, trascendiendo los destinos de cada una, colgadas de las cortinas de mi madre, de los visillos blancos de mi madre, de las colchas primorosas que borda mi madre.

Entonces yo le hago un gesto cómplice a mi hermana, siempre se lo hago cuando llego allí de visita, y nos vamos al cuarto oscuro del abuelo, ese que él usó hace mil años, cuando era cuerdo, ese que ya no utiliza para las fotografías amarillentas, porque desde hace mucho tiempo se empecina en buscar figuras en las nubes de humo de la cachimba, sentado allí, en esa silla baja, haciendo morisquetas a fantasmas del otro lado, como él los llama. Ese cuarto oscuro que es ahora nuestro reducto, pues allí encontramos todo lo que nuestra loca fantasía nos permite desear.

Y la visitamos. Temerosa mi hermana, yo no tanto, pues ella, la que está en el cuarto oscuro, me pertenece porque yo la descubrí. La vi cuando sale por las noches, acompañada de cientos de hijitos, mirando vengativa hacia todos lados. Y le he contado a mi hermana que esa enorme araña negra que pasea al centenar de arañitas busca víctimas por las noches. Por eso no hay que mirarla, pues ella con ese ojo multiplicador te detiene, te envuelve en la seda del tejido y te lleva con los hijos al aire del cuarto oscuro, a la noche del cuarto oscuro, a la nada.

Y entramos en ese mundo encantado de retratos apilados en marcos monumentales, de frascos de extrañas formas, de pedazos de lámparas, de sillones desventrados. En ese mundo que aún retiene para sí un trozo de la historia de cada uno de los que convivieron con esos objetos, que aún huelen como aquellos que ya no están, o que sí están, pero que no se

ven con ojos como los nuestros. Y el corazón nos late como si esta fuera la primera vez que lo visitamos. Allá arriba, en un rincón, está la araña. Poderosa en esa preciosa tela de plata y filigrana, dueña del ámbito, señora de nuestros miedos, reina absoluta del destino de quienes osen mirarla. Nuestros ojos la contemplan largamente mientras teje la labor, en una especie de duelo peligroso. Y yo siento que nos mira, que nos está mirando, que vendrá por nosotros algún día a cobrarse cuentas, a llevarnos.

144  
EL  
CUADERNO  
DE TAPAS  
NEGRAS

Mi hermana sale asustada y se refugia en la pollera de mamá, mientras la abuela canta canciones de esas que hacen olvidar las penas. Pero el ojo de la araña me mira desde las sombras, se enrosca en el bordado de piolines, envuelve las tortas de la abuela, señala los parrales y las sombras entretejidas que arrojan sobre el patio. El ojo de la araña lo ciñe todo con esa preciosa orfebrería de paciente artesana. Y la casa semeja un ovillo de sueños, un pedazo de tiempo detenido, un rincón más de aquel cuarto oscuro del abuelo.

De la mano de mi hermana salgo de puntillas a la calle. Volveré enseguida. Siempre lo hago. Cualquier motivo, dije antes, me permite el viaje a la casa de mi madre. No hay día que pase que no me detenga ensimismada y parta hacia la calle Olascoaga al 2600. Quienes están conmigo quizá no lo comprendan. Es que la he visto. Anda rondando. Nunca se cansa de rondar. Los hijitos juegan sobre la negra cabeza y ella pretende entretenerse con los juegos. Pero me mira. Sé que me espera. Que algún día tejerá alrededor de mi cama una admirable pedrería argentada como lo hizo con mi madre y con la abuela. Siento que no me ha perdonado nunca que la persiguiera por las noches, allá, en la casa de mi madre, cuando las retamas reventaban el aire de racimos eternos que entibiaban el tiempo de amarillos.

# EL ÁNGEL

**CUANDO LOS VI EN LA ESTACIÓN**, rodeados de valijas y bolsos de viaje, con los bulliciosos niños dándoles vueltas alrededor y en la cara el aire nostálgico y tristón de quien mira un lugar muy querido por última vez, me dije a mí misma que hice bien en venir a despedirlos.

Ana, sorprendida al verme, se apresuró a rodearme con esos queridos, tan queridos brazos, en un ademán que a mí me pareció de protección, como si quisiera preservarme de vaya a saber uno qué cosas extrañas. «Mamá, ¿qué hacés vos acá?», me dijo mirándonos alternativamente, aterrorizada (¿por qué aterrorizada, digo yo?), a mí y al marido; «Debías estar en el hospital, ayer me lo prometiste». Sí, le había prometido quedarme en ese hospital donde me cuidarían para siempre. Pero, ¿cómo le explicaba a mi hija del alma, a mi muchachita tan querida, que era penoso convivir con esas mujeres de rostros ateridos, buscando pájaros afanosamente entre las manos, acunando en el hueco de los brazos niños inexistentes, persiguiendo mariposas invisibles por los aires? ¿Cómo hacía yo para que comprendiera que no quería hacer otra cosa más que volar, volar alto entre las montañas, cruzar los valles en plena floración, perderme en la azulada noche de octubre en busca de un sitio para mí, de un lugar que yo

reconocería por la ligereza de los vientos, por el aura apenas habitada de esencias familiares y perdidas?

«Pero, mamá», me interrumpió, «vos me aseguraste, te dejamos tus pinceles, tus pinturas, aseguraste que te dedicarías a ellas. Nosotros debemos viajar a Buenos Aires para que Norberto complete los estudios. En el hospital te cuidarán, ese doctor tan amable te explicó todo exhaustivamente, pareciste comprender, dijiste que sí». Era en vano. Jamás volveríamos a entendernos. ¿Por qué será tan difícil hablar con los jóvenes? ¿En qué momento se corta el hilo invisible que nos contacta con los hijos? ¿Cuándo se pierde ese código secreto, intangible, que entrelaza a las personas que se quieren? ¿Cuándo comienza el silencio a entronizarse alrededor de nosotros y a sumergirnos en nuestra propia maraña de palabras sin sentido? ¿Cuánto tiempo antes comenzamos a morirnos delante de los de nuestra propia sangre, sin que exista el menor síntoma silencioso?

Todo aquello se había iniciado cuando emprendí la pintura del ángel, cuando comprendí que los ojos, aún húmedos de ocre y violetas, me miraban sonrientes, cuando la voz me susurró desde la tela (¿desde la tela!) que había venido a buscarme para volar conmigo. Ana me miró entonces aterrorizada y, entre hipidos de dolor, aceptó que el marido llamara a un médico. Delirios, dijo el especialista. Y yo sonreía, porque, desde la pintura, mi ángel inconcluso me cantaba una vieja canción que yo escuchara cuando niña de los labios de mamá: «Madre, qué linda esta noche, cuántas estrellas, / ábreme la ventana que quiero verlas». Sí, yo era feliz oyendo otra vez la hermosa nana aquella, mientras la familia, por los rincones, lloraba arrojándome furtivas miradas de conmiseración. Solamente los niños, con esa inefable lógica transparente de la infancia, parecieron comprender, riendo y bailando al

son de la música que yo también coreaba con el ángel. Insistí. Les expliqué hasta el cansancio que ese custodio celeste era verdadero, que yo quería volar. Que mi tarea en esta vida estaba completa ya. «Ahora les toca a ustedes», les dije; «Si ni un muerto querido tengo yo en esta tierra, pues mi esposo se fue una tarde en el río y estará sepultado vaya a saber en qué recodo de espuma amarronada». Fue inútil. No entendieron. Insistieron en que el hospital era el lugar adecuado para mí.

La campana anunciando la inminente salida del tren sobresaltó a Ana, que me abrazó como si no quisiera soltarme y me pidió que volviera al hospital, que allí me escribiría, que retornara a mis pinturas. Todo esto me lo decía mientras buscaba un asiento y acomodaba a los chicos. Levanté mi mano a modo de saludo y alcancé a gritarle que había concluido mi pintura, que mi ángel estaba terminado, que me iba con él. Me miró aterrorizada. Yo creo que hasta quiso bajarse, pero ya era tarde. El tren comenzó a moverse y, al mismo tiempo, mis pies se despegaron del suelo.

Sentí que mi cuerpo cobraba una clase de liviandad especial, que se ahuecaba, perdía consistencia. Como si el peso abrumador de las carnes hubiese desaparecido de golpe. Y comencé a elevarme. Ana y el marido, a punto de caerse de la ventanilla, me miraron estupefactos. Alcancé a decirles adiós, pero tal vez no escucharon por el tráfago de los gritos de la gente despidiéndose de los suyos y el ensordecedor ruido de la locomotora en acción. Los niños palmotearon mientras me saludaban, felices ante el milagro. Ana levantó una mano mientras con la otra se secaba una lágrima. La brisa profusa y perfumada del atardecer me llevó sobre los tejados, al compás de la larga hilera de vagones que se empequeñecía en la distancia, y por unos instantes acompañé la marcha de mi hija y la familia. Después, como una cometa

a la que cortaron el hilo, sentí que ascendía suavemente por los aires, definitivamente impulsada. Un cosquilleo se abrió paso desde lo más recóndito de mi pecho. Y reí feliz, gozosa, mientras apretaba la mano de mi seráfico acompañante. Y ya eternamente compañeros, para siempre aventados por la gracia, definitivamente dueños de nuestra gloriosa libertad de volar, mi ángel y yo entonamos una y otra vez aquella vieja canción que cuando niña me cantaba mamá: «Madre, qué linda noche, cuántas estrellas, / ábreme la ventana, que quiero verlas».

# EL JARDINERO

**CORTÓ LAS NOMEOLVIDES MARCHITAS, PODÓ LOS GERANIOS, GUIÓ LOS NUEVOS BROTES DE LAS ENREDADERAS QUE CUBRÍAN LOS ALTOS MUROS.** Una sonrisa con una clase de vanidad se enseñoreó sobre el curtido rostro de floricultor. El jardín lo merecía.

La inmensa casona se alzaba en medio de ese parque que le pertenecía por completo. Había trabajado la tierra terrón a terrón, la había desuñado pacientemente en un ritual solemne, la había olido con fruición para descubrir cómo era en el interior ese pedazo árido de terreno que le encomendaron. Los altos muros, desnudos, desdeñosos, deberían vestirse de zarcillos trepadores, los jazmines del país se abrirían bajo los balcones para perfumar las profundas estancias de la mansión, los narcisos y las azucenas pondrían una cuota de color en los caminos de acceso a la fuente y las mil variedades de rosas colmarían de intensos y fragantes vapores ese predio de ensueño.

«Esto es tuyo», le había dicho el señor; «De ti depende que mi casa se vista de colores eternos, tenga las flores más exóticas y vistosas del mundo y sea el comentario obligado de la comarca». Y le agregó: «Tu vida va en ello». Para eso fue comprado. Por esa habilidad de artesano con las plantas.

«Por tu fama entre los demás negros», continuó diciendo, mientras él, con el sombrero dando vueltas entre las manos, se miraba fijamente los pies llenos de tierra y de estiércol, y se reía por dentro. Nada habría que pudiera detener esa tarea, nada. «Tu contrato, el contrato tuyo, solamente contempla una cláusula específica: darle forma a los jardines que rodean la casa».

Y él lo cumplió. Año a año, temporada tras temporada, con vientos y lluvias, bajo la friura de los meses de invierno o con la canícula aplastante de los estíos, se había escuchado alrededor de la gran casona del señor el cántico del negro, que tremolaba con los primeros capullos, entibiaba los brotes incipientes y reía con la alegría de los canteros, enjogados de agua cristalina.

Y el jardín creció, se agigantó, desbordó. Una verdadera jungla de estambres y pistilos, cálices y pétalos se regodeó en el lugar. La gran casona, con su estructura imponente, sus columnas de alabastro, su majestuosa realidad, empequeñeció, pasó a segundo plano, comenzó a perderse bajo la maraña apretada de caléndulas, amapolas, heliotropos, pasionarias, nardos, juncos y junquillos. El jardín pareció cobrar un vivir propio bajo el canto del negro.

«Esto no puede seguir así», dijo entonces el señor, pisando exactamente el centro de una mata de violetas que crujió bajo los pies, como con una especie de lamento. «Deberás echar todo abajo. Tu jardín no puede ser más importante que mi casa», continuó después. Que eso era demasiado y que debería tomar medidas de inmediato, finalizó.

El negro, azorado, con el asombro colgado de las pestañas, abrió la boca de la que no salió palabra alguna. Una cuerda de dolor fue pulsada muy dentro suyo. Quiso replicar, pero ya la sombra del patrón comenzaba a alejarse rumbo a

la casa, apenas perfilada entre la maraña de verdes.

Las lágrimas del moreno cayeron profusas sobre una enredadera que crecía alrededor. Al contacto salobre, la planta pareció moverse, levantó brotes más pequeños, luego hojas claras. Enseguida, ya espléndida de brillos y contraluces, viboreó, animada, hacia la mansión.

El desasosiego del negro comenzó a declinar.

Cuando el ser vegetal alcanzó los pies del amo, al tiempo que trepó hasta las rodillas y le envolvió la cintura, en el momento mismo en que se encaramó hasta los hombros y lo derribó, el jardín en pleno emitió una unísona exclamación de regocijo.

Cuentan los pobladores de la comarca que la casona jamás fue encontrada, y por ende, ninguno de los moradores volvió por el lugar. En el predio, ahora convertido en un magnífico monte de una exótica y colorida inflorescencia, solamente se oye, cuando el viento lo permite, el cántico de un negro que riega, corta, poda y arrulla flores milenarias.



# LA CASA EN EL ÁRBOL

**AQUEL PARECÍA UN PAISAJE INTOCADO POR LA MANO DEL HOMBRE.** La vegetación crecía profusa y desordenada, y lo tachonaba todo de enormes flores exóticas, altísimos árboles de anudadas ramas y mil variedades de mariposas de color que por momentos semejaban enormes corolas que echaban a volar. De vez en cuando, un pájaro se distinguía entre la dislocada voz de la jungla, cargada de ecos y de extrañas resonancias.

Los tres científicos hallaron entre la espesura de la maleza una especie de senda que parecía no haber sido caminada en mucho tiempo. Las horas acostumbradas a estos parajes, se enredaban en la blandura del colchón de hojas húmedas que alfombraba el lugar. De pronto, semiescondida bajo un enorme y magnífico canelo, encontraron la casa. Sin titubear, abriéndose paso entre los altos pastos, rompiendo el ramaje que parecía encadenarse para evitarles el paso, los hombres llegaron hasta la puerta, que cedió blandamente en cuanto la tocaron.

Adentro reinaba el desorden, como si una lucha tenaz se hubiera desarrollado entre esas paredes. La biblioteca totalmente destrozada, el escritorio revuelto, restos de vajillas diseminadas por todos lados. El olor a encierro hacía

irrespirable el lugar, pero enseguida pudo percibirse en el aire la típica fetidez de la muerte.

Sin decir palabra, cruzaron la pequeña estancia y abrieron la puerta, que tampoco ofreció dificultad. El hombre estaba allí, acostado, con la mirada puesta en algún espejismo infernal y la boca abierta a un eterno alarido de terror.

—Es el doctor Hernández. Desapareció hace mucho tiempo. Al fin lo hemos encontrado —dijo uno de los recién llegados.

—Qué mueca espantosa tiene en la cara. Y observe el cuerpo. Parece haber sido flagelado. Como si lo hubiesen tenido largo tiempo atado con sogas muy gruesas.

—Y la piel. A pesar de que evidentemente hace tiempo que murió, no hay proceso de descomposición. Como si no tuviera sangre.

Revisaron cuidadosamente la casa en busca de evidencias, de datos que aclararan la extraña situación. Y entre los papeles amontonados sobre el escritorio, un cuaderno llamó la atención de todos. Era el diario del doctor Hernández, eminente botánico que años atrás se internara en la selva chaqueña para realizar una investigación.

La noche montaraz comenzaba a despertarse. El aire se llenó de chistidos y gritos de pájaros crepusculares. Los habitantes nictálopes de la selva iniciaron la ronda, poblando el paisaje de pisadas silentes y enigmáticas. Con voz monótona, el más viejo de los investigadores inició la lectura del diario.

## **5 DE JUNIO, 1975**

«Es de noche. Hace varios días que he llegado y aún no me abandona la maravillosa sensación del primer día. Este lugar es un vergel. Creo que he elegido bien el sitio. La variedad

de plantas y flores es infinita y siento que podré realizar mis experiencias magníficamente. Lo que más ha llamado mi atención es el enorme canelo o boighe, como lo llaman aquí los lugareños. Es milenario. Debe tener por lo menos veinte metros de altura, pero lo más fantástico es el tronco, que parece haber desplazado la corteza alrededor de la casa, como abrazándola. De cualquier ventana se pueden ver alternas, grandes hojas verde claro, blanquecinas por el envés. Las flores son pequeñas, blancas, olorosas y rematan en ramos que impregnan con el aroma toda la casa».

### **SEPTIEMBRE, 1975**

«Todo lo que me ha sucedido me pareció increíble, pero tengo que contarlo. No vaya a ser que esté en un sueño de los tantos que me acometieron siempre».

*«Me encontraba cierto día, a poco de haberme instalado, revisando una mata de pasionarias y separando las flores por la néctarea, cuando un ruido hizo que me volviera. Algo se movía cerca de mí. Podría haber sido un animal, un leopardo, un mono hostil, una boa de las que abundan por aquí. Eché mano a mi revólver que apenas sé utilizar, pues soy ancestralmente pacífico, cuando al levantar la cabeza, la vi. Sentada en la rama mayor del boighe, con las piernas recogidas, mirándome fijamente. El color de la piel, entre amarronada y aceituna, la confundía con la corteza del árbol, mimetizándola con el vegetal, semiperdida entre la hojarasca. Solo la lumbre de los ojos amarillentos refulgía, hechizándome».*

### **DICIEMBRE, 1975**

«Sigo sin poder dedicarme de lleno a este diario. Pero es que mi vida aquí debe tomarse tal como se la ve: profusa, ávida, descontrolada, diría yo. Meuán, que así se llama ella, se ha quedado a vivir conmigo. Es una hija de esta selva. Bella

como los dioses. Increíblemente perfecta. La fina y elástica figura se cimbra al andar. Los pies parecen pegarse al suelo. Silenciosa y solícita, siempre está vigilándome, atenta a mis menores deseos. Con Meuán, el amor ha entrado a esta casa, edificada en pleno corazón del canelo. Las investigaciones siguen dando frutos. Mis días se pueblan de cálices, corolas y estambres multicolores, y mis noches se alimentan de los brazos de Meuán, que a pesar de la temperatura agobiante y sofocadora, siempre está fresca, como recién salida del agua. Ella duerme ahora, enroscada entre las sábanas. Afuera cantan los teyuyaguás, pájaros imaginarios de la noche, y brillan las estrellas como si este árbol que nos anida estuviera encendido de cirios».

### **MAYO, 1976**

«La vida con Meuán continúa, tachonada de sorpresas y coloridas experiencias. Mi amor por ella se enciende con el paso del tiempo. Me fascina observarla, mirarle los ojos, contemplarme en ellos largamente. Yo creo que pasamos horas mirándonos sin hablar. En las pupilas verde claro me parece ver otros mundos, desconocidos para nuestra civilización. Un universo distinto y maravilloso. Mágico y embriagador. Cuando se lo comento, ella solo atina a sonreír apenas. Se acerca, entonces, me envuelve en los larguísimos brazos, me viste con esa fresca piel y yo siento que es la respuesta a todas mis dudas, a todas mis preguntas. Solamente un pensamiento me hostiga entonces: ¿cómo le diré que debo volver a la ciudad, que mis estudios están por finalizar?».

### **OCTUBRE DEL 76**

«Un hecho curioso ha acontecido. Una tarde, después de haber trabajado largo rato con una nueva variedad de sola-

náceas, entré en la casa portando un gran ramo de vegetales. Traía entre otras cosas estramonio, acanto, llantén. Cuando de golpe, descubrí entre las demás una rama de guaco, que se usa por estos lugares para espantar a las víboras. Ha de tener alguna otra implicancia supersticiosa, pues Meuán, al ver lo que había sobre la mesa, soltó un alarido bajo, sibilante, se pegó a las paredes y con la agilidad que la caracteriza, ganó la selva. La llamé varias veces, hasta le prometí riendo que quitaría todo de la casa, que volviera tranquila, y aun así, no regresó por largo rato. Mientras la esperaba, me sentí solo. Los ruidos nocturnos comenzaron a encenderse. El bosque se adormecía dejando paso a la oquedad de la noche, esta noche cuya fragosidad parece poblarse de dríadas y de altas enlutadas».

### **FEBRERO DEL 77**

«Los acontecimientos se han precipitado. He concluido mi trabajo y comuniqué a Meuán mi decisión de volverme a la ciudad. Le pedí que lo hiciera conmigo, le dije que allá seremos felices, que podrá acostumbrarse a la nueva vida. Me miró fríamente. Chispas centelleantes iluminaron las pupilas. Como siempre, ante la magnificencia de esa mirada, he quedado anonadado, como en éxtasis. Si ella no me sigue a la ciudad, mi vida no tendrá ya razón de ser. Siento que soy parte de Meuán, que le pertenezco. Y ella lo sabe».

### **MAYO DEL 77**

«Continúo adelantando mi trabajo. Pienso que si sigo así, pronto podré volver a la ciudad. Me preocupa Meuán, pues parece demasiado afincada a costumbres y supersticiones. Noches atrás, desperté bruscamente. Ella no estaba a mi lado. Salí a buscarla y la vi, a la luz de la luna, desnuda como

siempre, pues nunca usa ropa, aunque he intentado convencerla de que si alguien viniera por aquí, nos veríamos en un buen aprieto. Con una rama de boighe en cada mano, danzaba un extraño ritual. Había colgado del árbol algunas pertenencias mías: mi tabaquera, una chaqueta, algunos libros y lápices. Mientras bailaba, tomaba chicha que hemos fabricado nosotros, de una copa que había en el suelo, y la escupía sobre el tronco del árbol, rociándolo. '¡Oh, Ángel de Luz, Añacú, Gran Chivato!', invocaba en las sinuosidades de la danza. Largo rato duró el encantamiento, pues yo no atiné a interrumpirla, demasiado absorto en la contemplación de la belleza. Cuando se percató de mi presencia, me lanzó una mirada tan extraña que sentí por primera vez que algo emboscado, tenebroso, desconocido, me cercaba. Entramos a la casa. La urucureá, una lechuza de lugar, alertó con un graznido a los demás ruidos nocturnos, que recomenzaron de golpe y rompieron el espectral silencio que había enmarcado la escena».

### **OCTUBRE DEL 76**

«Los días se arrastran taciturnos y lentos. Casi no he avanzado en el trabajo pues he caído presa de una extraña fiebre. Apenas tengo fuerzas para escribir. Meuán me prepara infusiones y tisanas, pero creo que hay algo que no marcha bien. Suelo tener períodos de desvaríos, desmayos, pérdida de conciencia tal vez, y mis horas se han poblado de pesadillas. A veces me parece verla comiendo pájaros o conejitos que frecuentan el patio. Los engulle con impasible crueldad, con el deleite pintado en el helor de los ojos verdes. Entonces le grito que por qué hace eso, que qué significa aquello, y me despierto en mi cama revuelta, bañado en una espesa transpiración. Para ahuyentar a los espíritus agoreros de mis

vigilias, Meuán ha colgado ramas del canelo en los cuatro parantes de la cama».

### **ENERO DEL 77**

«Mis desvaríos continúan. Siento la voz de Meuán invocando a extraños dioses, rodeada de toda clase de inmundos reptiles que la acarician, reverenciándola. La hermosa piel de ella se ha escamado y se levanta en largas tiras. Debe ser una alucinación, pues esta fiebre mía no me deja. Quizá no vuelva a escribir más. Mis días transcurren solamente con el objeto de que al caer la noche, llegue Meuán hasta mi cama, me envuelva en la frescura, me hingue unos dientes afilados y se enrosque alrededor de mí hasta que el último hálito de vida de mi pecho le sea entregado».



# EL ANGELITO

**LA MUJER MIRÓ POR LA VENTANA SIN VER NADA.** Tenía los ojos puestos en algún punto lejano de quién sabe qué mundo perdido en ensoñaciones.

Parecía más vieja de lo que en realidad era. Quizás por el pliegue caído desde la comisura de los labios. O por una mirada sin brillo. O tal vez por la inmensa tristeza que emanaba de toda ella.

Qué voy a hacer, pensó. Qué.

Se quitó de la ventana y comenzó maquinalmente a preparar la cena del niño. El niño. Una especie de semisonrisa le aclaró el rostro. En el rincón de la única pieza, en un camastro pequeño en el que todavía cabían los dos, el niño dormía plácido. Se acercó despacio, y una sombra de sonrisa se insinuó en el chico. Ha pasado un ángel, pensó la mujer.

Continuó con la tarea. El ave nocturna graznó en algún lado, ella se estremeció. Los recuerdos la golpearon. Igual que cuando llegaba el Chimbote. A esa hora lacia del día, silenciosa todavía de grillos o chicharras, en ese instante que preludia el estallido orquestal de las noches de campo, en ese mismo instante, llegaba siempre el Chimbote.

Nunca supo de dónde había venido, de qué paraje extranjero y silente había emergido el hombre. Solo sabía que la pri-

mera vez que lo vio en el pueblo, le había parecido fantasmal, como de polvo; eso, como el polvo. Aquellos ojos la habían recorrido sin prisa, y con una inclinación de la cabeza apenas, la mujer se supo saludada. Ella había apurado el paso. No le gustaban los hombres del lugar y menos los extraños. El finado padre bien que la había aleccionado al respecto. De todos modos, si ella se casaba, ¿quién cuidaría de él, un viejo inválido desde tantos años a raíz de una caída de caballo? Vivían de las verduras que la chacrita les prodigaba.

Ella era una mujer sin afanes. Se había acostumbrado a la soltería y los treinta y tantos años no le molestaban. Pero la mirada de ese hombre era distinta de la de los demás. Había hecho las ventas, de modo que subió al carro y azuzó al caballo rumbo al rancho.

Por eso, varios días después, cuando el vuelo de la lechuza anunciaba el inicio de la noche, en medio de ese minuto de silencio, cuando la figura del Chimbote oscureció la puerta de entrada, cuando el saludo del hombre fue casi un silbo afilado escapando por entre los labios, ella sintió que un estremecimiento le corría la espalda.

La voz nasal del niño la trajo de nuevo a la realidad.

—Allá. Allá.

La mano redonda y de dedos muy cortos señalaba hacia afuera. Se había parado en la cama, y empinado, miraba con excitación quién sabe qué cosa.

—Bueno, mi niño, bueno, ya está, ya está, no hay nada.

Josecito tironeaba del vestido de la madre, insistiendo en señalarle algo. Pero la mujer lo alzó en los brazos, y llenándolo de besos, lo colmó. «Debe haber soñado», pensaba, mientras lo sentaba en la silla alta de comer.

El niño comió feliz y entre risas, mientras matizaba una jerga señalando hacia el patio. La batalla de la cena culminó

al fin. En los cuatro años, Josecito aún no había aprendido a manejar bien las manos. Todo lo desparramaba entre jolgorios y chasquidos, pero ella jamás se encolerizaba. Era el hijo, el único ser que tenía en el mundo. Ya aprendería.

Puso al niño en un corralito que ella misma había construido con ramas de sauce, le dejó un montón de tapas de cacerolas, ovillos sobrantes de lanas y otras cosas que reemplazaban a los juguetes que nunca compraría, y se sentó a mirar la noche.

El Chimbote se había quedado esa y algunas noches más. No la había forzado, pero ella no dejó de sentir esa sensación en la espalda de la primera vez.

Llegaba al anochecer y se iba cuando apuntaba el alba. Jamás quería comer, hablaba poco. Ni el nombre supo siguiera. Hasta que una mañana, ella entendió que era la última vez que lo vería. Solo le dejó, entre las manos, esa especie de polvo del que parecía estar hecho. Y el hijo en el vientre. No sintió rencor por él, al contrario. Ya nunca más estaría sola.

Las nueve lunas pasaron lentas y difíciles. Y cuando el niño se anunció, la voz de la Justina, la vieja comadrona del lugar, fue la única que acompañó los gritos de dolor.

—Bueno, m'hijita, ya pasó. Es un macho, un buen pedazo de macho, aunque más feo que pegarle un palo al padre, digo, a la madre.

Josecito era distinto, era un niño down.

—Pero estos chicos traen suerte, m'hijita, porque son angelitos. Vas a tener que armarte de paciencia, pero ya vas a ver que es un regalo del cielo.

Ella hubiera querido un par de brazos fuertes, que el día de mañana hicieran el trabajo. Había veces que ese dolor en el pecho no la dejaba, pero qué se le va a hacer. Aceptó al niño con todo el cariño del que era capaz el corazón de una madre.

Y lo cuidó y le enseñó los primeros pasos. Y ya a cuatro años, el niño estaba dando muestras de aprender algo.

—Yo te decía m'hijita, yo te decía —y la boca desdentada de la Justina también se sumía en un gesto de ternura al mirar al niño.

Josecito era un chico cariñoso, afable. Jamás hacía bochinches. Todo le asombraba, todo le llamaba la atención.

—Allá, allá.

Y una mariposa cruzaba fugazmente el patio.

—Allá, allá.

Y un pájaro o una flor parecían extasiarlo.

Por eso, esa noche, no le llamó mayormente la atención la insistencia del Josecito en querer mostrarle algo en el patio.

Apagó el farol y se acostaron. La mujer no tardó en quedarse dormida. Pero el niño, con una sonrisa de felicidad, empinado al lado de la madre, miraba esa extraña luz intensamente violeta que desde el patio inundaba el lugar con una rara fosforescencia.

Al día siguiente, el chico insistió en ir hasta el patio. Parecía obsesionado, como en trance. Largo rato se quedó sentado, mirando fijamente hacia el suelo. Al principio, la mujer le restó importancia, pero después se desconcertó. ¿Estaría enfermándose el Josecito? No entendía esa mirada nueva en los ojos del hijo, esa desesperación, esa desazón con que miraba al ver que no le entendía.

Al caer la noche, nuevamente el alborozo del chico que señalaba hacia el patio la hizo ir a investigar por cuenta propia. No fuera a ser cosa de que alguna víbora y otro animal estuviesen rondando y los sorprendieran dormidos. Cuando vio al niño dando palmadas y riendo con algo de allí afuera, se decidió: «Mañana se lo llevaré a la Justina, esto cada vez me gusta menos».

El cansancio venció a la preocupación por el niño. Por eso no se percató de que el Josecito sonreía feliz a la fosforescencia violeta que entraba por la ventana.

—Yo no veo nada malo. Vas a tener que mirarlo más. A lo mejor ve algo que no veís vos. Pa'eso es un angelito, ya t'í dicho.

El camino al rancho lo hizo despacio. El Josecito iba feliz, mirándolo todo, gozando con cada piedra, con cada rayo de sol filtrado entre los pétalos de alguna flor silvestre. No hubo en el trayecto evidencia alguna del «mal» que aquejaba al niño.

Pero al llegar al patio de la casa, la algarabía fue total. Tironeaba a la madre, «Aquí, aquí», mientras los inmensos ojos parecían querer salirse más aún de las órbitas. La baba caía espesa sobre el pecho. Los gritos disonantes la aturdían. La madre esperó pacientemente. Sabía que, de ocurrir algo, sería de noche. Al caer la tarde, la lechuza cruzó el cielo y graznó desde un árbol cercano. Ella se preparó para cualquier cosa. Si estaba el hijo de por medio, no sería algo malo, ya se lo había dicho la Justina. Para eso es un angelito.

La noche se cerraba sobre ellos. No encendió la petromán. Se sobresaltó al oír el estallido de las chicharras y los grillos. El niño, que se había quietado entre los brazos, se levantó de golpe y comenzó a reírse a carcajadas, intentando torpemente aplaudir, tirando de la pollera de la madre hacia un lugar determinado del patio. Ambos conformaban una extraña pareja, bailando cada una un compás distinto de quién sabe qué rara danza. El Josecito se detuvo de golpe y levantó los ojos hacia la mujer, que parecía no reaccionar.

—Acá, acá, acá —y reafirmaba el ruego con un vaivén sobre las menguadas piernas.

En ese instante, exactamente de donde el niño mostraba,

comenzó a salir desde el piso una luz, al principio apenas visible, que fue intensificándose hasta hacerse casi incandescente. La mujer no podía creer lo que veía. La luz tornaba fantasmagóricas las facciones del niño. Eran violetas los blanqueados cabellos rubios, la mirada lechosa, esa sonrisa tan querida y trágica. Se miró ella misma las manos y se vio igual. Parecía estar mirándolo todo a través de una lente mágica.

Sin entender qué era aquello, se agachó y palpó con las manos buscando un objeto, un hueco, algo que le sirviera de indicio. Nada encontró. Solo la aspereza de la tierra sin regar y ese haz luminoso que parecía llegar de quién sabe qué dimensión remota y desconocida.

Se santiguó y, arrodillada, inició una plegaria, mientras el chico se entretenía en mojarse las manos en esa especie de jugo milagroso que había aparecido en el patio del rancho.

—Es la luz mala —dijeron algunos.

—Algún maleficio —agregaron otros.

—Es una señal buena —dijo la Justina, y todos aceptaron con el respeto que les merecía la vieja—. Se le presentó a un inocente, todos sabemos que este muchacho no será nunca ambicioso, por eso es —reafirmó— un santito. Aquí —señaló con un dedo sarmentoso— hay que cavar.

Y comenzaron el trabajo. Horas duró la tarea. Casi caía la tarde cuando uno de los voluntarios tocó algo con la pala. La noche era un manto oscuro que abrazaba al numeroso y expectante grupo. Al sacarse las paladas finales, la extraña y maravillosa fosforescencia inundó el pozo. Los rostros agolpados pudieron al fin develar el misterio: un cajón semides-truido por el tiempo fue sacado a la superficie. La algarabía del Josecito parecía no tener límites. Fácilmente abrieron el cajón y los restos óseos de una criatura muy pequeña fos-

forecieron dramáticos, más allá de la muerte misma. Un collar de piedras de colores hilvanadas rústicamente había acompañado ese centenario sueño mortal.

—Hay que enterrarlo cristianamente y no tocar nada. Si hasta un collar tenía, el pobrecito. Este difuntito ha querido hacerlo saber de esta forma. Quién sabe cuántos años ha esperado a un santito que entendiera el mensaje. ¿Viste, muchacha? —se acercó a la madre que abrazaba al hijo como si temiera perderlo también a él— ¿No te decía yo que el chico te traería suerte? Solamente él entendió al difuntito.

Trajeron un féretro pequeño que pintaron toscamente de blanco. Trasladaron los restos, que aún refulgían, y en la pequeña mesa del rancho a cuyas patas ataron cuatro cañas altas con velas de cebo, velaron entre plegarias y rezos, toda esa larga noche, al muertito. Una estampita de la Inmaculada con una espiga enganchada al pie coronaba toda la ornamentación de la escena, mientras el Josecito dormía plácidamente en los brazos de la madre.

Al despuntar el alba, junto al gran sauce que había detrás de la casa, enterraron el féretro, cuyo resplandor comenzó a decaer a medida que la tierra lo cubría, hasta desaparecer totalmente. Luego de colocada la pequeña cruz sin nombre, todos sintieron un extraño vacío dentro del pecho.

Cuando todos se volvieron hacia la casa, escucharon la risa de Josecito, a quien habían dejado dormitando en el camastro. Jugaba torpemente, dando vueltas entre las manos, con un collar de piedras de colores, toscamente engarzadas.



# LA ABUELA

## **A VECES, EN MITAD DE LA NOCHE, ME DESCUBRO PENSANDO EN LA ABUELA.**

La abuela era un álamo de hojas grises y altas que, aprovechando las marcas de la luna, se fue, embarcada en una sangre propia. A veces, digo, con un pretexto cualquiera (un pedazo de música, un rincón silencioso, una alameda), se me echan encima unas manos de recuerdos rugosas y ásperas.

La abuela llegó con los primeros años a la Argentina. Los ojos conservaban todo el asombro que debió pintarse en ellos cuando la agreste y chata población andaluza se hizo agua y cielo, cielo y agua, día tras día. Dura fue esta tierra con ella. Dura y hostil. Pero aquí se quedó, conquistada por los amaneceres que siempre vio despuntar contra la montaña.

En el barco en que llegaba conoció a mi abuelo, un andaluz soñador y aventurero que no entregó los sueños jamás a ninguna realidad cotidiana. Cualquier pájaro demorado entre las nubes era un barco de papel que cobraba alas «hacia el otro lado». Él decía que había un mundo que casi nadie conocía, una especie de otra dimensión, y se jactaba de conocer ese lugar, de visitarlo constantemente. El otro lado. Cómo soñábamos con él, en qué forma lo veíamos casi. El otro lado. Quién supiera descubrirlo.

*Una niña fue a la plaza  
y un conejito compró  
y lo llevaba en los brazos  
y el pícaro se escapó...*

Era ingenioso, alegre, chispeante. Siempre había una anécdota, un cuento a punto de caérsele de la boca. «¿Sabes adónde fui anoche?», y con el humo oscuro de la cachimba, que nos hacía toser y servía «para espantar curiosos», nos embarcábamos en la aventura fabulosa de seguirle los pasos hasta los mundos distantes que él visitaba cuando la luna estaba alta.

170

EL  
CUADERNO  
DE TAPAS  
NEGRAS

*La pobre niña gritaba:  
«Cógemelo, que se va»,  
y con la punta d'un sable  
lo mató un municipá.*

La abuela era otra cosa. Era la realidad. Era todos los días el café con leche con pan cortado adentro, los zoquetes de lana gruesa y el cine los lunes porque costaba más barato. Era escucharle cantar entre dientes, «*Salite de la esquina, barbero loco, / que mi mare no te quiere, ni yo tampoco*», desde temprano hasta que se apagaba la última luz en la casa. Era el orden y la disciplina. Fue casi nuestra madre. Qué digo, fue nuestra madre. Una madre distinta. De ella brotaron las primeras palabras, los primeros consejos. A ella llegaron nuestras primeras lágrimas.

La abuela era la casa. Era aquella casa-isla a la que una, de niña, acudía para abastecer la fantasía. Una casa de todos y de nadie, que se pertenecía piedra a piedra a ella misma. La casa del jazmín de lluvia y del silencio claro, la de los ano-

checeres con grillos pequeñitos y con historias de brujas y de pájaros. La casa era la abuela. Una abuela de piedra para sostenernos y de carne para abrigarnos. Una abuela sabia de vida, con una sabiduría que nunca supo de lápiz y papel.

*Estrella de plata, déjame ser buena...*

Era todo eso y yo la quise. Dios, cómo la quise. Y la admiré. Bebí los gestos. Y aprendí que el silencio es algo así como una montaña que cabe en un puño y que pesa lo que mil montañas juntas. Porque las palabras, me decía, son el símbolo más inequívoco de que nos vamos a ir algún día.

Sí, yo la quise. A veces fríamente, sin demostrárselo, la quise. En eso nos parecíamos. Pocas veces alargó la mano en la caricia, pero cuánta ternura había en la simpleza del plato hasta el borde de fideos, en la pileta atiborrada de ropa nuestra.

Era una montaña sin voces la abuela. Inmóvil, dura, de pie en el centro de la casa. Soportándonos sobre la espalda a todos nosotros, que solo la valoramos realmente cuando la vimos doblegarse de repente contra sí misma, como un árbol en medio de un huracán silencioso y voraz, con un gesto de dolor y de rabia y dientes apretados en el rostro. Ella no. Ella no tenía derecho. ¿Quién lavaría, quién plancharía? ¿Quién nos llevaría al cine los lunes porque era más barato? Ella no podía, no tenía tiempo para morirse. Era algo que no entraba en los quehaceres.

Se enroscó, por eso, la sangre que se le escurría desde tiempo atrás. Y disimuló la tigre hambrienta que le mordía las entrañas. Y se fue haciendo pálida la mejilla magra. Y las manos fueron deteniéndose lentas, mientras ese río rojo recorrió cada baldosa, cada cortina, cada objeto que antes

tocara. Hasta que esas aguas espesas nos llegaron y nos subieron por el cuerpo, por los brazos, hasta las gargantas. Y hubo necesidad de palpar esa sangre, de sentirla entre los dedos, en la boca, para poder pensarla en la necesidad de la muerte.

Y prolongamos ese río creciente y atronador que alimentaba las entrañas de aquel animal furioso que habitaba a la abuela.

*Qué planeta reinaría,  
que por donde quiera estoy,  
la mala estrella me guía.*

Y a pesar de las drogas milagrosas, las bombas de cobalto y los fluidos del charlatán que mi madre desesperada trataría, la abuela, en un descuido nuestro, se fue embarcada en una propia sangre, escalando ese río rojo que ella misma engendrara.

A todos nos enmudeció el asombro. A todos nos faltó tiempo. Cuántas cosas quedaron por decirle. Cuántos besos por darle, cuántos silencios más le dedicamos desde entonces sin que ella lo supiera.

Ahora la abuela es un hueco más en la casa. Como lo son mamá o el abuelo. Ella siempre decía que los muertos se quedan con los seres que los quisieron, pero es mentira. Se mueren. Se agrietan. Se van definitivamente. Y uno jamás los recupera. Solamente el silencio los evoca por un instante apenas. Y después se vuelven al hueco en que se convirtieron.

Por eso, a veces, en mitad de las horas, me descubro pensando en la abuela. Y una de tantas coplas, estrella de plata, que ella entonaba, déjame ser buena, se me escapa inaudible, el día en que nací yo, yo sé que de no estar ella en

uno de esos espantosos huecos que hay en casa, qué planeta reinaría, cantarían conmigo, que por donde quiera estoy, la mala estrella me guía.



# LA MEDALLITA

*«Los hombres temen a los mismos  
dioses que han inventado».*

**Lucano**

175

MERCEDES  
FERNÁNDEZ

**EXCEPTUANDO LAS VINCHUCAS DEL TECHO, NADIE SABÍA REALMENTE CÓMO LA JUANA BALMACEDA CURABA LOS MALES DE LAS PERSONAS QUE HASTA EL RANCHO SE LLEGABAN.** Solo ella, las velas, los yuyos y hasta las estampitas de algún santo medio desconocido del lugar adornaban el escenario miserable donde la vieja oficiaba los quehaceres.

Tenía las manos duras de frío. También, como que había lavado hasta que el sol se escondió. Qué patrona le había tocado. No como las otras, que le tenían consideración, y sabiendo que ella se volvía caminando hasta la casa, enseguida la despachaban. Esta no. Tan luego trató con ella se había dado cuenta. «Zas, una pituca», había pensado. «Y, bueno, con no contestarle, chau». Necesitaba el trabajo, la mamá y los chicos tenían que comer, no mucho, pero algo, por lo menos. Miró para arriba y todas esas estrellas le volvieron a hacer sentir frío.

Todas la respetaban a la Juana Balmaceda. No fuera de ser cosa de brujas y que de la boca desdentada acertara

a salir alguna maldición. Como le había pasado al Ramón Funes, que un día le pidió que le arreglara el asunto de la arisca de la Deolinda Gómez, con la que andaba medio encajetado, y la vieja, claro que sí, le preparó un menjunje, y con una prenda de la muchacha y unas oraciones raras, ya estuvo todo hecho. Fue entonces hasta la casa del hombre y le pidió «pa' las velitas y pa' l puchero, Ramón», y el muy desgraciado le había largado los perros a la vieja, que según dicen no pudieron hincarle ningún diente y habían vuelto aullando como locos a esconderse debajo de la cama del patrón, mientras este se reía alto y fuerte y se sobaba las entrepiernas.

—¿Y a quién vas a ir a chillarle, vieja? En este baile yo ya bailé.

El cielo se había oscurecido de pronto como si todas las nubes se hubieran congregado para evitarle a la luna el espanto de escuchar las palabras de la vieja, que quedaron resonando en los oídos de los lugareños durante horas.

—Sí, ya sé, Carozo, tomá... —Y del monedero salió un billete arrugado de quinientos pesos, que le pareció de color ceniza dentro de la mano mugrienta del hermanito.

—Deolinda, dice la mamá... No te gastés todo —alcanzó a gritar, pero ya el mocoso había saltado la acequia y cruzaba a toda velocidad la calle hacia el almacén.

La casa le pareció tibia. El frío no la dejaba. Se arrebujó en un chal viejo que la madre le puso sobre los hombros y se encogió frente al brasero que ardía en el centro de la única habitación. Luego, con la taza de mate cocido entre las manos, se sintió mejor.

—Pa' mí, te estás engripando...

La voz de la madre le llegó de lejos, obsesionada como estaba, en el chisporrotear de las brasas. Volvió la cabeza y

se sorprendió. Largo el pelo gris, apenas tomado con las dos únicas trabitas que le iban quedando, la cara de la madre le pareció desconocida. Cansados los ojos, la boca mustia que ya pocas veces sonreía desde que se fuera el Ramón Funes, el padre de los hermanitos más chicos, que dos meses atrás, sin decir agua va, saliera del rancho para ir al bar, como hacía siempre, y nunca más volviera.

Recordar al hombre le hizo mal. Después de aquella vez que el padrastro la llamara desde la cama que estaba detrás del ropero. Ese día era la madre la que había salido a trabajar. Planchaba. Ella había terminado de lavar los platos y los chicos jugaban en el potrero del barrio, cuando la voz enronquecida de vino y de miseria del Ramón la sobresaltó. Fue hasta donde se encontraba el padrastro. Y los trece años de la Deolinda se petrificaron en el contraluz de aquel rincón de la casa.

«Los gusanos lamerán uno a uno tus huesos, masticarán tu carne, y tus perros, tus perros no gritan nada al lado de lo que gritarás vos por lo que te espera. Nadie se ríe de la Juana Balmaceda, nadie, nadie...». Y dicen que la voz de la vieja, cascada y aguda, se había escuchado por todas las calles y callejones oscuros y malolientes. Y que los vecinos nunca pudieron olvidar esa noche nefasta y cargada de rumores y de ecos que les impidieron dormir.

Una náusea la envolvió. Trataba de no recordar, pero la visión del hombre desnudo sobre la cama regresaba siempre entre las sombras.

—Te estás bien quietita y no te va a pasar nada, no, no te movás ni grités, Deolindita, si no, va a ser peor, porque con este cuchillo te víá abrir como a un chanchito, qué digo, como a una chanchita, tan linda la Deolinda, tan suavécita, a ver, bien, quietita, así, así... así.

La sensación de caer volvía otra vez, pero ahora el estómago parecía querer salirse por la boca.

—Pa mí que te estás engripando nomás...

Lo cierto es que al Ramón, al poquito tiempo, lo acuchilló el compadre Porfirio Gómez que, para más datos y por casualidad, era primo de la Deolinda. Le había dado fiero el compadre. Tan fiero que del tajo que tenía en la garganta, dicen los que lo vieron de cerca, había salido tanta sangre que muchos se asombraron de que aquel corpachón hubiera acumulado y fuera capaz de soltar tanto pero tanto líquido rojo. Poco después, la cascada caliente y espesa se había ido transformando en una cosa lechosa y verdusca, que trajera consigo esa fiebre que lo sumió en una nube de sopor del que ya no salió más.

Cuando la madre volvió aquella tarde, no se atrevió a decirle nada, pero tuvo que soportar las largas miradas espesas del hombre, que la recorrían pedazo a pedazo.

La Deolinda se levantó de la silla sintiendo cómo las piernas torpes se negaban a sostenerla. El olor del pan con mortadela que le tendió la mano de la madre le llenó la boca de una saliva pastosa que le produjo una arcada obscena.

Esa noche se soñó dando vueltas en una calesita desierta y sin música. El caballito de las manchas rosadas, el león de larga cola y enredada melena, la inmensa abeja sobre la que estaba montada, comenzaron a girar de pronto independientemente del movimiento de la gran caja redonda. Los animales de ojos despavoridos iban dejando de ser ellos para transformarse en el Ramón, que avanzaba entre las barras hacia ella, completamente desnudo y con un cuchillo enorme entre las piernas, riendo, siempre riendo. Y se vio a ella misma, sin ropas, con rostro de horror. Y quiso gritar, pero no pudo. Y el miedo comenzó a subir, lento y denso,

mientras el Ramón se acercaba cada vez más. Y quiso gritar otra vez, hasta que la garganta se le hinchó del esfuerzo. Entonces el grito subió y subió.

Se encontró en la cama, bañada de sudor, con las manos aferradas a la cadenita con la Virgen de Pompeya que le regalara la madrina de la escuela hogar. Y lloró, agitada y silenciosamente, sentada en el camastro que compartía con dos de las hermanitas. Lloró hasta que la náusea le acometió en saña y esta vez tuvo que correr para no vomitar en la pieza apenas iluminada por la luna que lanzaba luz por el hueco de la puerta sin puerta.

«Vía ´dir a lo de la Juana Balmaceda: ella me dirá lo que tengo», se dijo la Deolinda a media voz, mirando sin ver las estrellas.

Al lugar a veces llegaba la ambulancia del hospital más cercano. Pero nadie se había atrevido a llamarla, porque el Porfirio Gómez era un tipo más respetado que el Ramón, que lo único que aprendiera desde mozo fue a atracar muchachitas del barrio, escondido entre los recovecos de la noche. Y si la policía tomaba cartas en el asunto, lo que es al Porfirio no lo iban a pescar así como así, porque en lugares como ese, cuando las casas se abren para jugarse por los amigos, se cierran hasta para la justicia, pero del que había hablado tampoco iba a quedar gran cosa. Así es que callaron todos y a nadie le remordió demasiado la conciencia. Que cuando el miedo es muy grande, poco importa vivir y morir mal o vivir y morir bien.

Y una noche, después de varias lunas de agonía, el Ramón comenzó a largar un olor acre y nauseabundo. Los que lo velaron desde las ventanas del rancho, sin perderse detalles del proceso, consintieron en que era hora de dejar los resentimientos a un lado y llamar a la Juana Balmaceda. Hasta los

que apostaban a que si el Ramón duraba una hora más, si pediría agua dentro del mediodía, si volvería a orinar antes de la medianoche o si tendrían que acomodarle las cobijas cuando la luna saliera otra vez. Hasta los apostadores, dicen, consintieron en la idea. Claro que les sirvió para otra apostadita, tanto como para que el frío no les entumeciera los huesos: unos dijeron que la Juana vendría; otros, que no. Los más optimistas, que antes de que el gallo cantara de vuelta, el Ramón estaría de pie; los más escépticos, que antes de ese canto, el Ramón sería finado.

Los ojitos vivaces de la vieja la atraparon. Los sintió metérsele dentro y hurgarla sin ninguna clase de respeto. Le recordaron otros ojos. No quiso pensar. Estaba obsesionada, todo el día con la misma idea dándole vueltas y vueltas. «¿Tenís novio?», y vueltas en la cabeza como una maldición.

—Che, abombada, ¿tenís novio?

¿Novio? No, novio no tenía. Ella y el Juancho no eran novios, pero a ella le hubiera gustado que lo fuera. No, novio no tenía.

—Y entonces, ¿de quién es el hijo que vas a tener?

Salió sin decir una palabra. Salió como corriendo. Rumbo a ningún lado, a cualquier parte menos a la casa. Debía pensar.

Un hijo, un hijo. ¿Qué era un hijo? ¿Era eso que le había abultado el vientre durante meses a la madre y que luego la había hecho gritar hasta el desgarro para aparecer después todo ensangrentado, llorando, llorando siempre de ahí en adelante? ¿Un hijo era ese niño flaco y de ojos grandotes al que había que darle leche todo el día para que no muriera como el de la Anselma Araya, que cuando lo estaban velando parecía un abuelito, todo arrugas y pellejos? Se estremeció. ¿Eso era un hijo? No lo quería. Miró hacia lo alto. Ni una nube. No lo quería.

La zapatilla apenas dio una media vuelta. De donde ella se encontraba había un trecho hasta lo de la Juana otra vez.

La Juana Balmaceda escuchó a la comitiva que había ido a buscarla. La vieja mordía un cigarro que ella misma liara, y el Pelado Rivarola, que no era de la partida, juró, en rueda de curiosos, que la vieja había puesto, entre otras yerbas, una viuda negra vivita y pateando, que sería, según él, lo que daba ese olor apestoso al humo que la curandera echaba por las narices.

—Ta' bien. Espérenmen afuera. Agorita nomás estoy con ustedes —dijo la vieja.

«¡Cruz diablo!», había pensado Yáñez, persignándose de la puerta para afuera.

—¿Qué tenís pa' darme a cambio del trabajo? Porque vos ni olerás la plata, con esa madre que te ha tocao en suerte...

—Y, no plata no, doña. Apenitas si alcanza en la casa pa' la comida, a veces.

—¿Y el Ramón? ¿Por qué no le pedís a él? Es como un padre pa...

—No al Ramón no, al Ramón no.

Los ojos desorbitados de la muchachita alertaron la sagacidad de la vieja. Esa mirada de horror, esas lágrimas, esa manera de temblar, le hablaron a las claras. ¿Así que el Ramón...? Ese ya le debía una. Pero ella se cobraría, claro que sí. La miró otra vez. Era casi una niña. El muy hijo de su madre...

—No, el Ramón, no, por favor, él no —y le pedía a la Virgencita de Pompeya que la ayudara, que la ayudara, mientras apoyaba los labios sobre la medalla apretada entre las manos—. Al Ramón no.

El bailongo que se formó, la ginebra que corrió, los amores que se armaron y desarmaron, los pasteles que esa noche

doña Asunta frío para los concurrentes, las rifas de estampitas y amuletos para evitar desgracias, que nunca vienen solas, según dijo sabiamente al Anselmo Asecas (así se llamaba porque la madre nunca había podido recordar quién era el padre), mientras se esperaba a la Juana Balmaceda, y después de que ella llegara y entrara al rancho, es cosa de otra historia.

El reflejo dorado hirió a la vieja y la hizo relamerse. Bien valía la pena el trabajo, si la medalla que colgaba del cuello de la muchacha iba a parar a ella. Ya la imaginó en la pared, entre los otros objetos de suerte. Y los santos la tienen, vaya si la tienen, pensó.

La Deolinda trató de acallar el miedo atisbando con la mirada cada rincón del rancho. No quería pensar en el dolor y en el asco que le producían las manos arrugadas y secas que la hurgaban sin piedad. Y ese olor, ese olor, mezcla de azufre, orina y vino que despedían las ropas miserables de la vieja. El gemido que se escapó entre los labios por entre el pañuelo que apretaba con los dientes hizo pegar un salto a la comadrona, que enseguida le dio algo fuerte para beber.

Nadie, dijimos antes, podía ver los tejes y manejes de la vieja. Nadie, excepto las vinchucas y los rostros de las estampas colgadas en la pared, por eso nadie vio el miedo pintado entre las mil arrugas del rostro, que, con el cigarro apagado entre los labios y los ojitos semicerrados, pensaba cómo parar esa hemorragia voraz que abatía el cuerpo cada vez más pálido, cada vez más frío, de la Deolinda.

La cuestión es que, siguen contando las lenguas del lugar, lo último que alcanzaron a ver los que se amontonaron en la puerta cuando la vieja avanzaba hacia el Ramón fueron los tremendos ojos que éste había abierto, como si la que se le acercara fuera la imagen misma del demonio.

Pasó un largo rato, quién lo sabe, cuando se escuchó un alarido como de dolor, vaya a saber, seguido de la risa de la Juana, que en otra oportunidad le hubiera parado los pelos hasta a los difuntos, pero como estaban todos demasiado ocupados en cantar, bailar o chuparse, nadie se percató. Solamente el Rengo Mejías dijo que había visto entre las hendijas cuando la vieja le ponía algo que sacó de una bolsita mugrienta que siempre lleva, en la mismísima garganta abierta del Ramón, y que la flaca mano arrugada se había demorado en la herida como si lo que estaba poniendo se negara a quedarse allí. Pero nadie le creyó al principio porque, opinaron, estaba demasiado en pedo como para dar fe.

—Vamos, despertate, muchacha, tenís que d'ir acostarte a tu casa.

Como pudo, la puso de pie. Y las sombras de la noche acompañaron a las dos mujeres en el corto trecho que permitió el miedo de la vieja a ser vista.

—Vamos, andate ya, despacito, así...

Como un ala negra, las mangas de la vieja, en una especie de abrazo miserable, impúdico, se alzaron hasta el cuello que apenas sostenía la cabeza de la muchachita. Con la medalla apretada en la palma de la mano, la Juana se perdió en la inmensidad de la noche.

Todos los grillos del mundo cantaron la marcha insegura de la Deolinda. De algún lugar no muy lejano llegó una música. Las estrellas arrojaban anclas celestes contra las piedras del lugar.

Se sintió cansada. Lentamente se dejó caer y apoyó la frente sobre las rodillas. Estuvo así largo rato. Sin pensar.

Una especie de percepción intuitiva la hizo alertarse. Como entre algodones, creyó escuchar la música otra vez. No, era una especie de sirena. Qué hermoso hubiera sido poder

partir lejos en ese barco. Sonrió casi. Si por allí no podían acercarse barcos ni las acequias traían agua.

Se llevó la mano al pecho. El corazón era una enloquecida máquina desbocada. Se agotó. El sueño la vencía.

El tiempo parecía ahora colgado de una luna que lo inundaba todo. Y una lluvia blanca de luz regaba la calle.

La verdad fue que a los pocos minutos, nadie sabe cuántos porque la algarabía era general, el Ramón estaba todo cubierto de gusanos, que ni aún finado pudieron abandonarlo. Con decir que, para llevarlo al camposanto, tomaron las cuatro puntas de la manta sobre la que se había acostado ciento dieciocho días atrás, y como ninguno se comedió para ponerlo en un cajón, lo dejaron en el hueco y, con unos puñados de tierra de compromiso, tanto como para no dejarlo del todo al aire, salieron despavoridos.

No era para menos. Esa mañana parecieron callar todos los pájaros de la tierra. Sólo se escuchó, en los días que debió durar el velorio del Ramón y que no se llevó a cabo por la pestilencia y por los quehaceres que tenían que atender los del lugar (ninguno hizo mención a los gusanos) durante días y noches, solo se escuchó la risa inagotable de la Juana Balmaceda.

La calle se pobló de ruidos. Apareció la gente caminando al lado, en medio de sonidos cotidianos y voces callejeras, una luz roja le dio en plena cara.

Se sintió atropellada, alzada en vilo.

La luz de la luna declinaba. Todo se hizo ceniza, como si fuera a desvanecerse. El mundo alrededor adquirió características irreales.

Volvió la mirada hacia el que estaba más cerca.

Él no cantaba. Tenía el rostro pálido, con una mirada como iluminada por dentro. Nunca vi ojos tan claros, pensó.

Y se sorprendió al notar que el extraño ser lloraba.

Miró hacia adelante. Ya no había estrellas, sintió frío. Y con un suspiro apenas, se durmió.

«Ha muerto», dijo el médico, cerrando la puerta de la ambulancia de un golpe seco.

«¿Quién fue?», gritó, «¿quién fue, carajo?».

Pero el grito se perdió rebotando entre las sombras de las casas miserables. Inexplicablemente, todos los curiosos que se agolparan y murmuraran momentos atrás habían desaparecido al saber del final.

Con los puños apretados de impotencia, el joven médico de guardia subió a la ambulancia, que partió en medio de un silencio apenas rasgado por alguno que otro ruido nocturno.



# ÍNDICE

<b>1</b>	<b>Venecia</b>	<b>9</b>
<b>2</b>	<b>Una noche en Mannheim</b>	<b>17</b>
<b>3</b>	<b>Ahora no</b>	<b>23</b>
<b>4</b>	<b>Homenaje</b>	<b>25</b>
<b>5</b>	<b>La pluma azul</b>	<b>31</b>
<b>6</b>	<b>El loco</b>	<b>35</b>
<b>7</b>	<b>Párpado abajo</b>	<b>37</b>
<b>8</b>	<b>Ave de Paraíso</b>	<b>39</b>
<b>9</b>	<b>El otro</b>	<b>43</b>
<b>10</b>	<b>Toco tu piel</b>	<b>47</b>

<b>11</b>	La hora	<b>49</b>
<b>12</b>	Embustes	<b>51</b>
<b>13</b>	Una historia entrañable	<b>55</b>
<b>14</b>	Inapelable	<b>59</b>
<b>15</b>	Un raro viaje	<b>63</b>
<b>16</b>	El vestido de seda	<b>71</b>
<b>17</b>	La canción	<b>75</b>
<b>18</b>	Triste París	<b>83</b>
<b>19</b>	Con olor a tinta	<b>93</b>
<b>20</b>	Blues para cuatro	<b>97</b>
<b>21</b>	Las tías	<b>103</b>
<b>22</b>	Una fina uña de hielo en la espalda	<b>107</b>
<b>23</b>	Con fruición	<b>113</b>
<b>24</b>	La ceremonia	<b>117</b>
<b>25</b>	Historia de una espalda	<b>121</b>
<b>26</b>	Soñar no cuesta nada	<b>125</b>

<b>27</b>	<b>Flores de trapo</b>	<b>129</b>
<b>28</b>	<b>Los caminos del silencio</b>	<b>135</b>
<b>29</b>	<b>Las tejedoras del tiempo</b>	<b>141</b>
<b>30</b>	<b>El ángel</b>	<b>145</b>
<b>31</b>	<b>El jardinero</b>	<b>149</b>
<b>32</b>	<b>La casa en el árbol</b>	<b>153</b>
<b>33</b>	<b>El angelito</b>	<b>161</b>
<b>34</b>	<b>La abuela</b>	<b>169</b>
<b>35</b>	<b>La medallita</b>	<b>175</b>

---

## **COLOFÓN**



